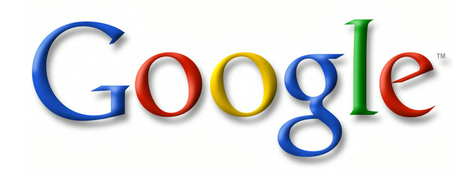


MARIO MUÑOZ-BUSTAMANTE

IDEAS Y COLORES

PROLOGO DE

JUSTO DE LARA

HABANA

IMPRENTA AVISADOR COMERCIAL
80, AMARGURA 80
1907

MARIO MUÑOZ-BUSTAMANTE

IDEAS Y COLORES

PROLOGO DE

JUSTO DE LARA

HABANA

IMPRENTA AVISADOR COMERCIAL

30, AMARGURA 30

1907



M. Muñoz Bustamante

Al Dr. Gabriel Casuso.

El Autor.

Prólogo

Poseer una vocación científica, literaria ó artística y no bienes de fortuna suficientes para dedicarse á ella sin necesidad de explotarla como medio de vivir, es desventaja social considerable aun en los países más cultos del mundo.

La retribución material que ofrecen las ciencias, la amena literatura ó las artes, es siempre menor que la de otras manifestaciones de la humana actividad, aun cuando éstas no requieran en sus cultivadores ni tantas aptitudes naturales, ni tanta preparación y estudio, ni tanto esfuerzo que acorta la vida, como el que necesitan, siquiera para distinguirse medianamente, esos pobres hombres á quienes llamamos hoy *intelectuales*.

Hay que sentir, pues, la desaparición de los protectores generosos que en otros tiempos tuvieron la ciencia, la poesía y el arte: los Pericles, Mecenas, Lorenzo y Cosme de Medicis, Julio II, Felipe IV, Luis XIV, á quienes debe la humanidad numerosas obras maestras del genio.

Cuánto más vale,—sea esto dicho como respuesta á los que

hablan de la indignidad de los hombres ilustres que vivían de las larguezas de aquellos príncipes—cuanto más vale plegarse á los gustos de un protector refinado y discreto que á las torpes aficiones de las masas que sólo encumbran á quienes halagan sus pasiones despreciables ó sus instintos perversos!

Al fin, bajo la protección de magnates, Dante encontró abrigo en el destierro y á pesar del dolor con que aceptaba «el duro pan de otro» y subía sus escaleras, ello le permitió escribir para el mundo su poema inmortal. A un protector se debe que Rafael y Miguel Angel asombraran los siglos en la capilla Sixtina, á otro los lienzos de Velázquez, á otro las tragedias de Racine. Al amparo de un noble «que le alimentaba y hacía merced»—dice el mismo Cervantes,—vinieron al mundo Don Quijote y Sancho Panza. Lo que se produce para muchos por fuerza ha de tener tintes vulgares. Lo que se produce para pocos, obra de escogidos, se acerca al ideal sublime que satisface la propia conciencia del artista.

Pero en los países donde el público existe, malo ó bueno, y más ó menos numeroso; en donde un Zola, aunque arrastrándose ante los instintos de la multitud, pudo alcanzar la fortuna y luego redimir su pasado con páginas de idealismo impecable; donde Víctor Hugo, Tennyson y Longfellow se abrieron paso con la lira no sólo á la inmortalidad sino á la opulencia, cabe á la juventud literaria la noble ambición de alcanzar un puesto, si no tan alto, por lo menos distinguido, cerca de esos grandes bien amados de la suerte y de las musas.

Entre miles que caen y perecen en el olvido ó la miseria, uno solo arrebata su lauro á la victoria. Pero ya aspirar á él es prueba de grandeza. El luchador vencido no inspira el desprecio de las turbas, porque ni los flojos ni los menguados descienden jamás á la liza.

Mas ¿qué recompensa aguarda al atleta intelectual en estos países, donde ni el Mecenas se encuentra, ni el público tampo-

co; en estos países de variada composición étnica, de capas sociales tan distintas, en que la general cultura falta de un todo y sólo unas pocas personas leen y entienden de arte y en la mayoría de los casos dicen que leen y entienden por darse humos de sabios?

Aquí ya no es desventaja social la vocación por los trabajos intelectuales, sino una verdadera desgracia y más, si, como en el caso de Mario Muñoz-Bustamante, se une á la vocación un mérito extraordinario. Perlas en muladares, flores en el desierto, son esas pobres víctimas de su triste superioridad. Alcanza por ejemplo, la novela *El Pantano* un éxito que se declara portentoso, apláudese al autor, se le encomia, se le admira y luego se le ve tranquilamente entrar como cualquier otro ciudadano al servicio de una oficina pública para redactar oficios y compaginar cuadros de estadística.

De igual manera las IDEAS Y COLORES alcanzarán el máximum de circulación y acrecentarán la ya merecida fama del escritor ilustre, pero no le recompensarán con los rios de oro que valen estos torrentes de altísimos y originales pensamientos, de asombrosos contrastes de asuntos y estilo y las descripciones de realismo poderoso que se encuentran en sus páginas.

Más todavía que el máximum de circulación en Cuba pasará este libro sobre los mares y llegará donde quiera que se hable la lengua de Castilla. En todas partes hallarán honor merecido joyas tan preciosas de la literatura cubana, y mientras tanto su creador insigne se agotará en el aniquilante clima de su país, dedicando á otras tareas el vigor de sus mejores años y gastando en vulgares empresas su genio esclarecido.

Sería esta la ocasión en que un potentado si lo hubiera, ganaría eterno renombre asociándose á Muñoz-Bustamante, ó el Estado haría un gran bien á Cuba proporcionándole manera de trasladarse á otros climas y otros medios, en que renovara su sangre enferma del trópico y prolongara el tiempo de su capa-

cidad productiva en escenario donde el aplauso respondiera instantáneamente á la frase maestra y no se marchitara el entusiasmo con la falta del estímulo.

Conformémonos, sin embargo, á la realidad y felicitémonos de la aparición de este libro. Él basta para fundar una gloria. Rembrandt entre los escritores cubanos, sucedería á Muñoz-Bustamante, si ésta fuera su última obra, lo que á Rembrandt si sólo hubiera dejado su lienzo inmortal de la Ronda: su puesto en la historia sería el mismo, igual su fama.

JUSTO DE LARA.

Espuma de mar

Es en la playa, corre mayo florido y el trópico esplende. Sobre la tierra, que ha saboreado con deleite la rociada de las primeras lluvias, verdea el césped, se hinchan las yemas de los arbustos, los troncos pimpollecen y las ramas se visten de hojas.

Cerca del balneario, los jardines de las quintas desbordan sus perfumes y sus colores, mientras las fuentes murmuran, los pájaros trinan, los niños charlotean y los insectos zumban.

Este himno de vida, dulce y tibio como un beso, llega al mar con sonoridad de melodía amorosa, y tiene en las olas cantarinas un eco grave, que se prolonga infinitamente, bajo la bóveda inmensa de los cielos.

La arena, caldeada por el sol, parece polvo de oro. En su lecho blando dormitan perezosamente caracoles de concha de nácar. Las moscas vuelan. Y por los rayos solares desciende el calor que aplana y entontece.

El balneario, con sus corredores ventilados y su claridad radiante, ensancha el espíritu. Aquí y allá, los bañistas forman grupos, aspiran sensualmente el aire yodado, y reposan en posturas flojas, muelles, paradisiacas. La nota blanca pre-

valece en los sombreros, en los trajes, en el calzado. El piano derrama sus armonías suaves, y surgen y se dilatan

«El vals gallardo de azules ojos
y la habanera de labios rojos
que muerde y quema para besar.»

Otras veces, lo que suena es un tango bullanguero y alegre, ó una sevillana ardiente y jacarandosa, ó una canción gallega nostálgica y profunda, ó un punto criollo embriagador y suspirante, ó un *two-step* rápido y áspero, ó una chanzoneta mordaz y juguetona.

Los baños se extienden frente á las dos galerías, limpios, frescos, reídos por la luz, soplados por la brisa.

Abrese la caseta marcada con el número 11, y entran, en compañía de la mamá y las criadas, una joven y dos niños.

En pocos momentos la muchacha se empaqueta su traje de bañista, pintoresco, anchote, cómodo. Los niños visten pantaloncitos de listado. Van á chapuzarse.

En la poceta, cuyos arrecifes son batidos suavemente por la marea, el agua tiembla y se transparenta como una lámina de cristal, movediza y ondulante. El rebote de las olas mueve hondo sonido. El ritmo del mar tiene la cadencia de una melopea fantástica. No se ven las hadas que cantan, pero se oye su coro formidable y compacto.

Ella, con sonrisa de pilluelo en los labios ardientes, baja la primera. Desciende por los escalones de roca, llega á la superficie del agua, introduce la puntita del pie y, al sentir la sensación fría, hace un mohín gracioso. Luego alza los brazos, une las manos, inclina el cuerpo y se zabulle. La onda cede bajo la carne rosada que la oprime. Brotan copos de espuma nítida en el lugar de la sumersión. La nadadora se oculta un instante. Después reaparece triunfante, enseña su busto macizo por entre la revuelta linfa, tira dos puñados de arena recogida en el fondo y ríe á carcajadas, con esa risa feliz de los seres que el dolor no ha lacerado todavía. Se está quieta breves segundos. En su rostro lucen, cual bellos diamantes, gruesas gotas de agua, que se deslizan hasta el redondo cuello. Vuelve á nadar con energía. Al fin se cansa y se boya. Mientras su cintura se enarca hacia afuera para formar el vacío, y se unen sus pies

para hacer contrapeso, hunde la nuca y casi toda la cabeza en el agua, cerrando los ojos y relamiéndose voluptuosamente, como si la frescura del mar la acariciara por todas partes.

Los niños, remolcados por las sirvientes, lloran, gritan y patean antes de mojarse. Poco á poco su cólera cede ante lo sabroso del baño. El terror los deja en paz. Ahora se agarran á las sogas, gesticulan, chillan de contento, dan zapatazos é intentan su aprendizaje natatorio. La joven sirena, á corta distancia, les abre los brazos y les llama. Ellos acuden, braceando torpemente, llegan y, medio llorosos y medio rientes, se aferran á su guapísima educadora. Semejan un grupo casi mitológico. Venus surge de la onda, pero no solitaria, sino acompañada por dos Cupidillos...

Los niños salen del baño.

La muchacha permanece aún varios minutos en él.

Rendida ya, se acerca á la escalerilla y sube al vestuario.

Le cuesta trabajo despojarse de la ropa mojada. Lucha con tesón. Caen los zapatos, salen las medias, se desprende el traje, y queda completamente desnuda, con la belleza y el candor de los quince abriles, confiada, tranquila, satisfecha.

El mar se empina sobre las rocas para admirarla rendidamente.

Y rabia, al advertir que en su seno, con ser tan rico, no hay una perla tan hermosa.

La alondra ciega

Dícese poetisa á la hembra que produce obras poéticas. Yo no acepto del todo esa definición lexicográfica. Para mí es poetisa la mujer sensiblera y marisabidilla que hace versos ramplones por mera vanidad. Cuando un individuo del sexo contrario, como Sor Juana Inés, Santa Teresa ó la Avellaneda, pulsa la lira con insigne maestría, lo llamo poeta, y se me llena la boca.

Poeta fué Mercedes Matamoros, cuya muerte ha pasado inadvertida en este país que nunca supo honrarla tanto cuanto ella merecía.

Almas inocentes achacarán á lo crítico de los actuales momentos la indiferencia con que Cuba ha visto desaparecer en la miseria á una de sus hijas más ilustres. No hay tal. En tiempos bonancibles habría pasado lo mismo. Tejera, nuestro gran señor de la rima, falleció en época de octaviana paz, y su sepelio no sobrepujó al de cualquier burguesote medianamente acomodado. Aquí los ruiseñores se destrozan la garganta cantando, sin que la inmensa mayoría de la población, formada de vulgarísimos gorriones, lo sienta piadosamente.

La república cubana es una inmensa factoría de azúcar y tabaco, una especie de Cartago sin brillantez. Para no perecer aplastados por el mercantilismo nacional, necesitan los artistas

del patio inferirse cruel herida en el alma, arrancarse la fibra sonora de la inspiración, castrarse mentalmente, ajustarse al medio, encanallarse en la prosa más vil y chocarrera. Quien así proceda, tendrá su humilde lugarcito en el pantagruélico banquete de la burguesía, y no andará pringoso por las calles, ni se comerá los codos, ni morirá de hambre. Siempre vivirá atormentado por una voz que desde dentro le grite perjuro y traidor, pero vivirá al fin como manda el estómago que se viva. La historia de *Poquita Cosa* no cesa de repetirse á diario entre nosotros.

Mercedes Matamoros, hembra fuerte, huraña y bravía si las hubo, quiso romper con la costumbre establecida de que se sacrifique el ideal á la realidad, y prefirió los horrores de la escasez á las vergüenzas de la claudicación. Pudo ser mecanógrafa ó maestra de escuela, trajear ridículamente, comer regularcito y hasta ir los domingos á las *matinées* baratas de nuestros teatros semi-idiotas. Con esto y con escribir la sección de modas en algún periódico diario, habría conseguido la felicidad suprema de que en nuestra nación disfrutan las inteligencias femeninas...

Ya tenemos á la cantora de Safo en pleno martirio, en largo y odioso «vía-crucis». Encastillada entre las cuatro paredes de su tabuco, sin gozar del trato humano, sola y triste, empieza á calcinarse en el propio fuego de su corazón, á envejecer y á quedarse sin vista. Pronto es ciega, como Homero y Milton. La desgracia la ha envuelto por completo, abandonándola en un mundo de siniestras sombras. Mientras menos ve, más se eleva el águila en los espacios azules. Así ella robustece su talento en el dolor, y vuela, vuela, con alas de oro, hasta remontarse á colosal altura en el cielo del arte, siempre estrellado y luminoso. Su cuerpo virgen se dobla, se encorva, se entumece; su rostro se arruga, huye el fuego de su mirada, se afean sus facciones; pero su cabeza, coronada de blanco como las cimas de las grandes montañas, tórnase primoroso jardín donde se abren, á la luz de la gloria, flores de ideas, hermosas, sanguíneas, asoleadas, con todo el color del trópico y todo el perfume del genio.

Mercedes Matamoros busca en la historia infeliz de otra mujer admirable, asunto para un poema lírico, y lo cincela á lo Argensola en una serie de sonetos extraordinarios, cubriendo

con exquisito manto clásico las desnudeces de la lujuria... Safo, la griega sublime en sus cantos y en sus vicios, luce soberbiamente rejuvenecida en las estrofas de nuestro poeta. Las elocuentes olas del viejo mar Mediterráneo han encontrado un eco en las intrépidas olas del joven mar Caribe, y la voz de las milenarias islas helénicas suena con entonaciones misteriosas en la naciente isla americana. ¡Cuán bello homenaje artístico, rendido por un mundo que nace á un mundo que muere!

El poema de la Matamoros cayó como una bomba en nuestro estadío literario. La poesía mediocre que veníamos padeciendo, sufrió un golpe de muerte con la aparición de aquellos endecasílabos robustos y sedosos, cuyo nervio castellano vibraba enérgicamente. La nueva obra entrañaba algo más que forma impecable. Había en ella lo que nos faltaba desde los floridos años de Luaces y Heredia: sentimiento, ideas, fondo profundo. Nuestra crítica, que posee una sonda muy corta, no se atrevió á medir la profundidad de aquel océano de pensamientos. Conformóse con bogar por su superficie cristalina, sonó el bombo de costumbre y reapareció la indiferencia empujada por la envidia.

Desde entonces á la fecha —y no han transcurrido tres años —¿quién pensó en la Matamoros? Nadie. De mí sé decir que me traían muy preocupado la zafra y las elecciones para poner mientes en cosas de literatura. ¡Y soy un escritor asalariado en servicio activo! ¿Qué se le puede exigir al público?

¿Amó Mercedes Matamoros? ¿Movía su plectro alguna pasión no satisfecha, ahogada por los convencionalismos sociales, más atormentadora cuanto más añeja é imposible? Aunque no hay noticias de ello, quizás fuera así. En su poema existe tal fogosidad, tal desbordamiento de amargura, tal arrebato de cariño erótico, que parece increíble lo escribiera quien no hubiese sufrido hondamente las puñaladas del querer sin dicha, los saetazos del deseo irrealizable, las sacudidas de la carne, las convulsiones de un espíritu arrebatado.

La alondra ciega ha muerto en nido solitario, ahogada la última nota de su trino sollozante por el estrépito de la lucha fratricida que hoy mancha de sangre la campiña y enluta los hogares.

Has hecho bien en irte, dulce ave canora, antes que el lodo del liberticidio manchara la pureza de tu plumaje.

Fidelidad

HABÍA estallado la revolución libertadora. Por todas partes cundía el bélico entusiasmo. Los guajiros ceñíanse el machete, y, montando su mejor potro, corrían á nutrir las partidas insurrectas. Llegaban de los Estados Unidos expediciones con armas y pertrechos. Las altas cimas se coronaban de humo y los risueños valles parecían un mar de llamas. La guerra ardía como fuego sagrado. Y la juventud no quiso permanecer sorda al llamamiento supremo de la patria. Las ciudades se vaciaban de gente moza. Raro era el hogar donde una madre no lloraba la ausencia gloriosa de un hijo adorado.

Entre aquellos donceles que se lanzaron al monte, estaban los hermanos Jorge y Enrique Sandoval, quienes se alzaron en su ingenio, con el negro José María, fiel criado de la casa.

La ola les envolvió al principio, hasta que sus nombres se destacaron á fuerza de heroísmo, y se habló de la *partida de los Sandoval*, en toda la isla.

Jorge, el mayor, mandaba como coronel un regimiento. Enrique estaba como comandante al frente del primer escuadrón y tenía por capitán al hercúleo José María.

***

Para poner coto á la arrogancia de los hermanos Sandoval, mandóse contra ellos al jefe de guerrillas españolas don Gabriel

Arenas, famoso por sus instintos crueles, su denuedo salvaje y su actividad no igualada.

Empezó, pues, un duelo á muerte entre las fuerzas de los Sandoval y las de Arenas.

Leones y jaguares se destrozaban.

Raro era el día que pasaba sin un encuentro, sin una escaramuza, sin un choque.

Los hermanos Sandoval habíanse jurado acabar con Arenas, y Arenas, á su vez, acabar con ellos.

Transcurrieron varios meses sin que ninguno obtuviera la menor ventaja ni desmayase el tesón de los combatientes.

Pero, al fin, el comandante Enrique Sandoval, vendido por un presentado, cayó en poder de Arenas.

El guerrillero, en su insano furor, colmóle de oprobios y le macheteó personalmente, lanzando gritos de caníbal, mientras ejecutaba con sus propias manos tan infame crimen.

Cuando la noticia se supo en el campamento cubano, estalló una tempestad de ira. El regimiento entero juró vengarse, aunque pereciese en la empresa hasta el último soldado. La mambisería lloró la muerte de Enrique como se llora la muerte de un hijo predilecto.

El coronel Jorge, después de formar los escuadrones, les dijo con voz firme y enérgica.

—Es preciso que el guerrillero Arenas, antes de una semana, nos pertenezca, de cualquier modo, muerto ó vivo.



Tres días más tardes chocaron la guerrilla de Antonio Arenas y la partida de Jorge Sandoval.

El topetazo de las dos caballerías fué tremendo. Los mambises, por sorpresa, cargaron como tromba de hipócrifos violentos sobre sus sañosos enemigos. Tras breves instantes de lucha desesperada, los guerrilleros se desbandaron á sálvese quien pueda. Los insurrectos les persiguieron implacables. Aquello semejaba una batida de fieras.



—Coronel—dijo á Jorge Sandoval un mozo fornido y guapo, sargento del segundo escuadrón:—éste es el canalla de Arenas, el asesino de su hermano. Ahí le tiene. Déle *filo*.

La soldadesca se arremolinó en torno de los tres hombres, ganosa de presenciar el drama, inquieta y palpitante.

Pero, con general sorpresa, Jorge Sandoval llamó al teniente coronel Agüero, y le ordenó lo siguiente:

—Devuélvale sus armas al comandante Arenas. Forme la gente y marche á la Encrucijada. Yo iré luego para allá. Ahora tengo que hablar á solas con este hombre,—y señaló con un gesto al prisionero. Oyóse un murmullo de protesta.

El mismo Agüero vaciló en dar la orden.

—¡Silencio y á formar!—rugió el coronel.

***

La tropa, cabizbaja y triste, dobló un cañaveral y desapareció en seguida.

Sandoval y Arenas se miraron cara á cara.

El odio brilló trágicamente en sus pupilas.

Sin que ninguno pronunciase palabra, como si hubieran hecho un convenio tácito de matarse, desenvainaron los machetes y cayeron en guardia.

El silencio de la llanura aumentaba el horror de la escena.

Sandoval cerró contra Arenas. Chocaron los aceros. El rostro del comandante español ensangrentóse, y el herido rompió un paso, cubriéndose la cabeza con una quinta de sable. El coronel cubano repitió el golpe, mas la hoja de su machete saltó en pedazos. Entonces se hizo atrás para desenfundar el revólver. Mas su adversario brincó presto sobre él y le asestó en el hombro un tajo formidable. A Jorge se le doblaron las rodillas. Iba á desplomarse. Arenas alzó de nuevo el arma para cercenarle la cabeza...

De súbito, una detonación hendió el aire.

El guerrillero, abriendo los brazos, giró sobre sus talones, y cayó á tierra, con la frente rota de un tiro.

Por entre el cañaveral próximo se asomó la negra cara del noble José María...

Confetti

MOMO, á pique de perder toda su influencia en los trópicos, se ha galvanizado bruscamente y lucido de nuevo su antiguo esplendor durante esta temporada carnavalesca.

En los días de paseo, inmensa multitud ha recorrido la ciudad, exhibiendo magníficos trajes, centelleantes joyas y espléndidos trenes. Donde quiera una mujer hermosa lucía su palmito hechicero, sus curvas tentadoras y su lujoso atavío. Donde quiera sonreía la cara pintarrajeada de un niño, que iba á la gran feria del placer, vestido de rey, de mono ó de payaso. Donde quiera braceaban gallardamente los briosos caballos de los carruajes. Donde quiera sonaba un pito, una corneta ó un bombo. Las serpentinas volaban de un lado á otro, los *confetti* caían en lluvia pintoresca, los disfraces, henchidos por el aire, parecían alardear de sus grotescas pintas; las finas lentejuelas brillaban como polvo de diamantes; las cabelleras empolvadas contrastaban cómicamente con los rostros jóvenes. El gritar de la muchedumbre, el tintinear de los cascabeles, el repiquetear de los coches y el rugir de los automóviles formaban un enorme clamoreo, un guirigay inmenso. Todo era color y ruido, todo contento y algarabía.

A la hora de la desbandada, llenábanse los restauranes, las

fondas, los cafés. Aquel gentío, luego de estropearse riendo, quería restaurar sus fuerzas con un hartazgo mayúsculo, que le rehabilitase para los bailes, para el fin de la orgía.

A mí no me ha gustado nunca el goce en montón, la alegría popular, el divertimiento á gritos. Prefiero el placer silencioso, tranquilo y amable de la velada íntima en el hogar, ó la reunión decidora de unos cuantos amigos sinceros en mi gabinete de estudio ó en la mesa de un hotel. Las aglomeraciones del rebaño me asustan, agobian y entristecen. Gusto más de la melancolía solitaria que del contento público. Soy huraño, discursivo y un poco egoísta. Pero opino que los pueblos, en determinadas ocasiones, se deben reunir en colectividades para saborear una misma bienandanza, pues ello demuestra la felicidad y la unión de todos, vínculo sin el cual no pueden existir las naciones, cuyo equilibrio consiste en que no haya clases completamente felices junto á clases absolutamente desgraciadas. ¡Ay de los países en que no se divierten sino unos cuantos! Ellos están cerca de las grandes miserias ó próximos á las grandes revoluciones. Las fiestas muníficas de Trianón trajeron consigo las matanzas del 93. Francia triste ahogó en su dolor á Versalles alegre...

Después del paseo, recorrí el Prado y lo noté alfombrado de serpentinas y *confetti*. Las serpentinas me parecieron mustios jirones de alegrías destrozadas. Los *confetti*, polvo ruin de placeres muertos. En llegando al Malecón, volví la cabeza y miré hacia atrás. Sólo vi las espaldas de los últimos paseantes que se retiraban. Entonces la sombra de la multitud rota, deshecha, despedazada, como una realidad convertida de pronto en doloroso recuerdo, proyectóse sobre mi alma y la conmovió brutalmente.

Materia triunfante

Los hombres de letras van cogiéndose para sí la ciencia, con menoscabo del verdadero arte.

Así me dijo un médico, hace pocos días, al ver sobre mi mesa de trabajo varias obras científicas.

Al doctor aquel le sobraba en parte razón y le faltaba en parte.

Los hombres de letras, influenciados por el espíritu analítico del siglo, no nos conformamos ya con latines clásicos. El estudio de la forma ha dejado de interesarnos mayormente. Queremos ahondar en el fondo de las cosas, para que nuestra pluma exprese el pensamiento con todo el color de la vida, con todo el calor de la verdad, con toda la convicción de la fe. Para llegar á ese hermoso fin, no bastan los cánones de los retóricos, los modelos del bien decir, ni el machacar sobre la frase. Necesítase un conocimiento en general, enciclopédico, libre de prejuicios. La experiencia se impone con poderío irresistible para comprobar lo estudiado en el libro. Por eso los hombres de letras buscamos en las ciencias naturales, en la nueva psicología, en la sociología y en la antropología, horizontes amplios y luminosos. Pero, aunque opine lo contrario mi amigo médico, el arte no padece al hermanarse con la ciencia.

Taine se relamía de gusto al pensar en este glorioso maridaje de la poesía y la verdad con que soñara Gœthe.

Cierto que el arte pierde así algo de su exquisitez, de su delicadeza, de su aristocracia; mas cierto también que gana en intensidad, en fuerza y en provecho.

Física del amor, un libro de Remy de Gourmont llegado recientemente á la Habana, me ha seducido con su sabrosa lectura.

«El sér humano,—nos cuenta Gourmont,—no está en el vértice ni forma el último escalón de los seres creados; representa una de las muchas evoluciones vitales, y nada más. Hay que prescindir por completo de la vieja escala. Imaginemos metafóricamente, un centro de vida del cual irradien todas las otras vidas divergentes, y no volvamos á preocuparnos de subordinaciones hipotéticas.» Luego añade que el amor es profundamente animal y que en serlo consiste su encanto.

Expuesto el principio fundamental de la tesis, el autor entra de lleno en el estudio de ese amor animal, observándolo con prolijo cuidado en toda la gama zoológica, desde las insignificantes *efímeras*, que nacen por la tarde y mueren de madrugada para sólo reproducirse, hasta el hombre, que en su largo vivir puede amar muchas veces, por la tarde, á la madrugada, en cualquier tiempo...

El hálito de fecundidad, sano y robusto, que pasa á ráfagas candentes por esos capítulos viriles, alegran y confortan el corazón como una bocanada de aire matinal, olorosa á yerba y á rosas.

La tierra se extremece bajo las palpitaciones de una incubación gigantesca.

El grito del amor y el placer hallan eco en la maternidad, y la fauna entera, al perpetuarse sobre el mundo, entona su canción rumorosa, desde los mares y los bosques, germinando profundamente, con supremo deleite de enamorada satisfecha.

Zumban los insectos, trinan los ruiseñores, arrullan las palomas, cantan los gallos... y el hombre suspira, bajo la misma influencia del sexo, por el ideal instintivo de la posesión recíproca.

En el concierto del amor el hombre suspira; fijaos bien, suspira mientras los insectos zumban, los ruiseñores trinan, las palomas arrullan y los gallos cantan.

El hombre suspira de tristeza, de rabia, de amargura. Él, con ocupar el primer puesto zoológico, es, sin embargo, el último para la felicidad. Todos los animales aman á su antojo, sin peligros, sin temor. Aman libremente, en la flora libre, en el océano libre, en el ambiente libre. Nadie se escandaliza de la brutalidad del topo, de la poligamia de las palmípedas, ni de las aberraciones del árbulo. Sólo el hombre, el pobre mamífero implume, que siente y piensa, está condenado á amar como la sociedad se lo impone, reglamentaria, artificiosa, casi inicuamente. Es que, para aguar la fiesta del amor humano, hemos metido el espíritu donde no hacía maldita la falta. Háblase de amor puro, de amor casto, de amor platónico. ¡Mentira, calumnia, infamia! No existe otro amor que el amor carnal, el de dos afinidades electivas que se encuentran y quieren unirse, el que proclama el genio de la especie juntando personalidades distintas para fundirlas y mejorarlas. La parte espiritual del amor humano viene con el trato mutuo, gracias á la vida en consorcio, al cambio continuo de impresiones. Pero esto no es todo el amor: esto es una consecuencia de cierto amor; es la amistad que surge entre seres pensantes, á quienes la satisfacción del deseo no separa, pues la monogamia les une con estrecho lazo. El amor de los pueblos polígamos, que no deja por ser polígamo de ser amor, se parece al de los enjambres, al de los rebaños, al de las piaras. Yo no gusto de la poligamia, ni simpatizo con la gente brutal, ni me perezco por el anarquismo. Mas creo, como Remy de Gourmont, que el amor no es espiritual, sino animal; y pienso, con Nordau, que el amor humano está esclavo y necesita libertarse. La materia vencerá, porque debe vencer, y lucirá triunfante, en el mañana feliz, todas las galas de su admirable belleza, vestida con las flores de los jardines, adornada con las gemas de las minas, bañada por la luz de las estrellas, inmortalizada por el amor libre de todos los animales, desde la efímera, que nace con la tarde y muere con la aurora, hasta el hombre, ese pobre mamífero implume, tan escrupuloso, tan inteligente y tan triste.

Abelardo...

Se ha extinguido el canto de un poeta como se extingue en la selva umbría el trino de un sinsonte.

La musa bohemia de Abelardo Farrés no ha de posarse nuevamente sobre la elegante página de ninguna revista literaria para enaltecer la belleza de las mujeres y ensalzar los triunfos de la patria.

Aquella musa, enlutada y silenciosa desde hacía tiempo, cesó de revolotear el sábado último, después de haber empolvoreado de oro la huella de su paso por la vida...

¡Pobre Abelardo! Fuiste de mis primeros amigos en la prensa, y de tus labios, secos y exangües, oí también los primeros elogios que me estimularon á luchar por la verdad y el ideal en las columnas de los diarios.

Ahora, aunque estoy casi desengañado de lo que tenía entonces por verdad é ideal, sigo agradeciendo tus nobles frases de estímulo, tus benévolos elogios, los halagos de tu alma sin hiel y sin envidia.

Dicen que el poeta fué en sus mocedades un caballero distinguido que trajeaba exquisitamente.

Cuando yo le conocí, estaba ya caído en la desgracia, enfermo y sin recursos. Vivía de una manera espantosa, pernoc-

tando en los parques, comiendo en los cafés, hartándose de brevajes insanos, y todo ello más por desesperación que por miseria. La tuberculosis le había desbaratado los pulmones. Y el pájaro rebelde, acostumbrado á vivir y cantar libremente, no se resignaba á la esclavitud del lecho. Un corazón como el suyo, acostumbrado á las puras emociones de las mañanas risueñas, de las tardes melancólicas y de las noches voluptuosas, no cabía sino bajo el puntal inmenso de los cielos estrellados.

Farrés había nacido con un ramo de mirtos en la frente. Su verso, áspero y franco, surgía con espontaneidad, desenfado y elocuencia. Jamás pulió. Como escribía sus composiciones, así las mandaba á los semanarios. Era inculto; al menos, carecía de educación literaria. No obstante haber cantado generalmente en serio, poseía una vis cómica admirable. En una quintilla, en dos cuartetas, en una décima, caricaturaba, á cualquiera, sangrientamente. Su vena epigramática corría como un surtidor de vitriolo.

A mí se me figura que él, dado su natural amable y poco agresivo, se cortó las alas de satírico y prefirió ahogar parte de su talento á malquistarse con el prójimo. No se explica de otro modo que desechara tan fresco manantial de inspiración, cuyo veneno le hubiera producido más que todas sus elucubraciones líricas.

Abelardo Farrés, como todos los hombres combatidos por el infortunio, era escéptico en religión, en filosofía y en moral. No creía ni en el *aberenjenado* manteo del padre Emilio Fernández, obispo suntuoso por fuera y cura á secas por dentro.

El poeta ha muerto olvidado del amor. En el instante supremo de rendir el fardo de sus dolores, no hubo una boca femenina que le besara con pasión en la frente sudorosa... En su estéril bohemia no cuidó siquiera de cultivar una flor de vertedero. ¡Triste Abelardo sin Eloísa! ¡Infeliz cantor del trópico, muerto sin que sobre su tumba hayan vertido lágrimas de fuego los brillantes ojazos de una criolla!

El salto de Yorick

FALTA un rato para que comience la función. El teatro está á media luz. Los artistas se visten en sus *camerinos*. Algunos silban canciones populares. Otros murmuran. Los más callan.

Una densa atmósfera de tedio lo entristece todo.

Yorick, alma de la compañía, se ha disfrazado ya, y fuma, fuma nerviosamente, paseándose por entre las cajas. Este *Yorick* es, además del *clown* favorito, una enciclopedia de circo. Hace cuanto hay que hacer: juegos malabares, ejercicios ecuestres, maniobras atrevidísimas en el trapecio, blancos admirables, actos musicales, y, especialmente, chistes, sangrientos chistes, sobre la nota del día, sobre la última actualidad. El pueblo, que gusta siempre de las figuras brillantes, le ama por su fuerza, por su valor, por su gracia y por su distinción. *Yorick*, fuera de las tablas, tiene aristocrática apariencia, trajea á la moda, se perfuma exquisitamente, dice bien y alterna con gente de pro. *Yorick*, payaso y caballero, resulta un prodigio de circo...



Ahora su busto atlético se pierde entre los anchos pliegues de un traje de seda salpicado lujosamente de flores y lentejue-

las. El blanco mate de la pintura no deja ver las líneas viriles de su rostro feo y simpático. Pero sus ojos, que brillan tanto como las piedras de sus sortijas, expresan un dolor secreto, una inconformidad desgarradora.

Yorick sufre, y piensa en su dolor, en la paradoja de su existencia, en la tremenda farsa que le ha tocado representar en la vida.

Ha diez años era un modesto *clown*, un trapecista casi desconocido; pero cierto día, al ejecutar un movimiento riesgoso, estando lleno el circo, se le abrieron las manos, rodó sobre la pista y se magulló atrozmente. Ante la concurrencia consternada, le alzaron del suelo, casi exámine, ensangrentado, con la cabeza rota y la cara y las manos heridas.

Un derramamiento de sangre suele reconciliar á los hombres entre sí.



Cuando reapareció *Yorick*, el público, ganoso de saber cómo había quedado después del desastroso accidente, colmó de nuevo el teatro. Aquí del éxito. El payaso habló de sus malandanzas, con tal cinismo, con burla tan cruel, que la muchedumbre, ahogada de risa, no cesaba de interrumpirle, aplaudiendo con frenesí. Luego subió á los trapecios, que se hallaban á doble altura y sin red debajo. Ya en lo alto, dijo en broma á la multitud.

—Veremos si en este viaje logro llegar al otro barrio. Dedico á cada uno de los presentes un pedazo de mi individuo. Pueden reclamarlo en contaduría, cuando termine la función.

...Y lanzándose al espacio, dió un salto formidable, que arrancó un grito general de angustia.

La fortuna, amiga de los desesperados, le sonrió en esta ocasión. *Yorick* bajó de los trapecios entre frenéticas aclamaciones. La victoria estaba á sus pies... ¡Había vencido...! Desde entonces, nombre, dinero, regalos, conquistas, aplausos, amigos, todo le llovió del cielo.



En estos mismos instantes no podía quejarse. Sus admiradores se contaban por miles. Tenía dos amigos excelentes:

León, el hércules de férreos puños, capaz de desmoronar á quien malsinara de su compañero; y *Centauro*, équite famoso, quien pasaba siempre su mirada avizora sobre los aparatos de *Yorick*, temiendo contra él alguna mala pasada de la envidia. Además iba á casarse con una chica hermosa, culta y hasta rica.

* * *

Yorick amaba de veras á su novia, pero sobre ese amor semicasto había otro amor perverso, que lo arañaba en lo hondo: el de una de sus pretéritas amantes, con la cual no había roto por saciedad ni por hastío, sino por orgullo, por conveniencia.

Fedora, que así se llamaba en el mundo de las orgías aquella guapísima bestia de placer, también le había amado y aún le seguía amando locamente. En la actualidad vivía con un burgués rico, que le daba mil gustos y casi la trataba como á su propia mujer. Pero ella no perdía oportunidad de demostrar á *Yorick* su pasión, cada vez más viva, más latente, más furiosa. Le enviaba sin cesar recados y esquelas, que todos decían lo mismo: *Soy siempre tuya. Ven cuando gustes.* Y, después, como para ratificar con un hecho sus palabras, se presentaba en el teatro prendida con regio arte.

Cada recado, cada esquela de *Fedora* estremecía á *Yorick*. Un lúbrico infierno de imágenes sensuales estallaba en su mente acalorada. Le venía, cual vaho de lujuria, el olor de aquella carne abrasadora; oía los gritos de placer lanzados por aquella ebúrnea garganta, que él tantas veces había besado febrilmente; sentía latir junto á su corazón angustiado aquel otro corazón corrompido y ardiente. Entonces ansiaba un baño de crápula que le aplacase los nervios. Lanzábase al desenfreno más desastroso. Después despertaba como de una horrible pesadilla, tratando en balde de desacreditarse aquel barroco ídolo. Querer á una hetaira... ¡qué indecencia!



Yorick, al pasearse fumando, medita la respuesta que ha de dar á un mensaje de *Fedora*, recibido ha breves momentos.

¿Debe ir ó no ir á la cita? Está indeciso, á punto de ceder.

De ir, quedará para siempre sujeto á las brillantes redes de *Fedora*, y renacerán los celos de ambos, las luchas espantosas, y los dos tornarán á la vida demoniaca de antes. Él también tiene sus ambiciones. Ya le aburren las maromas. Sueña con una quinta, con una esposa, con unos chiquillos, con la paz ridiculizada de la burguesía.

De súbito, el director del circo grita con voz rápida:

—¡A escena *Yorick!*

Centauro, aproximándose al payaso, le pregunta quedo:

—¿Qué contesto á *Fedora?*

—Que *nunca, jamás*.



Yorick aparece en las tablas. El concurso aplaude. *Fedora*, en un palco principal, luce su belleza deslumbrante y su impúdica elegancia.

El perfume de la cocota llega hasta el *clown*, que vuelve espantado la cabeza, y al enfrentarse con su ángel malo, lanza un débil quejido.

El público lo interpreta como una gracia y ríe idiota.

Yorick sube á los trapecios.

Desde lo alto, dice con voz trémula, que en vano quiere ser cómica:

—¿Recuerdan ustedes aquel famoso salto, que, á poco más me cuesta la vida? Pues fíjense. Voy á repetirlo por última vez...

¿Fué un rapto? ¡Quién lo sabe!

Yorick tomó impulso, se echó al vacío y cayó sobre la arena reventado y redimido...

Sobre las olas...

Yo ERA entonces un chiquillo revoltoso que me agitaba bajo el yugo paterno por romper la dorada jaula y dar riendas á mi carácter intranquilo.

Teníanme *sujeto, muy sujeto*, como dicen las madres, en su hablar cariñoso.

Todas las tardes, como única diversión, me llevaba á la azotea una criada rígida y avizora...

¡Qué mal recuerdo guardo de aquel mastín humano!

***

En la casa más próxima habitaba una familia jacarandosa, con tres niñas casaderas, quienes se deshacían por pescar novios entre los muchos pollastres que las galanteaban...

¡Vaya un bailar incesante!

El piano no callaba nunca ni los novios caían tampoco.

Y á las tres muchachas les pusieron por mote *las tres gracias desgraciadas*.

***

Una de aquellas tardes, estaba yo en la azotea, junto al muro que daba al patio de las vecinas, con dos piedras en la mano, presto á lanzarlas sobre el primer infeliz que se asomara...

De pronto apareció en la saleta Herminia, el más fresco botón del barrio, la más bella de *las tres gracias*. Había salido del baño, vestía una bata blanca, y, en la cabellera, que rodaba magnífica por su espalda, tenía puesta una flor muy roja, muy ardiente y muy fresca...

Alcé la mano para arrojar las piedras, pero se detuvo mi impulso.

Herminia se sentó al piano, y surgieron del teclado notas lánguidas, melancólicas, trémulas...

Las piedras se me cayeron de la mano, apoyé en ella mi infantil cabeza, y quedé perplejo, contemplando los hechizos de Herminia, escuchando aquel vals desgarrador que me enternecía por dentro...

Acababa de experimentar la primera emoción erótica y estética de mi vida...

Desde entonces no he podido sentir jamás el amor sin el arte ni el arte sin el amor.

***

Cuando el piano dejó de sonar, pregunté á Herminia, con los ojos humedecidos:

—*Chica:* ¿cómo se llama *eso?*

—*Sobre las olas*...—me contestó indiferente... y se fué á la ventana.

***

Luego he oído infinitas veces tocar *Sobre las olas*. Siempre me he entusiasmado oyéndolo. Allí hay algo mío, muy mío, que no sé explicarlo.

En Cuba hay también algo de *Sobre las olas:* los huesos de

su autor. Juventino Rosas murió en Batabanó, de un hartazgo alcohólico, después de haber esponjado alambiques enteros. ¡ Pobre artista mejicano, qué triste y qué oscuro fin tuvo tu genial bohemia !



Para mí, *Sobre las olas* no es un vals: es el quejido lastimero de una gran alma, angustiada por una gran pena, profanada por un gran vicio; es la síntesis de una vida monótona como el mar mismo, como ese mar que, á despecho de sus colores y sus sonidos, se aburre en su cárcel de rocas; es el grito desesperado de un hombre á quien envuelven las olas amargas de la existencia y le sepultan bajo su mole en el rincón más lúgubre de una playa extranjera; es el recuerdo imborrable de mi primera emoción erótica y estética...

El canto de la sirena

Coméntase aún la oración pronunciada por el honorable Mr. William Taft, al inaugurarse en nuestra Universidad el curso de 1906 á 1907. Pocas veces se nos habían dicho tantas frescas en envoltura tan exquisita. Y como la verdad y las buenas formas se imponen siempre, el Secretario de la Guerra americano se ha impuesto á nosotros con todo el peso de su lógica.

Analizado en su fondo, se deduce lo siguiente de las hermosas palabras de Mr. Taft: que vivimos desde hace dos ó tres siglos de espaldas á la civilización; que somos un pueblo muy simpático, pero sin sentido común; que el máximo de nuestras ambiciones consiste en alcanzar un título universitario, aunque éste no nos dé ni para los garbanzos; y que vivimos completamente engañados de la vida en el peor de los mundos posibles.

Más vale tarde que nunca. Mucho debemos agradecer á Mr. Taft que haya venido desde su gran país á tirarnos de las orejas, despertándonos de nuestro sueño hipnótico. A los genios de casa no se les había ocurrido jamás llamarnos la atención, siquiera fuese por lástima, del inminente peligro que corríamos como país y como individualidades, si no rompíamos

el molde de la vida española, cuya filosofía se basa en adorar el pasado, arrastrar el presente y desdeñar el porvenir.

Comentemos á Taft.

Dice nuestro ilustre huésped:

« Ejercitasteis sólo el papel de críticos (y en los pasados días la crítica tenía que sujetarse ante el gobierno), y la mayoría de vuestro pueblo, especialmente las clases educadas y pudientes, se prepararon para ocupar una posición, no de indiferencia, sino de apatía con referencia á las cuestiones políticas y de gobierno. »

¡Cuánta razón hay en ese tremendo párrafo! Los que en Cuba valen algo no han querido nunca tomar parte en la vida pública. De ahí que surgiera la clase de los políticos, sin más oficio ni beneficio que asistir puntualmente á las juntas de los comités y á las asambleas, esperando un destino como sumum de la felicidad humana. Casi todos los políticos de Cuba son insolventes, ó han hecho su solvencia á la sombra de la política. Los agricultores, los industriales, los comerciantes, los artistas de cepa, los hombres de pura ciencia, todo lo que brilla en el país por su voluntad, su dinero ó su talento, no ha tomado parte alguna en la marcha oficial de la República. Desde que se fundó nuestra nacionalidad ha prevalecido la influencia de leguleyos gárrulos y de matones dudosos. Los buenos han sido cómplices de los malos al dejarlos campar por sus respetos, cuando podían haberlos echado á puntapiés del templo nacional. Si al resurgir el gobierno propio no toman las riendas del Estado hombres endurecidos en el trabajo, demos desde ahora por muerta nuestra independencia.

Añade Mr. Taft con elocuente frase:

« Ahora bien, yo no quiero decir nada que vaya á herir ó desagradar á los jóvenes que salen á la vida para llegar á ser útiles, y sin embargo, tengo que decir la verdad. Hay uno ó dos prejuicios que aún persisten en esta civilización, el primero de los cuales es que las profesiones académicas son la única ocupación digna de quien salga graduado de una Universidad, y de los hombres educados. Este es un gran error. En primer lugar, una educación universitaria no es una obstrucción al éxito en la vida industrial y mercantil; ella más bien ayuda si se le da el debido empleo, y yo me temo que los jóvenes de

Cuba que entran ahora en la vida no tienen inculcado suficientemente ese espíritu mercantil que abunda demasiado en América. Lo que vosotros los cubanos necesitáis es sentir el deseo de ganar dinero, establecer grandes empresas y llevar á cabo la prosperidad de esta hermosa isla, y los jóvenes cubanos deberían, la mayoría de ellos, dedicarse á los negocios. Todo el mundo conoce su capacidad y su habilidad y no habrá dificultad alguna en que vosotros mismos os lanzareis en la próxima generación de manera que los bancos, las casas de comercio y navieras de este país, estén en manos de cubanos y no de extranjeros.»

Sí; hay en Cuba un error completo de la educación. Los cubanos van á la Universidad con el solo objeto de hacerse profesionales, no de instruirse. Por eso hay tantos doctores sin ortografía. En los Estados Unidos los jóvenes acuden á las academias para formarse una cultura física é intelectual que les sirva de base en la existencia. Después de desarrollado su cuerpo y ejercitado su intelecto, mediante la doble gimnasia de los deportes y los estudios, salen de los centros docentes y se dedican á tareas productivas. En nuestra patria sucede lo contrario. Un padre tiene tres hijos. Lo primero que quiere es darles carrera. El más listo, para el Derecho; el más serio, para la Medicina, y el más torpe, para la Farmacia. Los pobres chicos, gústeles ó no, recorren su *vía crucis* universitario y llegan al doctorado. Con tal plausible motivo, se da un *guateque* en casa, y llora hasta el gato, en vez de reir todo el mundo. Pocos años después, el médico, por treinta pesos, cura ó mata en una sociedad de socorros mutuos; el farmacéutico, que ha alquilado su título por cinco centenes, *regentea* una botica, y el abogado se coloca de *tipewriter* ó sirve en la policía. Mientras tal ocurre á los tres doctores, el inmigrante español José Muñeiro, trabaja con heroísmo detrás dei mostrador y ahorra sus fondicos para establecerse mañana; el yanqui Mr. Jacob Smith compra y cultiva unas cuantas caballerías de tierra, con la esperanza de ser en no lejano día un formidable propietario rural; y el comercio y la agricultura y la industria y todo lo que produce, lo coge gente extraña.

Nuestro error consiste en que, como dió á entender sutilmente Mr. Taft, poseemos una idea falsa de la vida y usamos

aún de las prácticas de los siglos XVI y XVII, cuando el primer heredero de la familia se dedicaba á la corte, el segundo á la guerra de conquista y el tercero y cuarto al prelado y á la magistratura, respectivamente. Creemos que la suprema dicha está en la apariencia, en el rango, en lo abstracto. La suprema dicha no está ahí. La suprema dicha está en lo efectivo, en el dinero, en lo real. El ciudadano más feliz no es el que recibe más aplausos de la galería y posee un hogar pobre ó miserable. El ciudadano más feliz es el que reúne mayores entradas y ve á sus hijos sonreirle satisfechos...

Luchemos á brazo partido por el bien material; busquemos la felicidad en la adquisición de la riqueza; cojámosle, trabajando duramente, sus tesoros á la tierra fecunda en que nacimos; sembremos campos enormes; levantemos fábricas gigantes; echemos carrileras sin fin; y cuando el humo de nuestros colosos industriales se eleve al cielo como el blanco penacho de un guerrero vencedor, reverenciemos la excelsa memoria de aquel William Taft que nos cantó el canto de la sirena y nos dió la mano y nos dijo: Lázaro: ¡levántate y anda!

Un héroe humilde

El ditirambo no ha de ser siempre para los poderosos de la tierra. Las almas sencillas, los héroes humildes del trabajo, los que vivieron honrados y murieron sin piedad del cielo, merecen también la siempreviva de una estrofa sincera, el miosotis de un párrafo vibrante, la pública expresión de un sentimiento hondo y justo.

Hay seres de pobre condición que viven unidos á nosotros por la fuerte cadena del recuerdo, que existen en nuestra memoria nimbados de cierta rara popularidad, que están dentro de nosotros aunque jamás los hayamos visto ni por pienso.

A esta falange pertenecía Taracido, el célebre pirotécnico que acaba de perecer trágicamente, en medio de su faena, cuando ya se creía inmune del poder tremendo de los explosivos, en cuya comunión pasó toda su existencia laboriosa.

Yo le conocí personalmente. Era un hombre de aspecto vulgar, feo hasta parecer hermano de Picio, alegre y alborotoso. De primera intención inspiraba una como burlona indiferencia. Luego empezaba á convencer, y por fin, inspiraba cariño y respeto, al enseñar poco á poco la bondad de su carácter, al abrir francamente los tesoros de su corazón para que cada cual cogiese de allí lo que más le gustara.

Como á todo aquel que nos recuerda un pasado feliz, como

á todo aquel que evoca en nuestros cerebros las bellezas de la infancia, yo le quería de veras. Pero otros que no le trataron, que no le vieron reir enseñando las caries negras de su formidable dentadura, le amaban también, y le amaban mucho y muy siceramente.

El buen Taracido, cuya fama ya la quisieran para sí algunos,senadores y representantes, había nacido en Galicia, la tierruca histórica donde se siente tan de firme, que los hombres mueren de morriña, si los olvida la amada, ó los hiere cualquiera otra contrariedad. Pero él había venido desde muy joven á Cuba, y á ella estaba enlazado por la familia, la amistad y la gratitud, que aquí tuvo siempre toda clase de halagos y afectos.

A fuer de pirotécnico hecho y derecho, gozaba de gran prestigio entre las masas que le admiraban como á un rey de la candela, como á un mágico prodigioso, como á un endiablado artífice de las llamas. En las fiestas coloniales, en las políticas, en las patrióticas, en las religiosas, donde quiera que había festín para el pueblo, se oía el nombre de Taracido, sonando onomatopéyicamente con sonoridades de cohete, al quemarse los fuegos de artificio, lo mismo en la capital que en el último lugarejo de provincias.

Cuando la celebración del primer 20 de Mayo, las ruedas que se quemaron en la Cabaña fueron importadas, y maldito si valían algo.

Pues la multitud inmensa que presenciaba el espectáculo no cesaba de repetir que Taracido habría quedado mejor, que era una injusticia el no haberle encargado de tal trabajo. Así sonaba de boca en boca el nombre del notable pirotécnico, llevado y traído en alas de la popularidad, desde el Malecón hasta la Cortina de Valdés, desde la Habana nueva hasta la Habana vieja.

Taracido sentía por la prensa una veneración extraordinaria, y su mayor orgullo consistía en hombrearse con los periodistas y ayudarlos y servirlos y obsequiarlos siempre que la ocasión le deparara esa suerte.

Por eso la *Asociación de Reporters*, procediendo noble y honradamente, se encargó de enterrarlo como á uno de sus miembros.

¡Pobre Taracido! Amó el esplendor de las llamaradas ondulando caprichosamente en el aire, como emanaciones del infierno; adoró el tremendo ruido de la pólvora al estallar en forma de bombas y voladores bajo el cielo estrellado y sereno, en las noches brillantes de fiestas y parrandas; vivió machacando cosas terribles, y murió pavorosamente por una traición de la fortuna, de aquella fortuna para él tan generosa, que le había ayudado siempre á convertir, con admirable impunidad, enormes cantidades de metralla en no menos enormes cantidades de centenes!..

Lulú

Cuando *Lulú* vino al mundo, su padre había huído de él. Doña Encarnación, la pobre viuda, lloró bastante al difunto, pero como la viudez no le sentaba, casó en segundas nupcias con un hombre buen mozo y haragán, que no trabajaba, para conservar el físico en todo su esplendor. Del nuevo matrimonio nacieron otros hijos; y *Lulú* creció tristemente en aquel hogar, tocándole siempre la menor cantidad de afecto y el mayor número de mojicones. Era en la casa el recuerdo penoso de una historia desdichada.

A los quince años, *Lulú* tenía un cuerpecito muy gentil, unas caderas muy redondas, un seno muy firme y un rostro bellísimo.

Le salió entonces un novio con malas intenciones y mucho dinero.

La mozuela no le quería gran cosa, pero menos que el novio, le gustaban las miserias de su casa, la desfachatez de su padrastro y el desamor de sus hermanos.

Optó, pues, por el galán; y se le entregó en cierta noche de primavera, cálida y llena de aromas, cuando la tierra exhalaba de sus entrañas húmedas caliente vaho de lujuria, y las estrellas miraban con melancolía los horrores de este bajo suelo.

Al primer amante siguieron en el escalafón de los amores livianos otros amantes más.

Lulú bajó, bajó con paso trémulo por la pendiente del vicio, y cada escalón recorrido le valía un anatema en el lejano hogar.

De vez en cuando, atormentada por honda tristeza, iba á la casa miserable donde pasó la infancia, para buscar alivio en los brazos de la madre casi desafecta, junto á los hermanitos pringosos y maledicentes. La recibían con mala cara, pero la recibían al fin, porque jamás llegaba con las manos tan vacías como el corazón. Al marcharse *Lulú*, quedaban siempre algunas monedas sobre la mesa, monedas con que los chiquillos se pondrían zapatos y hasta comerían dulce.. Sólo Jorge, el benjamín de la prole, un rapazuelo con fisonomía precoz de abate bondadoso, amaba de veras á *Lulú* y la cubría de besos sin hiel.

Al amarillear las hojas de los árboles, al iniciarse el invierno con su vientecillo cortante cual navaja barbera, al sentirse los primeros rigores de las heladas, *Lulú* aparecía, como un hada amable que se pereciera por coloretes y perfumes, moviendo suave ruido con el fru-frú de su llamativo traje de seda, guarecida bajo las alas enormes de su sombrero de cocota, sonriente y melancólica.

Traía en el alma una pena muy grande, en la maletica dinero para abrigos y en la mano bombones para Jorge...

Pero *Lulú* no pudo volver á derramar sus dádivas sobre aquella familia desgracia.

Lulú murió trágicamente. La mató un *criminal honrado*, un amante sincero que, en la imposibilidad de poseerla él solo, no quiso que fuera de nadie. Por donde le entró el hierro asesino le salieron aquel hastío de la vida y aquel dolor de la crápula. El cayó sobre ella, y ambos en un charco de sangre impura y viciada, que fué mortaja simbólica de dos seres igualmente infortunados...

En el hogar de *Lulú* anatematizaron su muerte. Una mancha roja del crimen había caído sobre muchas manchas negras de abandono y egoísmo. Hasta prohibióse á los niños que pronunciaran el nombre odioso de la hetaira fenecida.

Pero llegó el invierno, amarillearon las hojas en los árboles,

la nieve se esparció por las calles cual albo sudario de agonía, y una tarde Jorge, que tiritaba de frío, con los pies descalzos, los dedos metidos en las amoratadas narices y los ojos cuajados de lagrimones, dijo en son de queja á su madre:

—¡ Qué mala se ha vuelto *Lulú!* Ya no viene á traernos abrigos y bombones... ¡ Mala, muy mala, *Lulú!*

Claroscuro

El sol empalideció bruscamente, como si alguno de sus planetas hubiera hecho en el espacio horrible cabriola, amenazando hundirse de cabeza en el piélago inconmensurable. El cielo se aborregó de nubes espesas y oscuras. Desapareció el azul de lo infinito, mustióse la luz y una atmósfera cargada angustió los corazones. Los truenos retumbaron á lo lejos, profundos, imponentes, amedrentadores. El diluvio se aproximaba. Veíasele venir desde enorme distancia como una cortina de acero que volaba por el espacio sin formar pliegues.

Al fin, cayó el aguacero, levantando penachos de polvo al herir la tierra. Del suelo húmedo se desprendió un vaho fuerte, cálido, penetrante. Abriéronse las celestes cataratas, acortóse el horizonte, rodó á torrentes el agua. La calle hizo un río, las aceras brillaron y así cambió por completo la decoración.

Las gotas rodaban como diamantes movedizos por los alambres telefónicos ó verberaban en los cristales empañados. Algunos asendereados gorriones sacudían en las cornisas sus alitas empapadas. Los transeuntes iban de aquí para allá, dando saltitos cómicos, cubiertos bajo el chorreado paraguas, resba-

lando peligrosamente. De vez en vez se oía un chapoteo escandaloso, un ruido rápido de ruedas, un golpear trémulo sobre los adoquines, y aparecía un coche cubierto, que salpicaba ventanas y puertas.

La lluvia, á semejanza de los crepúsculos y las heladas, convida á la meditación, melancoliza, absorbe, abstrae, entristece.

¿Nunca habéis visto llover, en compañía de una mujer amada, á través de las vidrieras? ¿Sí? ¿Pues no os parecieron sus labios más frescos, sus ojos más claros, sus bucles más sedosos, sus mejillas más tersas, sus besos más dulces..? La materia, como refrescada por la lluvia, dejó entonces de palpitar con violencia; el alma se iluminó como si el sol al esconderse se hubiera ocultado en ella; y la adorasteis de fijo con cierta idealidad mística de creyente que se prosterna en el altar de la carne para rendir homenaje al espíritu...

Los humildes poetas de la realidad, los que no cantamos en nuestra prosa vulgar, sino las bellezas de la tierra, nos conmoveremos siempre ante el rocío, ante la nieve, ante la llama, ante el rayo, ante todos los fenómenos y todos los caprichos de lo infinito.

¡Salve, Naturaleza! ¡Salve, fuente inagotable de primores! ¡Salve, joyero colosal de ricas prendas! Que otros piensen en un dios antropomorfo; que otros deseen un mundo mejor de serafines y querubes; que otros sean divinos. ¡Bien les haya! Yo me conformo con el mar, con las estrellas, con el arcoiris; yo quiero este mundo de hombres buenos ó malos, de mujeres bellas ó feas; yo soy humano, absolutamente humano... El día en que no quepa, por triste ó por enferma, mi humanidad sobre tu pintoresca superficie, buscaré un refugio en tu blando seno, en ese seno que ocultas púdicamente bajo el corpiño esmeralda de tu verdor eterno. Como gocé, vivo, al palpar el brote magnífico de tu maternidad, gozaré, muerto, al fecundarte con mis huesos, con mi carne, con mis nervios y con mi sangre. Desde la montaña distante que necesitamos ver con el catalejo, hasta la bacteria que se percibe sólo en el microscopio, todo tiene poesía, todo se rima y se armoniza en el universo... Las fosforescencia de las aguas, el espejismo, la atracción, la estabilidad... ¡qué sublimes cosas si se les

comprende y se les ama! En los tres mundos, en el de las alas, en el de las hojas y en el de las facetas, hay arpegios, colores y brillo bastantes para alegrar las almas, para lanzar con fuerza la sangre desde el corazón á las arterias, para animar la célula y crear el pensamiento, para enardecer la sensación y hermosear la idea, para embellecer el minuto de vida que hemos de vivir como pequeñas partes del «Gran Todo».

Seguía lloviendo, lloviendo á cántaros.

De súbito un relámpago cárdeno trazó en el aire ligero zigzag, se oyó una detonación formidable... y la chispa eléctrica se perdió en el pararrayos más próximo.

Una chiquilla que cruzaba la calle, amedrentada por el estampido, salió corriendo, pero le faltaron las fuerzas, fuése de bruces y se rompió la frente contra el sardinel.

Recogieron á la rapaza y se la llevaron mientras cesaba el diluvio.

Quedó allí una mancha de sangre muy roja, muy pura y muy alegre, como de niño al fin.

Aquella mancha de sangre lucía sobre la acera oscura como una amapola brillante.

La caída de la niña fué oportuna.

Faltaba un tono vivo que rompiera la monotonía del gris, que formara contraste, que aclarara la obscuridad del suelo fangoso y sucio.

¡ Qué bien lucía sobre el lodo aquella mancha de sangre muy roja, muy pura y muy alegre !

Los niños

Los niños son á la vida como capullos que se abren en el lodo de un pantano.

Hay, sin embargo, hombres tan viles que odian la infancia.

Yo he oído decir á un individuo que Herodes merecía el primer puesto entre las grandes figuras de la historia.

El que así se expresaba sí merecía una jaula y un bozal, por torpe y cruel.

La bondad, la pureza y la ternura sólo existen en la gente menuda. Los niños están desprovistos del sentimiento del mal, porque, aunque se pasen de inteligentes, desconocen la vida, y sin experiencia no hay malicia posible. Su amor surge espontáneamente hacia algunas personas, emanando del instinto, por simpatía, sincero, franco, leal. Y ese amor sin egoísmo, inocente, acaso un poco voluble, pero hermosamente sentido y cándidamente expresado, tiene un encanto indecible, un valor inestimable, una poesía conmovedora.

En los parques, en los teatros, en los salones y en las es cuelas de párvulos, me gusta observar á los chiquitines, seguirlos en sus juegos, admirarlos en sus monadas y aun envidiarlos en su candor.

Cuando ellos ríen con toda el alma y toda la boca, enseñando las sartas de dientes apretados y pequeñitos, echada atrás la rizosa cabeza, con los ojos empañados por lagrimones de placer, satisfechos, rebosantes de alborozo..es cuando no se puede dudar de que la alegría suena aún sobre la tierra su mágica pandereta, produciendo una música ingenua y acariciadora, cuyo eco repercute en todos los espíritus nobles.

A mí se me ocurre entonces una idea angustiosa: preguntarme qué será de esos niños, al arrancarse la sencilla guirnalda de la niñez, para ceñirse la lujosa diadema de la juventud y ocupar su puesto en la comedia mundana.

Llevado de un sentimiento piadoso, tiemblo ante la transformación que ha de operarse en esos adorables muñecos, ante sus infortunios por venir, ante las acechanzas que han de tendérseles, ante los horrores que han de ver, ante la tristeza que mañana ha de combatirlos ferozmente.

Aquel galopín esbelto, de piel morena, ojos brillantes y cabellos retintos, será acaso un pasional y un impulsivo, que mate por amor y muera de murria en la penitenciaría, entre barrotes de hierro mohoso y paredes desconsoladoramente húmedas.

Aquel otro chiquillo, de tamaña cabezota, con una frente digna de Schopenhauer, cara tediosa, mirar angustiado y sonrisa desoladora, será tal vez un pensador escéptico y pesimista, que se rompa el cráneo de un tiro, y duerma el último sueño sobre un lecho de ilusiones muertas por la fiebre del análisis.

Aquella muchachita de andares coquetones, refistolera y casquivana, que ya está pidiendo instintivamente media gruesa de novios, será acaso la mujer adúltera, perseguida por los gomosos, cantada por los poetas... y festejada por algún marido bonachón y manso.

Aquella otra rapaza de poca belleza y ningún gracejo, será quizás la solterona intrigante, agria y ridícula...

¡Pobres niños, destinados á ser primero jóvenes turbulentos y después viejos ruinosos!

Llorente

Murió don Pedro González Llorente, el venerable de la barba de plata.

Y yo estoy muy triste por la muerte del viejo queridísimo.

Era un justo que honraba á un mundo sin justicia.

Era un bueno que vivía en una urbe sin bondad.

Era un sabio que pensaba en una patria sin sabiduría.

Lo digo así, con mi desenfado entero, porque no me importa captarme odios si salvo la verdad santa.

¡Pobre pueblo el mío, tan engañado y tan ciego!

¡Pobre tierra la mía, tan hermosa y tan estéril!

En Cuba hay muchos árboles gentiles, muchas banderas gloriosas y muchas leyendas sublimes; pero falta el respeto al genio, al genio que sacaría espléndido fruto de esos árboles, que realzaría esas banderas ante las otras naciones, que inmortalizaría esas leyendas en libros de oro.

Don Pedro González Llorente era más conferenciante que orador y más conversacionista que conferenciante.

Su voz elocuente, aguda y atronadora, hizo mil veces las delicias de la muchedumbre.

Las mujeres le admiraban ciegamente, por gratitud, como á un dios propicio.

El tuvo siempre perfumados madrigales para el bello sexo.

Aquel caballero católico, chapado á la antigua, leal y galante, miraba en nuestras bellas enemigas el más rico adorno de la vida.

También le gustaban las estrellas y las flores. Se pasó la mitad de su vida contemplándolas y admirándolas. Sabía del mundo sideral y del mundo terreno. Veía con sus ojos y con el telescopio. Amaba la luz suave y el perfume delicado. Y fué su existencia fecunda en emociones estéticas, científicas, literarias, divinas, humanas...

Mosquetero de la magistratura, esgrimió la espada de la justicia, y quiso pesar, en la balanza de la ley, las acciones buenas y malas de los hombres. Quizás si se equivocara infinitas veces, pero nunca obró villanamente, sin conciencia y sin honor. De ahí que gozaba gran prestigio de jurisconsulto probo, de magistrado digno, de persona decente. *¡Rara avis* en este siglo vacilante, hipócrita y rufianesco!

Yo guardaré siempre de don Pedro el recuerdo archigrato de sus conversaciones.

Hace ya algún tiempo le oía hablar todas las tardes en la biblioteca del Colegio de Abogados. Allí visitaba á diario don Pedro. Y allí nos reuníamos entonces para estudiar ardientemente derecho ó literatura, media docena de jóvenes, que, desprovistos de todo ideal de gloria por experiencia prematura, trabajábamos, empero, como bueyes tozudos, acatando un mandato inexorable de nuestro destino y satisfaciendo una necesidad cruel de nuestro espíritu...

Todos, como lo presumíamos, hemos quedado reducidos á la mediocridad.

El torrente de don Pedro nos sacaba de nuestro soñar pesimista.

Le dedicábamos algunos minutos de regocijada atención y volvíamos al inútil libraco.

Ahora siento no haberle dedicado más tiempo. Es tarde.

Se fué ya el venerable de la barba de plata.

Y yo estoy muy triste, porque se fué sin hablarme momentos antes de las mujeres, de las estrellas y de las flores...

¡Adiós, viejo sabio y poeta, que de seguro incurriste alguna vez en el noble pecado de escribir frescos madrigales al margen de autos amarillentos!

La broma de un muerto

Mi compañero de mesa era aquel día un burguesote regordete y panzudo. La rubicundez de su faz, que semejaba un tomate en eflorescencia; su morrillo colosal de toro veragüeño; su vientre de batracio; sus piernas cortas y rechonchas; sus pies de chalana; todo le daba un aspecto brutal de puercazo bien cebado con rica bellota.

¡Cómo se atracaba don Andrés! Primero, las docenas de ostras fresquecitas; después, la sopa de legumbres, alimenticia y bien oliente; más tarde, los verdes repollos de lechuga, las redondas postas de carne jugosa y sangrienta, las masas duras y blancas de pescado, las pechugas macizas de palomas y codornices, las peras carnosas y heladas, las uvas dulzonas, los flanes doraditos y el café aromoso. Cada bocado que se deslizaba por su gaznate enorme iba rociado con espléndidos vinos, que él saboreaba sensualmente. Y el amable Gargantúa comía, comía siempre con la misma voracidad de bestia insaciada.

Para juzgarle, un psicólogo á la moda habría dicho enfáticamente: «Es la vulgaridad hecha hombre».

Y, sin embargo, aquel mofletudo personaje llevaba en su panza monumental una de las historias más originales, una de las novelas más tristes, uno de los dramas más intensos que yo he conocido.

Contómelo todo aquella noche, cuando sus ojillos brillaban malignamente, alumbrados por la luz del alcohol que le ardía dentro del cerebro, en un instante de franqueza y esparcimiento, con voz ronca y palabra difícil.

—Ya que te pereces por las cosas sensacionales,—me dijo don Andrés,—voy á narrarte un suceso que ha tenido honda huella en mi vida... Pero noto que te impacientas, como si creyeses que nada interesante puede contar un industrial retirado de los negocios. Seré breve y conciso en la narración. Oye pues, salamandra de los demonios, que ha de sobrarte tiempo para lucir por esos mundos tu personita veleidosa y tunante.

A mí me había espeluznado siempre la idea del matrimonio, y ningún disparate me había parecido jamás tan disparatado como la epístola del bruto de San Pablo. A los cuarenta años era yo un hermoso buey suelto, que rumiaba en la soledad de mi escritorio la sabrosura de conquistas fáciles, realizadas al revolver cualquier esquina, mientras los serenos cantaban la hora y el amor corría sin disfraz por las calles. Mi socio y amigo mejor estaba casado con una mujercita modesta, que de seguro no se rascaba las orejas por temor de que á los vecinos les molestara el ruido. Yo visitaba á diario el hogar de Facundo (que por Facundo respondía mi socio y mejor amigo), y notaba invariablemente la misma calma, el mismo abandono dulce, la misma felicidad monótona y seria. Diez años después, Facundo lió el petate. Entre otras cosas que en el testamento dispuso, aconsejábame el matrimonio, y me recomendaba eficazmente á la que había sido su esposa, poniéndola por los cuernos de la luna, sahumándola de incienso halagador, resaltando sus virtudes y buenas prendas, como si tratara de patentizar las claras aguas de un diamante brasileño. Yo andaba cerca de la vejez, necesitaba quien cuidase de mí, no debía seguir solo en el mundo. Y el muerto me pintaba con fúnebres colores la tristeza de los hospitales, la ridiculez del celibato á la hora del descenso físico, el papel desairado de los viejos verdes...

Semejante acopio de razonamientos ablandóme el corazón, y me casé con la viuda de Facundo, de aquel Facundo tan honrado, tan leal y tan sincero.

Fué nuestra boda de las más sencillas y modestas. A las doce del día nos instalamos en casa, finiquitados ya la nupcial ceremonia y un ligero almuerzo que comimos con varios amigos en cierto restaurant, á la vera de un río. Como á mí no me inspiraba gran pasión Ramona (Ramona se llamaba la viuda de Facundo), cogí el sombrero y echéme á la vía, para oxigenar los pulmones y regodear la vista, andorrando de Ceca en Meca, entre la población dominguera, que se había entarascado charramente y lucía su trapío, muy maja y muy oronda.

A las cinco entré de vuelta en casa.

¡Horror!

Allí encontré á Ramona, á la angelical Ramona ebria como una cuba, jurando como un carretero, peleándose con los criados, convertida en tremenda furia. Tenía los ojos inyectados, la boca espumarajeante, los labios negruzcos y los cabellos en desorden.

El insolente arremango de sus fustanes descubría dos canillas flacas y feas como palitroques. No la conocí, querido amigote, no la conocí.

—Hola! maridito mío—gritó al verme. Y con una alegría sórdida de borracho, se me lanzó al cuello, abrazándome fuertemente y cubriéndome de besos hediondos á mosto.

Lleno de asco la empujé brutalmente. Cayó al suelo, se hizo sangre, quedé horrorizado. Pero de pronto se puso en pie, su rostro verdegueose por la bilis como el de un lagarto y arremetió contra mí con saña y fuerza inusitadas. Sus uñas y sus dientes dejaron en mi cuerpo señales crueles de la lucha. Hasta me rompió la frente de un platazo. Acudió la policía y se llevó á la fiera. El médico certificó que Ramona era una alcoholista consuetudinaria y que en aquel momento padecía un ataque de *delirium tremens*.

Mi socio y mejor amigo Facundo me había dado una broma pesadísima.

Estuve cerca de un mes en cama, con la cabeza entrapajada y todo el cuerpo dolorido.

Desde entonces me he vuelto muy desconfiado y no creo sino en lo que como... después de digerido.

Tierra de promisión

A un inmigrante.

VIAJERO: Has llegado á un lugar de promisión, á un edén, á un pedazo del Paraíso. Ora en este hermoso templo de la naturaleza. Olvida á los hombres que son pequeños, y ama á la tierra, que es grande. ¿No conoces á mi patria? Estás en Cuba, donde el cielo ríe siempre, donde el mar canta siempre, donde el ensueño surge del ambiente como una flor radiante de un haz de luz. La selva virgen parece una virtud inviolable y el sol riente semeja un dios pródigo. Ante los primores del suelo olvidarás las tristezas de tu alma, y tendrás aquí, entre lujosas cortinas de espléndido verdor, un trozo de césped en que soltar el fardo de tus penas. Escucha, viajero, mi sonata al trópico, mi canción á su flora, mi romanza á la más rica perla de sus mares cuajados de espuma. Cuando hayas oído la melodía suave que me inspira una musa gentil, ya no sentirás la nostalgia de tus lares ni la morriña morderá en tu entraña, ni te aguijará el deseo de volverte, ni te atormentará la duda del mañana. En una gruta de amor, habrás de amar, porque los pajaros se arrullarán delante de ti, porque las semillas germinarán á tu vista, porque las rosas se abrirán ante tus ojos, porque hasta los árboles, entretejiendo sus ramas verdea-

das por el musgo fresco, encenderán en tu pecho la llama de la pasión que redime y conforta.

Mi tierra, viajero, es una odalisca que espera amantes sobre su lecho fastuoso de perlas y corales, bajo el dosel estrellado de su firmamento, propicia, en medio de la soledad del océano, á la cita feliz con que sueñan los corazones ardientes. Si te le entregas sin recelos, si llegas á quererla y á mimarla, ella te abrirá su corpiño florido y te brindará su seno poderoso para que lo acaricie tu mano honrada de trabajador y halles en él tesoros que premien tu afán noble.

Entra en sus bosques, pasea sus valles, sube á sus montañas. El perfume de las flores, el canto de los pájaros, el rumor de los insectos y el murmullo argentino de los ríos, te producirán una dulce borrachera de aromas, de colores y sonidos. Al sentir frío, encontrarás un claro de sol para restaurarte; el calor lo evitarás con la sombra benévola de las caobas y los cedros bien olientes; y en cada cocotero encontrarás una fuente que ha de brindarte agua pura en rudo vaso de corteza verde por fuera y cubierto por dentro de carnoso y blanco esmalte...

No temas que el tigre te espere en el jaral; no temas que el león alce para destruirte su zarpa formidable; no temas que la serpiente te inocule su mortal veneno. Mi tierra es una Cleopatra sin áspides. La selva cubana está hecha para el gorjeo y el beso, que no para el rugido y la mordida. Tampoco temas al hombre, pues el hombre es tan cordial como la selva. Pero, eso sí, no le insultes, no le provoques, no le irrites ni le sulfures. En la hoja brillante de cada machete hay todavía una gota de sangre seca y en el cañón astriado de cada rifle hay todavía un grano de pólvora quemada...

No busques aquí el lujo pueril, el refinamiento morboso, la exquisitez degenerada de los pueblos en decadencia. Confórmate con los lienzos incomensurables de nuestros horizontes pintorescos, con los perfumes del suelo, con las armonías que surgen de la materia de su eterno moverse, en su evolucionar perpetuo. No vivas por vanidad: vive por gozar de la vida que palpitará á tu alrededor, con tanta fuerza, con tanto brío, tan intensamente. No asistas solo á la representación de la gran obra humana, á la consagración de la fecundidad, á la apoteosis de la gestación. Lleva contigo á la hembra fuerte, á

la madre, á la suprema creadora de almas y cuerpos. No te cruces de brazos ante la gloriosa epopeya de la incubación, del florecimiento y del fruto. Al brote de la tierra contesta con el brote de la carne; al nacer de una planta responde con el nacer de un hijo; riega tu prole como si regaras simientes de trigo, y te inmortalizarán sobre el planeta luminoso cien generaciones de niños, de jóvenes y ancianos.

Viajero: cuando llegues á la patria prometida del trabajo y la riqueza, donde el cielo ríe siempre, el mar canta siempre y el ensueño surge del ambiente como una flor radiante de un haz de luz; cuando llegues á este pedazo del Paraíso, á este hermoso templo de la Naturaleza, arroja sobre el césped el fardo de tus dolores y tus tristezas, arráncate del corazón el odio como se arranca una mala hierba; y, al empezar para ti una vida nueva, escribe en la franja blanca de tu bandera, con los tintes de una mañana primaveral, este lema que Zola el bueno dejó escrito para los otros buenos: *Fecundidad, Trabajo, Verdad y Justicia.*

El luto

CADA vez que veo á un individuo forrado de negro, me salta la risa á los labios, como si las cosquillas de la burla alebrestasen mi buen humor.

El luto es, entre los convencionalismos, el más irritante, porque une la puerilidad á la hipocresía.

El dolor que se exhibe no se siente. Vestir un cuerpo con telas de color determinado para exteriorizar la tristeza de un alma, absurdo se me antoja, y nadie me sacará nunca de mis trece.

¡Cuán ridícula farsa la del luto!

Muere un pariente cercano que vivía en la escasez y no deja herencia: nueve días de sentimiento exterior, y nada, nada por dentro.

Muere un pariente remoto, pero que lega millonadas: un año de luto entero, seis meses de medio luto, las ventanas cerradas, silencio en el piano, mutismo en los pájaros... y ¡ay! del que coma fresas ó sandías. Muere el abuelito, y las nietas rabian al no poder charlar con el novio en la reja, ni estrenarse vistosos trapos, ni ir á los bailes, ni asistir á los teatros.

—¿Qué tiempo nos falta para soltar estos mamelucos?—pregunta Otilia, una chica en estado de merecer.

--Cuatro semanas—contesta Juana, contando con los dedos y haciendo un mohín de hastío.

—¡Vaya un fastidio!—añade Laura, y se estira felinamente en su asiento.

Pero no existe luto comparable, en cuanto á bufo, con el luto de la viudez.

Muere la mujer, y falta poco para que el marido se embadurne de betún.

Hasta usa en los calzoncillos botones de azabache.

A media cuadra de distancia, parece un saco de carbón, un sarcófago, la boca de una cueva ó cualquiera otra cosa no menos oscura. Transcurren quince días, veinte, un mes, y hétenos al hombre fúnebre paseando su luto por el lupanar, en compañía de alguna chica descarada y bullanguera.

Muere, por el contrario, el marido, y la mujer se tizna á su vez de una manera lamentable. Como oriflama de sus pesares, cuelga al moño una toca de dos kilómetros justos, con tarabillas intercaladas en el texto y un garabato en la punta extrema... Ello no le impide teñir ligeramente de rosado las mejillas y la barba, dibujar bien las ojeras, las cejas y las pestañas, ceñir la cintura, redondear las caderas, peinar artísticamente la cabeza y empapar el pañuelo en afrodisiacas esencias

Despojad á tal ó cual viudita guapa de su imponente traje, y pudiera ocurrir le descubrieseis, bajo la blanca sayuela, la camisa roja ó azul que incita al misterioso amante en las secretas orgías.

El luto modernista, llamado también luto militar, es todavía más odioso, puesto que significa una transacción abominable de la verdad con la mentira, un conato de rebelión degenerado finalmente en un acatamiento á medias.

¿A qué el luto? ¿Por qué ese simbolismo estúpido del color negro, tan sucio como caliente? ¿Por qué ese cerrar puertas y ventanas, cuando los pulmones necesitan siempre de aire puro para dilatarse? ¿Por qué cubrir lámparas y espejos y entenebrecer las moradas de los vivos, si las moradas de los muertos están á los cuatro vientos, en pleno sol, adornadas de rosas y claveles?

El luto se estila sólo para manifestar el dolor de la muerte. He ahí otra de sus necedades. Hay caídas más tristes que las

caídas en la tumba: las caídas en la deshonra. La ignominia mancha. La tierra, no. Sobre la tumba de un muerto amado se pueden derramar lágrimas sentimentales y flores cariñosas. Frente á la reja de un presidiario querido que cumple condena por delito humillante, no cabe sino llorar de vergüenza.

Así las madres no guardan luto por sus hijos criminales, ni los esposos de sus esposas adúlteras, ni las esposas de los esposos que las abandonan en el arroyo. Si se llevara luto de los dolores complejos, de todo lo que la experiencia va matando dentro del alma, la humanidad entera vestiría de negro.

Pero el luto no es sino un necio disfraz del infinito dolor humano.

El Libertador

La muerte del generalísimo Máximo Gómez y su fastuoso entierro han llenado, durante estos últimos días, todo el sentimiento nacional...

El pueblo de Cuba ha probado una vez más que entre otras buenas prendas tiene la de ser agradecido.

Ante su viejo ídolo, roto por la Parca, ha demostrado un dolor inmenso, una pena profunda, un cariño enorme.

Mientras el Libertador estuvo tendido en el Palacio Presidencial, lo que duró tres días, masas colosales, formando compactas hileras, desfilaron junto á él, graves, mustias, solemnes.

Y á la hora dolorosísima del entierro, en el instante supremo de la eterna despedida, la ovación fúnebre llegó á las más altas regiones de lo sublime humano.

Jamás pueblo alguno reverenció más digna y grandiosamente á sus héroes adorados.

La sensibilidad de una nación entera, joven y vigorosa, se conmovió frente á la realidad abrumadora del último adiós, y estalló brusca en un desbordamiento de gentes sobre las calles, que bullían con rumor de colmenas azoradas.

Más de cien mil personas acompañaron el cadáver del Li-

bertador ó presenciaron la marcha de su entierro. Imponía aquel mar de cabezas, movedizo é inquieto, que semejaba algo fantástico, irreal, insólito, porque la apretura de la muchedumbre no dejaba ver los cuerpos... Había cabellos blancos, calvas relucientes, pelos hirsutos y guedejas rubias, que matizaban de cambiantes tonos la superficie desigual y revuelta.

El sol que alumbró tantas veces al caudillo el sendero de la victoria, el sol que tostó su rostro vivaracho, el sol que secó su cuerpo esmirriado, no quiso dejar de despedirle como á un buen camarada que se ocultase para siempre, y esplendió magnífico, sereno, brillante, contribuyendo con su óbolo de luz resplandeciente al homenaje suntuoso.

Apareció primero la tropa, marcial y vistosa, dando al aire sus banderas, luciendo sus uniformes viriles, llevando al eco el sonido agudo de sus clarines y las notas sollozantes de sus bandas... En la extrema vanguardia, un piquete montado; en el centro, los infantes, que marchaban correctos, seguros de paso, gentiles, airosos; y en tercer término, la caballería caracoleante, la caballería cubana de centauros que domeña con mano maestra el potro revoltoso y bravío, dulce al freno por temor del acicate.

Después de la escolta militar, iban los restos del caudillo, en un armón de artillería, envuelto el sarcófago por las banderas de Cuba y Santo Domingo, sobre las cuales estaban las armas de combate que el general usó durante la guerra. Detrás del armón, marchaba el caballo de batalla, asido de la rienda por el fiel asistente. Dentro de aquella caja mortuoria había un símbolo, un héroe, una gloria universal, un hijo pródigo de la Libertad, el redentor de un pueblo, el padre de una patria, el ídolo de una república.

¡Mentira parecía que tanta grandeza cupiera entre un ataúd! Allí estaban las Guásimas, allí la Invasión, allí el 20 de Mayo, allí Cuba, con toda su historia de sacrificios, proezas y triunfos. La multitud, sombrero en mano, mostraba su respeto y su pesar. Echábanse flores, muchas flores, desde azoteas y balcones. Jardines enteros se arrojaron al pasar el féretro. Las rosas se deshojaban en el espacio, y sus pétalos suaves caían como lluvia menuda, policroma y olorosa. A renglón seguido venía lo imposible de enumerar prolijamente, pues ha-

bría que contar media República, con su Primer Magistrado á la cabeza y su último ciudadano á la cola. La muchedumbre aquella, compuesta de millares de almas, muda, formidable, imponente, serpenteaba, en sus vaivenes, por la vía, extendiéndose hasta lo infinito y deslumbrando al observador con su abigarramiento de arcoiris, su movilidad de reptil y su tamaño gigante de monstruo.

Así palpitaba la vida alrededor de la muerte, manifestándose en todas partes, con vibrante poderío, bajo un cielo majestuoso, sobre una tierra caldeada que vomitaba hombres incesantemente...

La muchedumbre quiso, en distintas ocasiones, apoderarse del cadáver para conducirlo en hombros hasta la necrópolis. La policía se opuso. Hubo choques brutales. Pero la sangre no llegó al río, y, por lo tanto, debemos todos darnos en el pecho con una piedra, pues la cosa no tuvo mayor consecuencia que algunos palos y algunas bofetadas, cuando pudo haberse convertido el tumulto en verdadero motín...

En el momento de bajar á la tumba el cuerpo inánime del famoso guerrero invasor, los que fueron sus cornetas de órdenes tocaron «silencio» y «generala». El toque de «silencio» evocaba un recuerdo triste, memorando las horas melancólicas de la mambisería, las horas de tristeza y fatiga, cuando el ocaso cierra sus puertas de oro y surge la noche, envuelta en sombras, como deidad misteriosa de opaca belleza. El toque de «generala», más sonoro y altivo, parecía una invocación al dios de la Victoria antes de empezar la batalla. «Generala» es, como el crepúsculo matutino, un toque risueño, ardiente y estimulante. «Silencio» es, como el crepúsculo vespertino, un toque triste, nostálgico, angustioso..

Retumbaron las descargas de los artilleros...

El sepelio había terminado.

Sobre la fosa del general se alzaba una montaña de flores bien olientes. La mayoría de las coronas no cupieron. ¡Treinta mil pesos se emplearon en ellas!

A las seis y media de la tarde, marchaba por los caminos que conducen del cementerio á la Habana un gentío inmenso, ora á pie, ora en coches, ora en tranvías.

Notábasele tal recogimiento en aquel pueblo que regresaba

á su ciudad entristecido, cabizbajo, lloroso por la muerte de su mejor ciudadano.

Allá en el horizonte ardía estupenda llamarada, de vívidos colores, fragorosa, deslumbrante, que recibía sobre su ígneo seno, con espasmos voluptuosos, las miradas de Véspero brillando como diamante perdido en el cielo...

El incendio del ocaso anunciaba el fin de un día y el principio de una inmortalidad...!

Hembra y fiera

Es una historia muy triste la que voy á contar, pero historia rigurosamente verdadera, pues me la relató un testigo casi presencial del hecho, soldado leal y caballero irreprochable, que me merece la mayor confianza.

Nadie ignora que durante la última guerra de independencia vivían en los campos de Cuba numerosas familias, no obstante el decreto de reconcentración dictado por un general canallesco y sanguinario, de cuyo infame nombre no hago mención por respeto al lector y á mí mismo.

Pero fué en las provincias de Santiago de Cuba y Camagüey donde menos campesinos acataron el inicuo úkase de aquel verdugo que se decía militar para deshonra de su patria y sonrojo de la humanidad. Vivían los citados campesinos lo más lejos posible de las poblaciones, en causa común con los revolucionarios, á quienes protegían y ayudaban con el fruto de sus siembras. A ocasiones los sorprendían las columnas españolas y entonces no había para ellos sino destrucción y muerte, pues se les quemaba el sencillo hogar y se les mataba á machetazos, por el tremendo delito de no acatar el terrible bando que los condenaba á morir de hambre en los pueblos y en las ciudades.

Cerca del campamento cubano « Las Piedras » en la provin-

cia de Camagüey, moraba una de esas familias, rebeldes á la bárbara orden del tirano. Componíase dicha familia de un matrimonio recién casado y de una joven muy guapa, hija que la esposa tuvo de su primer marido, pues que la heroína de nuestro cuento fué casada dos veces.

En santa paz medraban aquellas buenas gentes, cuando el demonio se propuso revolverlo todo, inspirando al jefe del hogar vehementes deseos por su entenada.

Él no cesaba de insinuársele con amorosos reclamos; pero ella siempre le rechazaba llena de santa indignación, sin atreverse nunca á contarle á su madre las viles insinuaciones del padrastro, por temer un rompimiento que sumiría en honda desventura á la mujer que la llevó en sus entrañas.

Cierto día, al atardecer, entró el marido en el bohío y encontró sola á su entenada, pues la esposa, provista de un machete de labranza, había ido á recoger viandas y frutas muy cerca de la casa.

Deslumbradora estaba la joven, ceñido con limpio traje el gallardo cuerpo, y con una flor que lucía sobre su retinta cabellera, como una estrellita en la negrura del cielo.

Al verla tan cachonda y provocativa, no pudo contenerse su padre político, á quien la lujuria malaconsejaba, y fuese donde la muchacha, le dió un apasionado beso y quiso apretarla entre sus brazos. La moza, herida en sus más nobles sentimientos de mujer honrada y de amante hija, revolvióse contra el miserable, atizóle una fuerte bofetada, y, desprendiéndose de sus garras, echó á correr en busca del maternal auxilio.

Temeroso el violador de que se descubriera su atentado, más enardecido aún por el mal éxito de su avilantez, ciego de rabia y de despecho voló en seguimiento de la joven, que corría con rapidez vertiginosa y gritaba á todo pulmón.

Entonces la bestia respingó brutalmente en el alma ruda del traidor, quien desenvainó su afilado acero, y alcanzando á la fugitiva, cercenóle la cabeza de un tajo formidable.

En aquellos instantes, atraída por los gritos, llegó al lugar del accidente la madre de la moza, que encontró muerta á su hija, y junto al cadáver de ésta al vil asesino, el cual, abrumado por la inmensidad del crimen, parecía la estatua de la desolación.

Comprendió la cuitada el espantoso drama que acababa de desarrollarse, y cobrando alientos de titán, con el excelso coraje que la naturaleza ha dado á la leona para que cuide de sus cachorros, lanzóse sobre el criminal y le clavó en el vientre la punta del machete que ella utilizara para las faenas agrícolas.

Después resurgió la hembra, dulce, cariñosa, tierna y afable...

Loca de dolor, la infeliz madre tomó entre sus temblorosas manos la ensangrentada cabeza de la pobre muerta y empezó á besarla frenéticamente en la boca, en los ojos, en la frente y en las mejillas.

Y en su locura sublime hubiera seguido besándola por toda una eternidad, si los exploradores del general S., que á la sazón llegaron, no le arrancaran aquel despojo querido y terrible.

Armonías

I

EL SOL

Yo soy fecundo padre de luz, de fuerza y vida. Todas las mañanas aparezco por el risueño Oriente y todas las tardes me oculto por el triste Occidente. Este es mi vivir brillante de señor fastuoso, que gravita en medio del éter azul, moviendo blandamente las colosales ruedas de su trono por sobre lo impalpable. Mi esplendidez no tiene límites ni distingos. Lo mismo empolvoreo de oro una choza que un palacio; lo mismo enciendo las mejillas de una zagala que las de una marquesita; lo mismo hermoseo el cáliz de una rosa aristocrática que el de un jazmín silvestre. A veces la ternura conmueve mis ígneas entrañas, y vierto sobre vosotros claridad de ópalo, y extiendo un manto de rosicler sobre las cumbres enhiestas, sobre los valles rientes, sobre los lagos tranquilos. Así soy más fuerte, más grande y más noble. Otras veces arde la cólera en mi pecho titánico, y derramo olas de fuego, rabiosos calores, torrentes de llamas sobre las tibias aguas y sobre las tierras desecadas. La vil tristeza suele también desgarrarme, cuando Véspero marca la hora crepuscular, apareciendo como una virtud melancólica por entre celajes naranjados, violáceos, ambarinos, blancos, azulosos, rojizos, de mil formas y colores caprichosos. Mis ojos están

entonces cansados de ver torpezas en los planetas, y han llegado á mi alma las infinitas congojas que afligen á los hombres en el bajo suelo. Tórnanse mis tintes siniestros, y los últimos rayos que lanzan mis pupilas son lágrimas candentes que las sombras recogen por piedad. Yo soy eterno padre de luz, de fuerza y vida. Yo atizo en los ojazos de las bellas la chispa del amor, tiño de oro ó azabache sus cabelleras, refresco sus labios, coloreo sus mejillas, modelo sus formas, su pasión violento. Yo soy eterno padre de todo lo creado, y me rinden amable pleitesía las plantas y las flores, los hombres y las fieras, la luna y la alborada.

II

LAS ESTRELLAS

Somos las estrellas, somos astros de luz radiosa y pura que la distancia poetiza. Somos fúlgidas piedras de celeste aderezo, somos brillantes raros con miles de facetas, somos consonantes de sublimes estrofas que rima en lo infinito la musa del Gran Todo. Somos parecidas al pensamiento humano, pues nadie puede palparnos, tenemos propio brillo y perduramos eternamente. Románticas artistas, vivimos una vida poética de ensueños. Desde lejos nos besamos con amorosos besos, y van nuestras caricias por el espacio como blandos reclamos de paz y de consuelo. Nos miramos coquetamente en la plateada linfa, y nuestras desnudeces semejan entre el rielar castos y dulces pensamientos que una misteriosa mano cristaliza con hechicera gracia. Dormimos en los cándidos pétalos del lirio, del azahar, del nardo, y todas las auroras dejamos en el lecho una preciosa huella de rocío que inflama los botones y vierte ondas de aroma sobre la inmensidad...

III

EL MAR

Yo soy un pobre esclavo de la tierra maldita. Mi mole aterradora, mi corpachón de coloso, mi alma de titán, se estre-

llan fatalmente contra la insensible peña, contra el duro arrecife, contra la ingente roca que siempre me rechazan, domando mi fiera rebeldía de Prometeo encadenado. ¿Por qué, si soy tan bello, tan bravo y tan hermoso, me atan piedras toscas, y me cubren de oprobio al cubrirme de arenas, de algas y de cieno? Yo guardo en mi seno tesoros imponentes; guardo perlas, corales, ámbar, espuma y nácar. Yo soy también artista grandilocuente y sabio. Sobre mi enorme superficie pinto acuarelas y grabo aguafuertes, creo soberbios cuadros de extensa perspectiva, de colorido fresco y de admirable idea. Yo soy músico y poeta, y escribo canciones, y sé entonarlas, entrechocando olas como cuerdas de lira, ó rodando armoniosamente por las desiertas playas.

Poesía chirle

Los poetastros, á fuer de imbéciles y ridículos, han dado de través con la buena fama de los verdaderos poetas.

La poesía, que antes fué manantial exquisito de hondas emociones estéticas, es hoy motivo de sangrienta befa.

Las estrofas nos parecen pantomimas y los poetas payasos de circo.

Al leer un soneto ó un madrigal, no pensamos descubrir bellezas literarias, sino encontrar, sobre campanudo consonante, alguna grulla de glauca mirada, ó algún camello rubio, ó algún elefante verdinegro. Los disparates se suceden á los desatinos, y los desatinos á las estupideces. Es un primor el saber las cosas nuevas que ha descubierto la familia de vates melenudos, *la chusma luminosa*, como llama á esa turbamulta de idiotas uno de sus más cursis representantes. Y no crea nadie que exagero, ni que me apasiono, ni que miento.

Antes, en la joven América, el poeta era casi siempre un hombre sabio, de relevantes dotes, laureado en la milicia, ó en la jurisprudencia, ó en la política; un hombre útil á los demás, que debía luchar mucho para ceñirse el laurel de Apolo, haciendo tronar los cañones de Junín, como Olmedo; ó cantando las riquezas de la zona tórrida, como Bello; ó ensalzando la libertad y maldiciendo el despotismo como Heredia.

Hoy, salvo raras y dignísimas excepciones, el poeta americano es un vagabundo, un quídam, que toma la poesía como pretexto de que no le echen á la cárcel por vividor y holgazán. Desaseado de alma, de cuerpo y de ropas; enlutadas las uñas, la melena piojosa y famélico el estómago; con la cabeza vacía de talento y cultura; ajeno á los placeres del sexo, á las caricias de la hembra; ruín y egoista como buen misógimo, el vate de mentirijillas se dirige de un pueblo á otro pueblo, de una ciudad á otra ciudad, hablándoles á todos de su genio, de su renombre, de su futura inmortalización. A falta de ideas, de imágenes, de recursos poéticos, rima cosas sin sentido, vaciedades, tonterías, que sublevan el gusto de cualquiera persona en sus cabales. Pertenece á una secta, á una especie de masonería, la cual está formada de otros bergantes como él, y sirve para darse mutuos bombos, para decirse recíprocamente *El ilustre cantor de las libélulas misteriosas* y *El bardo insigne de los caimanes del Nilo*, ó llamarse de cualquier otro modo tan pintoresco. Si algún escritor honrado le pone de oro y azul, le grita botija verde y advierte al público que se halla frente á un tonto con visos de charrán, entonces el diosecillo de papel de estraza, el Apolo mugriento que lleva una marimba por lira, se irrita desdeñosamente y clama que el Zoilo no le entiende, que él es divino, que las impurezas de la envidia no llegan hasta su corazón *broquelado*, que patatín y que patatán. En tal caso, el *denunciante* no debiera andarse con chiquitas, sino coger una fuerte estaca y rompérsela encima al olímpico personaje, aunque éste sufriera desperfectos de consideración en algunas partes no poéticas, como en el lomo ó en la rabadilla, verbigracia.

Empero, hay todavía gentes tan sencillas, que se compadecen de esas nulidades y les abren bolsa y corazón, porque ellas les cuentan, en rimas sosas, pasiones no sentidas, quimeras no soñadas, dolores no sufridos... ¿Cómo han de querer nada grande, cómo han de soñar nada alto, cómo han de sentir nada hondo los cretinos, los megalómanos, los pecheros de la intelectualidad?

¡Imposible!

Y más imposible si no se bañan, querido lector.

Flores de muerto

Lo supe en el foyer de «Albisu». *Manuel Morphy* me lo dijo conmovidamente. Don José Triay había fallecido en Madrid...

Mientras hablábamos de tan lastimoso sucedido, el coro de dicho teatro canturreaba no recuerdo qué cosa.

Instintivamente alcé los ojos y miré á las lunetas, al banco donde se sienta el maestro Julián, á los pasillos, á todas partes, pues quería cerciorarme de que el Decano no estaba allí, en aquel coliseo tan favorecido por sus visitas y sus elogios.

Aunque luzca paradójico, lo afirmo rotundamente: el mayor de los periodistas de la Habana ha muerto joven, en la flor de la vida, en plena aurora.

No se es viejo por los años, sino por el carácter. Hay cabezas blancas como la nieve y como la nieve frescas. Hay cabezas negras como la noche y como la noche tristes. El dolor arruga el alma lo mismo que el tiempo el cutis.

Yo no dudo de que Triay hubiera sufrido mucho en esta incómoda posada, donde nos alojamos hoy para ir mañana á otra más incómoda todavía. Ya lo he dicho varias veces: la vida me parece una infamia que la muerte hace lícita. Se vive por el horror que causa la podredumbre misteriosa de la gusanera á que llamamos tumba enfáticamente...

A fuer de castizo andaluz, Triay tenía el cerebro lleno de sol ardiente, el corazón repleto de coplas y toda su persona atestada de festivo humor. Redondo y alegre cual una pandereta, su risa, eco sensual de la tierra gaditana que le vió nacer, trasmitía á los demás la buena sombra de los espíritus satisfechos, de los cuerpos sanos, de esos seres amables hasta con el infortunio.

Más periodista que literato, podía escribir él solo todo un diario sin gran esfuerzo. En su prosa tersa y sencilla no había trazos geniales, pero campaban un desenfado encantador y una claridad meridiana. La nota dominante de su pluma era la bondad, una excesiva bondad que le trajo no pocos disgustos, porque, acostumbrados que estamos á lo cruel, nos inspiran inicua burla los hombres caritativos, y nunca nos conformábamos con aquellas crónicas elogiásticas, casi apologéticas, de las cuales todo el mundo salía puro y limpio como de un Jordán literario. Por último, cuarenta años de prensa hacían del Decano el libro viviente de su época, dándole la amenidad sugestiva de la leyenda y la poesía melancólica de lo viejo...

Sobre la tumba de este epicúreo adorable, que debió haber muerto de risa en un banquete íntimo, yo colocaría un ramo de claveles, una guitarra, unas castañuelas y un ruiseñor.

Después rociaría la tierra de lágrimas y manzanilla.

Los milagros del oro

CUENTAN la historia y la tradición que el marqués de*** era un hombre de mal carácter y peor conducta, cuyas infames costumbres le enajenaban las simpatías de las gentes cuerdas y sensatas. Con el general Tacón no hizo migas el marqués de *** y el tristemente conocido general, sin andarse por las ramas, lo deportó á Puerto Rico, de donde el marqués embarcó para España, á fin de trabajar en la Península por que se anulase la orden de su expulsión; y ese asunto tramitaba cuando una pulmonía le llevó al sepulcro el año 1837.

La voz popular refiere muchas historietas del marqués, sin que por cierto le favorezcan en nada.

Mas, entre tantas historietas, hay una que merece los honores de ser escrita.

Y escribirla me propongo, aunque no sé cómo saldré de la empresa.

Pero ya en el burro, vengan azotes.

***

Si es cierto que en Cuba se maltrataba á los esclavos, también es verdad que algunos de éstos dábanse muy buena vida.

En la primera infancia eran los niños mimados de sus amos.

Más tarde servía el *criollito* de entretenimiento á su señora, y mientras ella, recostada indolentemente en la hamaca, entregábase á la placidez del ensueño, él le echaba fresco con un ancho abanico de guano y entonaba canciones lánguidas y dulces. Luego, en la juventud, el *criollito* se convertía en consentido mozo, que vestía bien y manejaba dinero, como podía hacerlo el hijo de una familia acomodada. Entonces no se le empleaba ya para cantar á su señora, ni refrescarla abanicándola, sino que desempeñaba funciones más delicadas y secretas. El joven esclavo, por ejemplo, conducía las cartas que su ama escribía para el secreto amante, ó acompañaba al amo en sus excursiones poco decorosas á través de la crápula; y cuando había que tomar una terrible venganza, también al mimado confidente se le encargaba comisión.

* * *

El marqués de*** tenía á su servicio un esclavo que había criado mimosamente y á quien quería con todo el amor posible en un alma como la suya, manchada por el lodo de las bajas pasiones.

Era el servidor del marqués un negrito guapetón, amigo de armar broncas y muy diestro en la esgrima de la navaja. Siempre andaba el mozalbete á picos pardos, se emborrachaba como un yanki, enamoraba como un Tenorio y peleaba como un gallo fino. Así, pues, al jovenzuelo se le temía por sus diabluras y por la protección que el marqués le dispensaba.



Cierto día el *cheche* tuvo una disputa con un camarada suyo y, para convencerle del todo, le clavó la navaja en medio del corazón.

Al ver como su amigote caía muerto, el agresor huyó á esconderse en la morada del marqués, quien trató en seguida de ponerlo á cubierto de la justicia; pero la justicia sacó de allí al asesino, y la real audiencia le condenó á la última pena, con ira de su amo, que había revuelto media Habana por salvar al criadito.

Y el reo entró una noche en capilla, para ser ajusticiado veinticuatro horas después.

Mas el marqués de *** encomendó entonces al oro lo que no había podido conseguir su personal influencia. Fuése á la cárcel, compró á todos los principales empleados de dicho establecimiento penal, sobornó también al cura que en la capilla velaba al reo, y salió muy satisfecho á poner en práctica el plan que debía de salvar á su protegido.

De madrugada llegó á la cárcel; pero esta vez no venía solo, sino acompañado de un negro bozal, que no sabía ni jota de castellano.

Momentos más tarde, salió nuevamente, seguido de otro hombre, que no era su anterior acompañante.

¿Qué había sucedido? Vergüenza da escribirlo.

El título de Castilla acababa de sustituir al criminal con el inocente negro reciénllegado de Africa!

Al día siguiente el pobre bozal fué conducido al patíbulo y recibió muerte en garrote vil, mientras el verdadero criminal, por las malas artes de su señor huía no se sabe á dónde...

Los muelles

MÁXIMO Gorki, fino pintor de finas acuarelas, ha dicho muchas y muy bellas cosas de los muelles, describiendo con maestría la vida de colmena, frenéticamente agitada, que se hace junto al mar, en las grandes bahías donde la civilización ha plantado sus reales y el comercio abierto sus puertas de oro.

Como los puertos son las fauces de las naciones, los muelles son sus vientres.

En ningún sitio hay más sabor de humanidad y cosmopolitismo que en esos enormes almacenes dedicados al tráfico mundial.

Allí se apiñan, en raro y antitético conjunto, millares de productos, venidos de tierras lejanas, para satisfacer otros tantos deseos necesarios ó fútiles, sin los cuales nuestra especie moriría de hambre ó de tedio, irremisiblemente.

El indigesto garbanzo que quita el sueño al pobre, y la inútil bisutería que exalta el nerviosismo necio del rico; la máquina gigantesca que nos ayuda en nuestra marcha vertiginosa hacia el progreso ideal, y los crueles yugos para uncir melancólicos bueyes á la pesada y rechinante carreta que parece no querer llegar nunca á su destino; la droga de hedor nausea-

bundo y el perfume de aroma exquisito; el arbusto que dará flores mañana y el tronco seco que servirá de materia al escultor de muebles lujosos; todo eso está allí, revuelto, exhalando no sé qué raro aliento, qué extraño olor de mazacote yodado y embreado, aliento, olor que sobresalen como un vaho, como un soplo de vida intensa.

La bahía de la Habana ofrece sin duda un distraído espectáculo al observador que gusta de buscar entretenimiento en cosas al parecer vulgares.

Miradla desde un edificio elevado.

Por la rizada superficie de las aguas se desliza una goleta, con el velamen abierto, gallardeando á la brisa, gentil, coquetona, hechicera. La siguen varios botecillos. Diríase una gallina que llevara á la zaga sus polluelos. Razón tenía Balzac cuando aseguraba rotundamente que nada había tan bello como una mujer al vals, un caballo al galope y un barco á la vela.

Inmensos trasatlánticos de porte colosal, verdaderos palacios flotantes que cruzan el océano á velocidades tremendas, descansan solemnemente, con la augusta majestad de los titanes, dejando ver las aberturas de sus enormes panzas, por donde entran y salen hombres y carretillas que llevan y traen fardos y más fardos.

Una lancha de vapor virginalmente blanca, corre de un lado á otro, cual gaviota que volara á flor de mar.

Los remolcadores, pitando jadeantes, arrastran hasta tres y cuatro lanchones, que parece van á hundirse, abrumados por el peso de su carga.

En medio de ese tráfago abrumador, metidos entre ese mundo laborioso de embarcaciones mercantes, hay algunos vagos hermosos, que echan la siesta, mientras sus camaradas sudan brea. Son barcos de guerra, matones del océano, que miran desdeñosos á los paquebotes pacíficos, y les enseñan amenazadoramente los inmensos cañones con que cobran el barato universal. Desde tierra mil ojos los contemplan y admiran. Ellos lo saben. ¡Así se muestran tan satisfechos! Convengamos, aunque avergonzadamente, en esta conclusión: el mundo pertenece todavía á los guapos...

Mas, puesto que los muelles me esperan, volveré á los muelles.

Aquí un gigantesco vapor, allá un bergantín elegante, acullá numerosas goletas costeras, doquier balsas y lanchas y otras mil embarcaciones de transporte vaciándose y llenándose con voracidad insaciable.

El rudo trabajo de la carga, de la estiba, de la descarga y del almacenaje, se realiza entre alegre vocerío humano, duro crujir de jarcias, fiero golpear de maderas y sonoro chirriar de carrillos rascatripas.

Hombres poderosos, terribles, de músculos como gruesas raíces vegetales, hechos al sol y á la lluvia, tostados por la intemperie, curtidos por la necesidad, duros, infatigables, oliendo á salud sudorosa y brutal, efectúan el trasiego de las mercancías, rodando barriles, empujando pacas, llevando sobre los hombros cajas voluminosas, trozos de hierro, sacos de azúcar...

En los muelles se agolpa la mercadería en fabulosas cantidades.

Ahí está la vida de todo un pueblo, cuando no de todo un mundo, que cambia objetos para enriquecerse... y alimentar hermosos vagos, bellísimos matones del océano, cobradores del barato universal, acorazados, cruceros, torpederos, alimañas épicas de tonante ponzoña...

Ridiculeces

En mi pensar, las mayores ridiculeces de todos los años las constituyen los almanaques, las felicitaciones postales, los aguinaldos y los números extraordinarios de las revistas ilustradas.

¿Para qué sirve el almanaque? Pues verán ustedes: para quemarnos la sangre con la cuenta exacta de los meses, los días y las horas que hemos de vivir en este pícaro mundo.

Yo prescindo de ese mueble tan inútil como fastidioso. ¿Qué más me da á mí el martes que el sábado, si todos los días me serán igualmente largos, monótonos y tristes; si lo mismo con sol que sin él he de bostezar á la continua; si ni San Apapucio ni San Caralampio me han de echar desde el cielo un pedazo de gloria con que aplacar esta sed de felicidad que me trae á mal traer y me lleva á peor llevar; si para mí no habrá otro eclipse interesante que el mío, cuando, harto ya de tragar bilis, me largue de aquí, para bien de todos.

¡Abajo el almanaque! ¡Sí, abajo ese mueble tan inútil como fastidioso!

¡Tampoco acostumbra este cura á felicitar á nadie! ¿Va á ser más feliz un compañero mío porque yo le envíe una cartulina con mis interminables nombres, apellidos y alias? La ma-

yoría de las gentes que se cambian felicitaciones, se cambiarían, si valor tuvieran para ello, terribles maldiciones, espantosos denuestos, espeluznantes blasfemias. Y en vez del consabido: *deseo á Vd. un feliz año nuevo*, ó el *los pase Vd. muy felices*, ó el *sean con Vd. la salud y la dicha*, leeríamos en las tarjetas pascuales: *ansío para Vd. la escarlatina con todas sus complicaciones, ó quiera Dios que le parta á Vd. un rayo, ó sean con usted los más tremendos puntapiés y las más fuertes bofetadas de su prójimo.*

Si yo felicitara, felicitaría en esta última forma; y tanta franqueza me costaría espléndidas propinas á los señores jueces correccionales, que no son, ni con mucho, santos de mi devoción. Además, no se ha establecido todavía ninguna casa de seguros contra palizas y azotainas.

Como estén abiertas el próximo año, ¡ya verán ustedes qué tarjetas las mías, ya verán!

A cierto individuo, cuyo nombre callaré por ahora, pienso mandarle una concebida en estos términos: «A usted le deseo descalabraduras, y á su señora... á su señora, que es tan guapa, la deseo... la deseo felicidades.»

Con respecto á los aguinaldos, declararé paladinamente que no doy ninguno desde que se acabó la esclavitud en Cuba...!

Y hemos llegado á la postre á la cuarta ridiculez, á los números extraordinarios de las revistas ilustradas.

Ellos sirven para satisfacer la gula de suscriptores avaros que quieren periódicos con mucho material, aunque nunca se echen al coleto más de una cursi gacetilla ó de una pueril nota de sociedad; ellos sirven para halagar vanidades de redacción, y ellos sirven también para ponernos en solfa á los desmañados escritores que, sin gracia ni fuerzas, tenemos, por complacencia, que escribir insoportables crónicas sobre el año caliente ó el año frío...

"El bobo"

SI LA vida no estuviese llena de angustiosas paradojas, fuera horrible ver morir trágicamente á un rey de la alegría; pero como la vida, en fuerza de paradójica, resulta casi un jeroglífico, ya nadie se espanta, ni aun ante las más abrumadoras contradicciones.

Arturo Ramírez, el inimitable *Bobo* del teatro *Alhambra*, entregó ayer su cuerpo á la tierra, como se tira un fardo aplastante.

Aquel gracioso actor que supo siempre poner gesto cómico en la lucha por la existencia, recibió á la Enlutada con gesto dramático, espantosamente dramático, pues la mueca de la locura no conoce rival entre las cosas tristes.

Pocos hombres ejercieron, como él, mayor fuerza de gracia sobre las multitudes ganosas de diversión.

Verle aparecer en escena y lanzar el público la carcajada, eran causa y efecto simultáneos, contra todo orden de lógica establecido.

Mariano de Larra, el insigne Mariano de Larra, celebraba con entusiasmo á Ramírez, y decía á todo el mundo, que, á pesar de su larga experiencia en achaques teatrales, no había visto sobre las tablas tipo alguno de comicidad más sugestiva.

¿En qué consistía la gracia de Ramírez? Consistía en todo. en su cuerpo, en su fisonomía, en su voz, en su modo de caracterizarse. No pudo encarnar sobre la escena sino un solo personaje; pero lo encarnó genial, soberbia, insuperablemente.

Artista tan notable como modesto, él mismo no llegó á comprender nunca lo mucho, lo muchísimo que valía.

Si le hubieran preguntado:—¿Cuál es tu facultad sobresaliente?—habría contestado, equivocándose:—Mi dulce voz de tenor ligero.

El cómico era en Ramírez muy superior al cantante.

Yo admiraba al *Bobo* como artista y le quería como amigo, porque junto á su talento escénico había un noble y agradecido corazón.

Le merecí finas y humildes atenciones de persona consecuente, que decían muy alto de un honor jamás alardeado, que le agradezco todavía y que me conmueven hondamente al trazar estas líneas.

El *Bobo*, no obstante su acostumbrado buen humor, tenía la cáscara amarga.

Cierta vez, á las horas de la madrugada, supe que Ramírez estaba esperando á no sé quién para cometer una barbaridad. Fuí á su escondite y le dije amablemente:

—Deme su revólver y váyase á dormir.

El *Bobo* abrazándome, me contestó sin vacilar:

—Está bien. Téngalo. Yo no le niego nada á quien se toma tantas molestias por salvarme de la desgracia.

Al día siguiente, le mandó un cesto de frutas á mi madre, sencillo regalo en que había todo un poema de rara gratitud.

¿Quién no le debía al *Bobo* un rato de placer?

Muchas noches tediosas, aburrido de las atrocidades ilustres que se representaban en otros empingorotados coliseos, íbame al grotesco *Alhambra* con el solo objeto de distraerme viendo el arte original y desenfadado de Ramírez, en cuya fingida idiotez palpitaba desenfrenadamente, agraciada por su buena sombra, toda la lascivia del género humano.

Nunca quedé defraudado en mis esperanzas, aunque sí de nuevo entristecido al tropezar entre bastidores con el actor que me había solazado, y oir de sus labios marchitos desgarradoras quejas de la enfermedad que le roía las entrañas...

¡Ojalá, caro *Bobo*, que hubiera otro mundo! Así no me iría muy angustiado, cuando me tocara liar el petate. ¡Entonces guardaría la esperanza de encontrarte por allá, divirtiendo á los santos, los cuales, por unanimidad, te abrirían las puertas del cielo al oirte cantar desde fuera con voz guasona:

«*Mamita*, yo quiero pulpa!
Mira que se va el pulpero!»
....

Nuestros vehículos

LA GUAGUA

No me explico por qué se llama así este vehículo pesado, escandaloso y feo, cuyo rodar por las calles entristece la vista y molesta el oído.

Estaría bien lo de *guagua*, si no pagasen los viajeros, mas pagando tres ó cinco *kilos* por tramo, según distancia, me asombra y confunde el nombre.

Este medio de locomoción, recuerdo castizamente colonial, resulta un anacronismo en los días actuales.

Los mulos que tiran de la guagua, vistos de frente, presentan un aspecto cómico, pues diríase que van regañados y que cada cual desea tirar por rumbo distinto. Cuando el de la derecha hace con la cabeza un signo afirmativo, niega con el rabo el de la izquierda, pero cuando el conductor manda arrear, entonces niegan los dos simultáneamente, y hasta añaden cierto sonoro insulto que sale de una trompa nada épica..

Huelen mal las guaguas por diferentes razones, puesto que á veces motivan los mulos el mal olor, otras el cochero, otras el pasaje, otras la carga y otras todos juntos.

Convengamos en que la guagua es un *arcaísmo* llamado á desaparecer, para desolación de maritornes y aurigas, quienes suelen quedar casaditos, después de un viaje de tres *kilos*.

EL TRANVIA

Despanzurrando á Fulano, desmoronándole los huesos á Zutano, desbaratándole la sesera á Perengano, llevando consigo una terrible fama de ángel exterminador, va el tranvía con velocidad de rayo, como si la civilización, señora que viaja dentro de él, llevara siempre la mayor prisa en llegar á donde la necesitan.

Quieras que no, el tranvía, fruto de la primera intervención yanqui, ha dado á la Habana aspecto de urbe culta y efectivas ventajas para su ensanche. Todo lo que ahora se fabrica en los barrios nuevos de la ciudad, se fabrica porque el tranvía, al facilitar las comunicaciones, acorta distancias y destruye prejuicios.

La criminalidad ha decaído también con el tranvía, pues que éste ha trocado infectas madrigueras en anchas calles, y ha hecho que su luz delatora amedrente á las aves agoreras del mal, dispersándolas benéficamente.

El tranvía tiene cabida para todas las clases sociales. En él caben ricos y pobres, elegantes y despreocupados, limpios y sucios, el pandemonium humano, sin distingo alguno, como una hermosa señal de progreso y de futura redención...

Convengamos en que el tranvía es un *anglicismo* saludable.

EL COCHE

Si no lo inventó la Habana, la Habana lo ha hecho suyo, dándole aplicaciones originales, usos de rancio sabor local.

¡Jesús, para cuántas cosas sirve un coche flamante, con zunchos suavecitos, cochero majo, caballo alegre y cascabel jacarandoso!

De cinco de la tarde á siete de la noche, se usa para lucir trajes nuevos, ensayar caídas de ojos, castigar niñas, *ponerse* diez ó doce *manhattans* en el café *Las Cuevas*, donde se entra en busca de apetito y se sale completamente ebrio.

De siete á once de la noche, se le emplea en ir de visiteo, ó en dar vueltas alrededor de la noria del Malecón.

De las once de la noche en lo adelante... toma color peca-

minoso, sicalíptico, pornográfico, alzando el fuelle con misterio que intriga á todo el mundo.

¡Ay, coche embozado que pareces volar al trote largo de tu bestia bravía, coche intrigador que suenas cascabeles y campanillas alegres, coche tenorio que dejas tras de ti un vaho lujuriante de perfume fuerte, coche picaresco que enseñas al curioso unos pantalones y una falda pegaditos, coche inmoral, coche malo, coche perverso, cómo incitas, cómo aguijas la curiosidad, cómo enciendes el deseo!

Don Juan sin responsabilidades, Mesalina sin nada que perder, pareja perfectamente irresponsable, pasead en coche vuestro amor ligero, anacreóntico, superfluo, pues dentro de la legalidad establecida hay ilegalidades toleradas, y nadie osará escandalizarse porque un macho y una hembra libres paseen por las calles su risueña crápula, mostrando sólo, como burla á los castos, las extremidades inferiores de sus acaloradas personas.

Pero tú, mujer casada que manchas un hogar con el lodo del adulterio, y tú, hombre unido á la sociedad por vínculos y créditos especiales, no la corráis en coche, puesto que los caballos suelen desbocarse, las ruedas caerse y los tranvías venirse encima atropelladamente.

Os brinda este consejo un periodista veterano, ante cuya humanidad vulgarísima algunas señoras y algunos caballeros bajan tímidamente la cabeza, atormentados por el recuerdo ingrato de un accidente desagradable, que él presenció, junto á un coche roto, por razones de su oficio trashumante...

Convengamos en que el coche de zunchos, el *coche-alcoba*, que diría Víctor Muñoz, es un *criollismo* tan agradable como peligroso.

EL AUTOMOVIL

Si lo elogio, los pobres me llamarán adulador; si lo critico, los ricachos me calificarán de envidioso. Así anda el mundo. Pero, por fortuna, á mí me importan una higa todos los prejuicios sociales, ya vengan de la demagogia maloliente, ya de la aristocracia canallesca.

El automóvil, con los descalabros que produce su velocidad estupenda, ha venido á exacerbar odios de clase.

Ello se explica pronto.

Cuando una máquina destroza á un viandante, sucede siempre que el viandante era pobre y el automovilista rico; que el primero volvía del trabajo y el segundo iba de paseo; que había una gran diferencia de dicha entre los dos mamíferos bimanos que se tropezaron trágicamente, pereciendo el menos favorecido de la suerte.

El mejor día los anarquistas la cogen por tirar bombas de mano sobre los automóviles de los poderosos.

No existe cosa más atroz que un estómago que digiere á impulsos de treinta caballos de vapor, ni cosa más terrible que otro estómago que no digiere por falta de gasolina...

LA AMBULANCIA

En este trágico vehículo, especie de zaguán de la tumba, caben todos, y en él se viaja siempre á disgusto.

La señora que pasea oronda en su carruaje prócer, el lechuguino que vuela casi enmascarado en su vertiginoso Darracq, el barrendero que recoge el polvo del arroyo, cuantas víctimas hace la desgracia con implacable imparcialidad, suelen tomar pasaje en la ambulancia cochinamente ensangrentadas, convertidas de súbito por el dolor en informes masas de materia ruín, sin voluntad, abatidas, inermes, acobardadas.

¡Tremenda y espantosa realidad la de la vida, cuando rueda la máscara social al rudo golpe del desastre, y aparece en la casa de socorros un sér con la cara medio desollada, los ojos abollados y la dentadura desgranándosele!

Luna y sol

El vetusto castillo se alza junto al mar como un fantasma junto al abismo.

Nuestro héroe de piedra tiene el aire distinguido de los viejos paladines que han quedado para siempre fuera de combate, y distraen su tedio de gotosos contando hazañas al amor de la lumbre.

En las noches oscuras, el castillo no ofrece ningún atractivo notable; pero en las noches claras es irresistible imán que atrae con fuerza avasalladora.

Desde su terraza se domina tan perfectamente la inmensidad, que á ocasiones llega uno á creerse dueño y señor de aquel inmenso panorama.

La luna lanza una luz pálida, angustiosa y fría. Al quebrarse sus rayos sobre las olas, desechas por el choque, diríase que se besan desesperadamente dos vírgenes moribundas. El cielo deja de ser cielo para convertirse en una gasa fina, vaporosa y deslumbrante. Y el mar deja de ser mar para tornarse en lago de plata líquida, que se riza formando copos de blancura y brillantez fantásticas.

Surgen del piano melodías desgarradoras. Un artista casi inconsciente hace saltar sus ágiles manos sobre las teclas, co-

mo pájaros canoros que brincaran de rama en rama y acompañasen cada movimiento con un trino inimitable. El pianista toca una canción en que vibra el pesar con intensidad exasperante. Varias mujeres perdidas y algunos hombres abyectos cantan con voces trémulas y aguardentosas la letra de la canción. Parece como si se quejaran, como si quisieran decir á gritos que ellos también tienen alma, que ellos también han amado y soñado, que ellos también desean su poquito de piedad, su pedazo de bienandanza en el desigual banquete de la vida. Sobre la inmunda costra del vicio, la ternura suele enseñar su rostro cándido y noble como una azucena sobre un charco.

Las olas corean gravemente esa canción desolada y enervante. Es que la materia, enardecida por la música, cobra alientos humanos, y padece, y canta y llora. En cada átomo hay un alma y en cada alma hay un dolor...

Comprimido el corazón y arrebatado el cerebro, se experimentan sensaciones indefinibles. Una mano juguetona cosquillea en las entrañas tirando cruelmente de los hilos nerviosos. Los pensamientos cunden en tropel. Algunos cruzan cual pelotones de soldados que huyen, después de la derrota, perseguidos por el miedo. Otros pasan rápidos, indecisos, chocando entre sí, cual bandada de pájaros locos. ¡Es el caos de las ideas!

Poco á poco el ambiente empieza á hacerse más diáfano, más puro, más alegre. El mar toma un tinte mejor definido y la gran masa de agua parece menos pesada. Otra claridad que no es la de la luna, se filtra por entre las nubes grises que semejan enormes pacas de algodón sucio. Los edificios comienzan á perfilarse como gigantes que hubieran permanecido mucho tiempo agazapados en la obscuridad y ahora se pusieran lentamente en pie. El canto del gallo, tan imponete á media noche, se pierde entre el ensordecedor piar de los gorriones. Los marineros saltan sobre sus barcas y rompen á remar, dando al aire sus blusas azules y enseñando sus recias musculaturas de titanes amasados con yodo y brea sobre el lomo colosal del océano. Una vela blanca, tersa y elegante, avanza gallardamente hacia el castillo como un ángel que trajera entre sus alas la paz y el consuelo.

La noche acaba de cerrar su negro capuz y el día abre su broche de oro.

Historia de un bravo

COMO se nace poeta, se nace héroe. El heroísmo, como el numen, es un dón excelso con que el Genio dota á los seres superiores. Según la hermosa frase de un ilustre pensador, la lucha debe ser el trabajo y la victoria el descanso. Desgraciadamente no se cumple con justicia esta ley. La mayoría de los que luchan caen vencidos, y la muerte es la forma de su vencimiento. Así Fernando Fuero y de la Torre nació héroe, como Byron nació poeta; luchó por la libertad y fué su reposo la muerte en vez de la victoria, que tanto merecía por la nobleza de su alma, la energía de su carácter y el denuedo de su corazón.

Mientras Fernando Fuero estuvo en la escuela de los Escolapios, establecida en Guanabacoa, donde estudió todo el bachillerato, tuvieron los tales frailes la rebeldía en casa; porque el joven estudiante, de suyo levantisco y liberal, no pactaba con la dura disciplina y las rancias ideas de la famosa institución, cuyos enemigos más terribles han sido sus propios discípulos.

Era Fernando Fuero estudiante en la Universidad de la Habana, cuando estalló la revolución del 95. Pronto el gallardo mozo se erigió allí defensor y propagandista de la buena

causa. Y un día desapareció sigilosamente para dejar oir más tarde su glorioso nombre en los campos de batalla.

Náufrago del *Howkins* y del *Bermuda*, logró por fin pisar cubano suelo, después de sufrir vicisitudes sin cuento.

El Padre Muntadas, rector de los Escolapios de Guanabacoa, había dicho de Fernando Fuero: «Este muchacho será un héroe ó un bandido.»

Y el héroe fué.

No tardó el valeroso mancebo en alcanzar el grado de teniente y figurar como ayudante en el Estado Mayor del general Adolfo Castillo, fénix y compendio de soldados heroicos y nobles.

Para narrar las atrevidas empresas que realizara el teniente Fuero, necesitaríanse varios volúmenes.

Sólo mencionaré, por lo tanto, dos de sus portentosas hazañas, copiando lo que sobre una de ellas escribió el mismo general Castillo al doctor José L. de Mendoza, en carta particular firmada en el teatro de la guerra.

«No hacía seis días que con motivo de atacar á una columna enemiga en *El brujo*, provincia de Pinar del Río, que suponíamos que conducía prisionero al general Rius Rivera, rayó en lo extraordinario el valor de mi ayudante Fernando Fuero.

«A mi lado y á seis metros de distancia, le dije, indicándole al Jefe: «es necesario capturar á ese hombre», y acto continuo se lanzó sobre él. El soldado huye; dispara su rifle Fernandito; resulta atravesado el fugitivo, y el pobre muchacho se precipita sobre el herido que yacía en tierra, procura colocarlo sobre el caballo, ganoso de cumplir la orden que yo le diera de aprisionarlo; pero el peso del voluminoso soldado era superior á sus fuerzas.

«Mientras se afana en conseguirlo, se desarrolla una avalancha de soldados que se arroja sobre el héroe, que al fin logra ponerse á salvo, aunque teniendo que abandonar la presa que había hecho. Después supimos que el soldado que llamaba mi atención era un teniente coronel de la columna y que murió en el mismo lugar donde fué herido.»

En la acción de *El Plátano*, el teniente Fernando Fuero dió muerte en combate personal al teniente coronel Aguayo.

Quien de ese modo peleaba, no tardaría en morir. Y, con efecto, en las lomas del Hambre encontró Fernando Fuero una muerte gloriosa y horrible, que es honra suya y de su patria toda.

Asaltado por la caballería española el campamento del general Castillo, recibió Fernando Fuero orden de contrarrestar el ataque con un puñado de valientes. Y á ello se disponía el joven paladín, cuando una bala traidora, atravesándole la frente, le destrozó el cráneo. Fuero se desplomó del caballo que montaba y cayó junto al portillo de una cerca. No tardaron en llegar á galope los enemigos escuadrones, cuyos corceles, al pasar por el portillo en cuestión, destrozaron con las herraduras de sus cascos aquel cadáver infeliz. No hubo potro que no hollara bajo sus plantas los despojos de Fernando Fuero. A medida que su cuerpo recibía golpes, se desfiguraba espantosamente, tomaba monstruoso aspecto y se iba casi incrustando en la tierra por que tanto luchara, hasta que quedó confundido con ella, en una caricia espantable y sublime.

Infecundidad de los trópicos

Los tropicales hemos dado en la flor de creernos los hombres más bellos, más elegantes, más listos, más cultos, más valientes y más simpáticos del universo mundo.

Así vivimos en un error craso.

Nuestra gloria es una gloria usurpada á la naturaleza, puesto que nos cogemos para nosotros la buena fama de los minerales, los vegetales y los animales inferiores.

La enorme faja de tierra comprendida entre el trópico de Cáncer y el de Capricornio, la zona tórrida, alabada á *lirazos* por los rimadores, tiene una tierra inagotable, una flora rica, una fauna pintoresca y un cielo claro.

Pero... ¿qué más tiene?

¿Está entre los trópicos alguna de las grandes potencias?

¿Cuáles rasgos de superioridad poseen las razas autóctonas que poblaron ó aún pueblan tan vasto territorio?

No habrá quien conteste favorablemente á esas preguntas, mas sí quien responda con una tremenda negativa, con una negativa ejemplar, razonada, que eche por el suelo engañosas ilusiones.

Los pueblos de la zona tórrida son naciones convulsivas ó colonias resignadas, las unas en prematura decadencia, las otras en plena barbarie.

El mapa señala, entre numerosísimos pueblos, á Cuba. Santo Domingo, Haití, Puerto Rico, Jamaica, Guatemala, Honduras, Costa Rica, San Salvador, Nicaragua, Venezuela, Colombia, Panamá, Sur de México, Arabia, India, Filipinas, Senegal, Nubia, Nigricia, Congo, Guinea, Abisinia, Conchinchina...

¿Hermoso racimo de manzanas podridas, verdad?

De las razas autóctonas no quiero hablar. Lo que opino á tal respecto queda demostrado de este modo: según mi entender, la gratitud mayor que debemos á los conquistadores y civilizadores de nuestro país, consiste en no haber dejado vivo ni un siboney que hiciese el cuento de las encomiendas, pues ¡ay! de nosotros si, unida con otros malos elementos etnológicos, corriera por nuestras venas la sangre indolente, cobarde y ruín de los indios tainos.

¿Y de genios, qué? Pues de genios nada. Ni un erudito á lo Larousse, ni un inventor á lo Edison, ni un investigador á lo Cajal, ni un poeta á lo Byron, ni un filósofo á lo Conte, ni un marino á lo Nelson, ni un soldado á lo Moltke, ni un verdadero *raro*, ni un solo *original.* De vez en cuando ha surgido la figura brillante de algún libertador, con más corazón que cabeza, con más fe que cultura, y se ha llevado en buena lid la palma del heroísmo, pero no la de la ciencia, única que produce hoy éxitos seguros.

Los tropicales, usurpadores de su gloria á la naturaleza, vivimos como quien dice de préstamos, vistiéndonos con el florido manto de nuestra campiña y adornándonos con las plumas de las cotorras, las cacatúas y los guacamayos que habitan nuestros bosques.

¿No será tan fecundo el trópico por la capa de abono humano que lo cubre en forma de población más ó menos nativa?

Las riquezas de la zona tórrida saltan pronto á la vista; pero sólo saltan al bolsillo, cuando obreros de las zonas templadas ó frías bajan hacia ella con el pico y la pala al hombro, la ambición en el alma y una bandera oculta en el mugriento bolsillo.

Al sur del Mar Rojo hay una isla inglesa, la isla de Perim, cuya guarnición nunca está completa, porque sus oficiales, em-

briagados y enloquecidos por el sol, se suicidan con abrumadora frecuencia.

Ese sol que disuelve la razón á algunos extranjeros en los lugares más cálidos, es el mismo sol que nos disuelve la voluntad á todos los habitantes de todas las regiones tropicales; es el mismo sol que fecunda la tierra, que florece las ramas de los árboles, que embellece el plumaje de los pájaros y esmalta de verde la campiña; es el mismo sol que nos mata para enterrarnos después en un jardín primoroso.

Carbó

Yo siento por la muerte un odio feroz, intenso, enorme.

La muerte es la mariposa negra que revolotea incesantemente en mi cerebro.

Todo desaparece, todo se quiebra, todo se rompe, como si la vida fuera un cristal frágil.

Muere la ola al estrellarse contra el arrecife, y ella misma se amortaja con blanco sudario de espuma; muere la flor al marchitarse en el búcaro; muere la risa cuando se cierran los labios; muere la lágrima después de brillar en la pupila y correr por la mejilla; muere el perfume si se desvanece; muere el recuerdo con el olvido; muere el amor envenenado por el desdén; muere el sol, y las estrellas le sirven de fúnebres blandones; muere todo, hasta el miedo de morir, si cansa la vida.

Pero no hay muerte tan triste como la de la carne, pues á la carne, con ser lo más precioso de la materia, le ha tocado apestar infectamente.

Luis Carbó, el más alegre de los escritores y el más triste de los hombres, no existe ya para el dolor y la miseria que ensombrecieron tanto su corazón de mártir.

Aquella pluma erudita, cáustica y amena, no se moverá nuevamente sobre las cuartillas; ni aquel conversacionista de-

licioso distraerá otra vez el tedio de las redacciones; ni aquel padre amante y pobre besará más la frente de sus hijos.

Carbó tenía talento, tenía cultura, tenía salero... y fracasó siempre. ¿Por qué ese efecto contrario á la causa? Porque al fecundo periodista le faltó audacia, que es como faltarle vapor á una locomotora.

En la lucha de la existencia se vence sólo por arremetidas bruscas, continuadas sin cesar mientras quede un átomo de fuerza bastante á la impulsión progresiva de la máquina humana.

¡Pobre Carbó!

Debilitado su espíritu por los desastres que padeciera, saltósele el resorte de la voluntad, y le vino la mala, como dice el vulgo.

Desde entonces fué un vencido á quien la necesidad azotó despiadadamente.

No volvió nunca á levantar cabeza. Iba de tumbo en tumbo por los derrocaderos del infortunio. Las rosas, si él las tocaba, se convertían en cardos.

La desdicha le persiguió hasta luego de rendir el sér. A la hora de su entierro le acompañamos únicamente una veintena de periodistas y masones. El carro que debía conducirle á la última morada llegó roto. El sarcófago no se pudo cerrar: la descomposición horrible del cadáver lo impedía. Al morir el satírico, fermentóse el humor de su sátira, y el vitriolo se convirtió en sustancia pestilente. ¡Ya era tiempo de que se desbordase tanta amargura!

Aun la Naturaleza le persiguió con su ironía. Nunca mañana más risueña festejó más lúgubre sepelio. Mientras la negra caja de Carbó descendía á la fosa, el cielo reía vestido de límpido azul, el mar cantaba como un tenor á no lejana distancia, se estremecían de placer sobre sus tallos las dalias del cementerio, vibraban los átomos, acariciados por la luz, y el ambiente, lleno de aromas y armonías, poblaba el espacio de rumores y perfumes. ¡El sarcasmo de la tierra se unió á la befa de los hombres para profanar lo que ya estaba escarnecido...!

El cortejo salió de la necrópolis abismado de pena, de angustia, de tristeza. Así marchamos algún tiempo, como cuer-

pos sin almas, hasta que un espectáculo edificante nos sacó del marasmo.

Reclinadas flojamente sobre el mullido césped, en medio de frondosa y sombría arboleda, divisamos á varias mujeres bellas, jóvenes y elegantes, en cuyo derredor jugueteaban hasta media docena de niños adorables. Llegó á nosotros, como toque de diana, el eco de las frescas risas que salían del grupo hechicero. Esa nota de clarín rompió la densidad de nuestra melancolía. Por una brecha entró la luz en la conciencia de todos. Y despertamos súbitamente á la hermosa vida.

Yo, que siento por la muerte un odio feroz, intenso, enorme, la maldije una vez más, venciendo mi asco hacia ella.

¡Inicua muerte que mañana hociquearía brutalmente en el peregrino rostro de aquellas mujeres venustas y de aquellos niños sonrosados!

¡Inicua muerte que rellenaría mañana de fango aquellas bocas reidoras y las convertiría en inmundas gusaneras!

¡Inicua muerte que podía mañana echar por tierra el brillante alcázar de mis ideales, matándome seres queridos, que yo amo con la firmeza de un escandinavo y la rabia de un moro!

Porcelana

NATURA ríe, ríe como la princesa Eulalia en el sonoro verso de Rubén Darío.

La primavera ha roto su florido broche y derrama espléndidamente primores sobre la tierra. En cada átomo, conforme hay un cuerpo, hay también un alma que palpita, irradia y alumbra. Corre entre la brisa fresca un delicado perfume de lujuria y fecundidad, que ha surgido al roce del aire con las plantas en desbordante florecimiento, y trae á la urbe algo del vigor del bosque. Hasta los insectos entonan una sonata sentimental al amor y á la vida...

Todo el espacio presenta una claridad deslumbradora. ¡La luz, la bella luz del trópico, tan rica en matices como un rayo de sol descompuesto á través del prisma, hace sentir muy hondo! ¡Lástima que esta magnífica luz no se les haya metido por los ojos á nuestros poetas llenándoles el cerebro de imágenes hermosas! En la tierra de las mañanas brillantes, de las tardes profundas, de las noches estrelladas, de los cielos azules y de los prados verdes, no ha habido un cantor de la Naturaleza que gorjee en estrofas de oro como el ruiseñor en la selva, que teja guirnaldas de consonantes como tejen guirnaldas de flores nuestros montes, que tenga en su lira las melodías de

nuestros pájaros canoros, el olor de nuestros árboles y el color de nuestro panorama...

El zenit luce ahora azul, radiantemente azul. El horizonte semeja que está fijo en la lejanía del mar, donde se extienden raros paisajes. Vese allá lejos moles gigantescas de azul y plata, y alrededor de ellas, como bordándolas caprichosamente, ondula una cinta luminosa de rosa y oro, que forma cascadas de pliegues llamativos. Como pacas de algodón sucio, que sombras parecen del celeste cuadro, se destacan algunas nubes grandes, repletas de lluvia fecundante. Y entre las moles de azul y plata y las grandes nubes semi-oscuras, ligeras nubecillas blancas, encendidas por el sol, esmaltan de nácar la inmensidad transparente...

La azotea de mi casa, á la hora intensa de la tarde, es un soberbio punto de vista, una fuente inagotable de inspiración.

Pero sigamos nuestras observaciones.

Los árboles caseros que crecen en los patios suben hasta el ras de las azoteas, enseñando entre el marco de los muros blanquecinos sus copas verdes sin una hoja seca.

Y los gorriones, acariciándose melosamente, entonan entre el ramaje, con su piar alocado, el gracioso dúo de los sexos, la canción adorable del macho y la hembra, el himno de la materia satisfecha y el espíritu alegre.

Una viejecita riega su jardinillo, en el cual hay rosas sanguíneas como aldeanas, lirios aristocráticos como aquellos nobles que asistían á los saraos del Trianón, camelias de broche apretado como vírgenes reciénentradas en la pubertad, gardenias castas como vestales y girasoles petulantes como mancebos galanteadores.

Abrese el balcón de enfrente, y surge una flor de carne, oliendo á juventud, á frescura, á baño. Es la blonda vecina del principal. Viste una falda azul pálido y una blusa blanca, impecablemente blanca, que armoniza con su cabellera dorada. Bajo el discreto y señoril trapío se insinúan las líneas escultóricas de su cuello, su seno y sus caderas. Al verme, alza dos ojos azules como dos violetas, que esplenden entre las finas pestañas, y me saluda con una sonrisa feliz. Diríase una espiga madura de trigo. Ahora sueña. Mañana sentirá. El amor la espera, y ella, tarde ó temprano, no faltará á la cita

inevitable. Entonces, la virgen casta de leves pies y andares seductores, será la hembra magníficante humana que rinda á la prole su tributo de querubines. El capullo, cerrado hasta hoy, reventará su broche, estirará sus pétalos sedosos y aterciopelados, abrirá toda su ardiente corola y lucirá, á los suaves arreboles de un alba inolvidable, como radiante amapola hermoseada por fecundo rocío.

Mirando hacia atrás

No hay cosa más triste que mirar al pasado. Ningún hombre, en medio del camino de la vida, debía volver la cabeza hacia atrás. Con las penas de hoy y las de mañana basta y sobra para desesperarse cualquiera. Lo más alegre de la existencia se torna melancólico al convertirse en recuerdo. La primera conquista, el primer aplauso, la primera dicha, todo vuelve á la memoria entristecido por la muerte. Y si ello ocurre con lo agradable, ¿qué no sucederá con lo desagradable?

Por matar algunos minutos de tedio, he trasteado en la gavetería de mi bufete, como hubiera podido tirarme de los bigotes ó hacer otra necedad parecida. No sé qué mano cariñosa había puesto allí centenares de recortes de los mil artículos que he escrito para la prensa. A impulsos de la curiosidad, revisé esos recortes, yendo de sorpresa en sorpresa, pues ya no recordaba ni la mitad de lo que había dicho esta mi pluma en cinco años de batallar constante. Cuando yo mismo lo había olvidado, ¿qué esperar del público? Todo aquel fárrago de papel impreso era letra muerta. La actualidad se parece á esas cortesanas que desprecian á sus amantes después de poseer uno cada día. El escritor consagrado á ella no ha de esperar otro premio que el desdén. La producción fragmenta-

ria nace, vive y muere como las rosas que se abren en la mañana y se marchitan en la tarde, luego de haber perfumado algunas horas las narices groseras de la muchedumbre. ¡Qué raros me parecieron mis escritos al verlos todos juntos, cuando los había pergeñado en épocas tan distintas! Resultaban una tremenda paradoja, llena de amargas contradicciones, de ridículas necedades. No pude menos que reirme de mí mismo, con burla cruel y despiadada, al advertir lo tornadizo del cerebro y del corazón humanos. Lo que antes me encantaba, ahora me parecía pueril. ¡Con cuánto gusto hubiera yo hecho desaparecer las tres cuartas partes de aquellas mis pretéritas opiniones!

Paré mientes en algunas crónicas, encomiásticas las menos... Quedé frío. Casi todos mis elogios habían sido injustos. Al que yo ensalzaba como héroe había resultado un cobarde; el genio, un imbécil; el honrado, un pícaro; el sincero, un taimado, y así por el estilo. Seguí registrando papeles... y tropecé con los juicios que de mí se han emitido. Graciosa impresión me causaron los más. La misma mano que primero me cubría de bombos me negaba después agua y fuego. Otras, por el contrario, me escarnecían primero para encomiarme después. Total: cambio de forma en la cronología de la doblez.

Por último, eché una ojeada sobre mis críticas. Me estremecí. ¡Cuánta injusticia! Nada me conmovió tanto como la certeza de haber procedido mal algunas veces... Mejor hubiera querido no vivir...

De pronto cerré las gavetas, tomé el sombrero y salí á la calle.

Al revolver una esquina, abordóme cierto señor, con el fin de rogarme benevolencia ó silencio para un libro que iba á publicar.

—Me callaré,—contestéle presto. Por hoy tengo rota la punta del látigo y arrugada la caja del bombo.

Un guasón

El doctor Generoso Menéndez acababa de llevarse en Madrid, tras reñidas oposiciones, una cátedra de medicina para la Universidad de la Habana, pues en aquellos tiempos Cuba pertenecía á España.

Era el joven profesor hombre de carácter alegre, modales bruscos y franqueza extraordinaria.

Deseoso de echar una cana al aire, fuése á París en cuanto se terminaron las oposiciones, porque sus frescos laureles merecían que se les rociase de espumosa champaña.

En París gozó como un colegial, pero las horas pasaron veloces y el buen doctor tuvo pronto que liar los bártulos para su regreso á Cuba.

El mismo día en que había de abandonar la metrópoli del talento y el vicio, entró por la tarde en un elegante café á saborear la clásica copa de ajenjo.

Sobre la única mesa que encontró desocupada estaba colocado un lujoso abrigo de caballero, y el individuo que parecía su propietario se hallaba en la mesa contigua.

Generoso Menéndez, con su habitual aspereza, cogió el abrigo y lo tiró sobre una silla.

Acto continuo, el individuo de marras levantóse airadamente y entregándole una tarjeta, le dijo:

—Señor: quien desprecia una prenda mía me desprecia á mí. Queda usted comprometido para un lance de honor conmigo.

El doctor Menéndez, después de guardarse la tarjeta, contestóle risueñamente:

—Está bien, señor.

En seguida pidió su ajenjo y se puso á tomarlo sin revelar la menor inquietud.

Su vecino no hacía más que mirarle lleno de asombro, hasta que, no pudiendo contenerse, se dirigió al doctor, y le habló así:

—Señor: comprendo que no hay motivo para el reto mío. Quédese usted con mi tarjeta, pues yo guardaré la de usted como recuerdo, y seamos buenos amigos. Mozo: ¡venga champaña!

Largo tiempo estuvieron charlando animadamente el francés y el cubano.

Antes de separarse, el bulevardero, que era un matón de tomo y lomo, reveló al doctor el secreto de aquella brusca admiración que hacia él había sentido.

—Estoy—le dijo—encantado de su valor, de su sangre fría, de su corrección. En toda Francia no hay un solo hombre que, teniendo un duelo pendiente conmigo, se tome un ajenjo con la serenidad que se tomó usted el suyo. Debe de ser usted un esgrimidor consumado, un duelista heroico. Choque esa mano, valiente.

Entonces el doctor Menéndez, que no gustaba de engañar á nadie, le replicó, estallando de risa:

—Amigo mío: yo no tiro ningún arma ni me he batido jamás. Acepté su reto con el valor que da lo irrealizable. ¿Cómo íbamos á matarnos mañana, si esta noche embarco para América?

Punto discutible

Es casi imposible escribir sin falsedades el libro de la historia, sea universal ó de una época ó nación determinada. Víctor Duruy no puede sustraerse á la común regla. En su leída *Histoire des temps modernes*, al tratar del Renacimiento, dice esta enormidad y se queda tan fresco:

«En esta época (el Renacimiento), sólo tres países piensan y producen: Italia, el primero; Francia, el segundo; y Alemania, el tercero. Inglaterra cicatriza sus heridas de la guerra de las *Dos Rosas*, y España tiene los ojos fijos, más que sobre la antigüedad, en América y sus minas, en Italia y los Países Bajos, con sus ricas ciudades y sus florecientes campiñas, donde las bandas de Carlos V gustaban tanto de hacer la guerra y el pillaje.»

Limitado el Renacimiento desde el 1453 al 1610, abraza, pues, la mitad casi del siglo xv, todo el xvi y principios del xvii. Cualquier individuo medianamente enterado de la literatura inglesa y española durante ese tiempo, comprenderá la injusticia enorme de Duruy al lanzar fallo tan ligero como discutible. En honor de Inglaterra basta decir que Shakespeare, uno de los genios más portentosos del mundo, nació en 1564 y murió en 1616. En honor de España, cuya literatura conozco menos

imperfectamente que la de Inglaterra, puedo hablar largo y tendido, para contradecir la especie vertida por Duruy.

Los siglos xv, xvi y xvii fueron para España de una fecundidad extraordinaria, si de literatura se trata. ¡Cuánto poeta y cuánto prosista no cincelaron estrofas admirables y redondearon párrafos soberbios!

En la poesía lírica, Jorge Manrique deja unas coplas inmortales; Boscán pone de moda el verso endecasílabo; Garcilaso lo refina en églogas incomparables; Castillejo lo combate sañoso; Fray Luis de León tañe su lira serena; Francisco de la Torre canta tiernamente á la *Tórtola;* Fernando de Herrera evoca el tronar de los cañones en Lepanto; Francisco de Rioja deja una epístola profundamente filosófica y una bella silva á la *Rosa;* Rodrigo Caro sublimiza las *Ruinas de Itálica*, y así brilla en su magnífico esplendor el estro castellano.

En la poesía épica, el bravo Ercilla magnifica la guerra de Arauco, sobrepujando á Homero en los discursos de Colocolo.

En la poesía dramática, Juan de la Encina, Rodrigo de Cota, Fernando de Rojas, Torres de Navarro, Timoneda y Lope de Rueda echan los cimientos del teatro español, que á poco es popularizado y difundido por el gran Lope de Vega, á cuya zaga viene Tirso de Molina, el de los chistes picantes y el humorismo travieso.

En la poesía sagrada brillan á colosal altura Sigüenza, Malón de Chaide y, sobre todo, la divinamente mística Teresa de Jesús.

Y la prosa tiene cultivadores excelsos: Antonio Pérez, el famoso secretario de Carlos V, lega á la posteridad sus tristes enseñanzas de la vida; Quevedo derrama el tesoro de sus agudezas y donaires en los *Sueños;* Gracián sutiliza el pensamiento; Mariana conquista universal renombre de historiador insigne; Granada maneja su rico idioma con maestría abrumadora, y Hurtado de Mendoza pinta notablemente la guerra contra los moriscos del reino de Granada.

Pero por encima de todos está el coloso, el titán, el hércules: Cervantes, que murió casi con Shakespeare en 1616 y cuyo Quijote se publicó en 1605, un lustro antes de acabar el Renacimiento.

La obra gigantesca de Cervantes, obra de pensador y de ar-

tista, ha quedado como un monumento único, que no simboliza ya el carácter de un pueblo, sino el de la humanidad, compuesta de gentiles soñadores y prosaicos pecheros.

La *Histoire des temps modernes*, de Víctor Duruy, se halla de texto en la Universidad de la Habana y es un compendio muy estimable y muy útil. No hay que temer gran cosa de sus naturales errores. El doctor Evelio Rodríguez Lendián, catedrático de esa asignatura, sabrá, con su buen juicio y su extensísima ilustración, remediar los yerros de Duruy, que para eso ha leído él bibliotecas excelentes de ciencia y arte.

Por lo demás, yo no me he propuesto en este artículo lucir mi escasa cultura ni tirarle cuchilladas al maestro, citando autores y llevándole la contraria á Duruy.

Porque los sabios piensan, los sabios se equivocan frecuentemente.

Y nosotros los ignorantes, al seguirles admirando en sus nobles afanes, solemos darnos cuenta de sus equivocaciones.

Eso es todo y nada más, que diría el cuervo de Poe.

El gallo

El león no es el más bravo de los animales.

Le supera en valor el gallo.

Vedlo: saltó á la arena.

Estirándose sobre las patas, muestra su plumaje tornasol, enseña sus espuelas agudas, alza arrogante su cabeza pelona y colorada, abre su pico acerado y da al aire su grito de guerra, matonamente.

Llega un rival que no conoce y emprende la lucha por gusto.

Salta, se encoge, se aplasta, se revuelve, se achica, se agiganta, vuela, corre. Sus ojillos redondos brillan como dos chispas de odio. Herido, ensangrentado, casi deshecho, no desfallece, no se rinde. Al contrario, el dolor lo alienta, lo conforta, lo estimula. Sigue acometiendo siempre, ora á picotazos, ora á puñaladas, hasta que exhala un trágico suspiro de derrota... y cae muerto sobre el campo de batalla, ó lanza un grito feroz de triunfo...

El gallo es el caballero andante de la fauna tropical. No usa tizona al cinto. Pero lleva un ariete en el pico, dos puñales en las patas y una cota de plumas que le cubre todo el cuerpo.

El gallo es un Quijote sin ideal y sin conciencia, caído en desgracia, manteado por la ley.

Antes asistía, lleno de honores y gloria, al circo bullidor, donde era aclamado y reverenciado como un dios fiero.

Ahora entra mohino en los juzgados correccionales, donde lo espera sólo la frialdad desdeñosa de un juez.

Ayer se apostaban miles de pesos á su heroísmo.

Hoy lo multan como á un tahur fullero y lo condenan á muerte.

Y él, tan arrogante con los otros plumíferos, tiembla ante el ministril que lo castiga, y va resignado á la cazuela, sin una protesta, sin un revuelo, sin un *cantío.*

A la luz de las estrellas

Estoy en el campo, en el mes de diciembre, y es media noche. Hay frío, mucho frío; pero la nieve no entenebrece la campiña con su albo manto, ni rueda tristemente por las altas cimas.

El silencio lo envuelve todo en un misterio infinito.

Dentro del hogar, á la luz vacilante de las bujías de aceite, se ven colgados en las paredes armas y arritranques de caza. Las escopetas belgas, largas y elegantes, penden con gracia de los portafusiles. Los rifles Winchester, cortos y terribles, duermen tranquilos sobre sus laureles, después de haber herido cien venados de remos finos y aguda tarramenta. Los cuchillos de monte, los machetes, las espuelas, los látigos, las cananas, los maletines, están revueltos en confuso desorden. Las monturas huelen á curtido, á lomo sudoroso de caballo, á fuerza, á vida, á valor, á energía. Ante esas armas, ante esos jaeces, ante esos instrumentos de lucha y muerte, se piensa con placer feroz en las sensaciones bruscas, ásperas y sabrosas que han de disipar el tedio, cuando la caravana se ponga en marcha, y empiece la persecución de los ciervos ó los pájaros, á través del monte enmarañado é hirsuto, bajo un sol matinal, tibio y confortante.

Fuera del hogar, el cielo resplandece como una turquesa

enorme y la luna esplende como un diamante que fulgurara sobre un lienzo incomensurable de raso azul.

Los perros ladran angustiosamente. Los gallos cantan de vez en cuando, con simpática matonería. Los grillos silban, hasta reventar, su canción monótona y aburrida, que penetra en los oídos cual la punta de un puñal. Y los potros relinchan de entereza, enviando así reclamos de pasión salvaje á la yegua rijosa y provocativa que se harta allá lejos de verde pienso.

Llegan del jardín perfumes exquisitos. Los lirios, en románticas cuitas de amor, exhalan su alma soñadora. Las rosas evaporan de entre sus pétalos suaves y rizosos el nítido rocío que las refresca y embellece. Los jazmines lanzan efluvios penetrantes y enardecedores. Los claveles derraman su ardiente y roja sangre de flores sensuales. Las azucenas embriagan é invitan á reclinar las sienes ardorosas sobre senos duros y alabastrinos. Hasta las florecillas silvestres toman parte en ese desbordamiento de olores, que forman un delicioso *bouquet*, entre el cual sobresale el vaho húmedo é incitante de la tierra en incubación.

A través de una ventana observo las estrellas. Semejan un enjambre de abejas luminosas que permaneciera quieto, aunque pronto á volar y á revolverse. Son muchas, son bellas, son incontables... y son también misteriosas, remotas, inaccesibles. Las veo, las admiro, las persigo ansiosamente con los ojos; pero no las alcanzo, se confunden entre sí, huyen, me deslumbran, me aturden y se van, como las ondinas de un cuento misterioso. Parécense á mis sueños, á mis ideales, á mis ambiciones, á mis deseos, que también son bellos, brillantes y hermosos, pero irrealizables, quiméricos, y, como todo lo imposible, desgarradoramente tristes.

En el cielo hay estrellas... y hay misterios.

En mi cerebro hay ideas... y hay dudas.

Yo no puedo tocar las estrellas con la mano ni puedo tampoco realizar mis ideas.

¡Ojalá que el cielo fuera una sombra absolutamente obscura!

¡Ojalá que mi cerebro estuviera vacío como el de una calavera!

Estrellas, ideas... todo refulgente, todo vano, todo desesperante, todo cruel, todo infeliz.

El verdadero valor

Hay cuatro cosas que ennoblecen la vida: el talento, la bondad, la belleza y el valor.

Y, sin embargo, el valor suele ser una mentira.

Los que espigamos en el campo de la actualidad, ora miserable, ora ubérrimo, para sacar de allí el jugo agridulce de la experiencia; los que asistimos á la gran lucha humana, como combatientes á veces y á veces como testigos; los que vamos por el mundo sedientos de ideal, buscando primores sobre la tierra cual margaritas sobre el lodo, tenemos, en fuerza de usarla, bastante aguzada la facultad de observación y podemos contar sinceramente nuestros impresiones, á semejanza del viajero que narra sus historias pintorescas, al amor de la lumbre, en las veladas tranquilas del hogar amado.

El valor, tema ahora de mis disquisiciones, presenta distintas formas; se manifiesta, mejor dicho, de modos diferentes. Valor personal, valor colectivo y valor cívico, son las tres divisiones comúnmente aceptadas.

El valor individual está en el temperamento de cada individuo; el valor colectivo consiste en la sugestión que unos seres ejercen sobre otros al fundirse sus personalidades en el conglomerado de la muchedumbre; y el valor cívico surge de-

la buena educación que reciben los individuos en sociedades bien organizadas, como la inglesa ó la americana.

Apartémonos del valor colectivo, considerándolo puramente ocasional, pues rota la nube, cae el agua suspendida en la atmósfera y se refresca el ambiente...

El valor personal es flor brillante que brota especialmente en suelo cálido, bajo cielos diáfanos y á temperaturas abrasadoras.

El latino, el árabe y el negro, han dado mil páginas de heroísmo al libro de la historia. La caballería andante, las justas á lanzazos y los duelos á estocadas, hicieron las delicias, en tiempos no remotos, de caballeros moros y cristianos. Ahí están los libros que sorbieron el seso á *Don Quijote*, el romancero que rima casi el choque de las armas al acometerse fieros dos rivales, y el código del honor, llamado *de los locos* por un célebre pesimista. Ninguna de esas obras fué sino producto de ingenios franceses, españoles ó italianos, gente de imaginación calenturienta, sangre fogosa y corazón arrebatado.

El valor cívico es fruto sazonado en tierras sajonas por arte y gracia de la educación obligatoria de todas las clases sociales. No tiene casi historia. Ha salido de la cultura, sin brillo y sin ruido, como algo muy racional y muy práctico. Se exterioriza humildemente, no en los campos de batalla, sino en los jurados, en las cortes correccionales, en los ayuntamientos, en las casas pobres, en el seno íntimo de la sociedad y la familia. Consiste en la sencilla fórmula de defender lo propio y respetar lo ajeno, en vivir en paz con los otros y satisfecho de sí mismo. Ello implica un sacrificio más constante y más duro que arriesgar la piel, porque en el fondo de cada hombre rezonga una bestia enamorada de la violencia, y el freno que la voluntad pone á la impulsión suele escocer un poco, y hasta un mucho, dentro del alma.

En las sociedades latinas abundan los hombres que se dejan matar por un quítame allá esas pajas, que desprecian la muerte amando la vida, que se hallan dispuestos siempre á perecer con la más estéril resignación ó el más inútil arrebato. Pero entre esos hombres admirablemente valerosos, escasean los que están siempre propicios á quitarse una hora de comodidad, de placer ó de holganza, para sacrificarla en aras de la justicia y la ver-

dad, asistiendo ante un juez para esclarecer un hecho y salvar á un inocente.

Ha cerca de dos años, iba yo en compañía de un hombre muy valiente, paseando por esos mundos. Un carretón, por torpeza ó maldad de quien lo conducía, atropelló un coche, comprometiendo la vida ó la salud de dos señoras que ocupaban el vehículo. Mi amigo, sin atemorizarse ante los colosales puños del carretonero, le increpó duramente, llenándole de insultos. Pero al acercarsc la policía, me tiró del brazo y me dijo al oído:—Vámonos pronto, si no quieres que nos den mil molestias en declaraciones imbéciles.

El valor merece, á mi juicio, admiración honrada y sincera por parte de todos los hombres dignos. Sólo los cobardes niegan el mérito de los valientes. Pero reconozcamos con lógica sanchopancesca, que el valor cívico da mejores resultados que el individual, en la marcha vencedora del progreso, de la verdad y la justicia. Si mi amigo de marras, en vez de insultar sin provecho al carretonero aquel, le hubiera acusado ante el Juez Correccional, ya que éramos nosotros testigos únicos del suceso, la acción hubiera sido más completa, el castigo más severo y la falta mejor juzgada.

El valor mal aplicado es una mentira.

De charla con el Diablo

INTERVIÚ Á LA MODERNA

ESTABA mi alcoba de par en par abierta, muy alumbrada... y muy aburrida, cuando se entró en ella un raro sujeto, haciendo cabriolas y saludando cortésmente.

—Buenas noches, señor periodista.

—Buenas se las dé á usted Dios, y tenga la bondad de decirme con quién hablo.

—Yo soy el Diablo, la única persona decente que había en el cielo. Me he venido á la tierra porque allá no cabía mi honorable persona. ¡Cuántos chismes, cuántos líos, cuántos enredos hay en el Paraíso! Los santos y los ángeles se perecen por arrancarse las plumas de las alas y empañarse la luz de los nimbos. A Dios le mortifican atrozmente, con la mar de disgustos. Cuentan pestes de la Virgen María. Cristo está en todas las bocas, y hasta le discuten su divino origen, sacándose á relucir no sé qué adulterios muy depresivos para el pobre San José. Entre aquella gente se ha despertado una codicia tremenda. San Pedro quiere poner un rastro, San Juan un café, Santo Tomás una librería, y San Cornelio una fábrica de peines. Finalmente, no se puede vivir en olor de santidad sin peligro de serias infecciones.

—Pues mire usted que por acá abajo las cosas no andan mejor.

—Lo sé. Y la culpa deben cargarla los humanos. El mundo, como obra arquitectónica, no deja nada que desear. ¿Son feos el cielo, la tierra, el mar, las estrellas, los valles y los ríos? Vosotros sí que lo habéis echado á perder todo, con vuestra filosofía, vuestra política y vuestra religión. Por fatuos, pretendisteis conocer el gran arcano de la vida, y os castigó la Duda; por necios, deseasteis dignidades supremas, y os castigó la Tiranía; por torpes, quisisteis un más allá, y os castigó el Fanatismo. Aun renegáis de vuestra estructura fisiológica por la pluma de maldicientes escritores.

Lo habéis desarreglado y descompuesto todo.

—Equivócase usted, señor Diablo. Sabemos mucho, mucho, mucho.

—¿Y por qué no habéis solucionado el problema sexual y el económico, donde radican vuestros mayores males?

—Eso se lo dejamos al porvenir.

—¿Y por qué desconocéis infinidad de leyes naturales?

—Ya las descubriremos.

—¿Y por qué teméis á la muerte, si la consideráis como lo más natural?

—Nadie nos ha contado todavía lo que sucede en ultratumba.

—¿Y por qué la ciencia materialista no ha colmado vuestra felicidad?

—No todos se hallan instruídos en la tal ciencia.

—¿Y por qué vivís tan inquietos, tan tristes y tan desolados?

—Acaso nos intranquilice vuestra presencia entre nosotros.

—¿Bromitas á mí? ¡Si soy el Diablo, señor *diarista*, como os llamáis á la francesa!

—Contésteme, pues, el señor Diablo á estas tres preguntas.

—Vengan de ahí.

—¿Por qué usáis pezuñas?

—Porque me ahorran zapatos.

—¿Por qué gastáis rabo?

—Es un recuerdo del mono de Darwin.

—¿Por qué lleváis cuernos?

—Porque no soy menos que el hombre.

—¿Publico nuestra entrevista?

—Sí; pero me mandaréis las pruebas al Infierno. Siquiera las corregiré bien. Así, demonio y todo, sé lo que no saben algunos personajes: ortografía.

El Diablo se marchó, dejándome encantado de su amabilidad.

Era, con efecto, una persona decente.

En vez de recibir mal á los periodistas, iba en busca de ellos y les hacía declaraciones francas y sinceras.

Además, me consta que el Diablo no se arrepiente nunca de lo que dice ni desautoriza interviú alguna.

El ingenio

El sol del trópico, sensual, ardiente y brillador, caldea la llanura, que esplende reída por la luz, bañada de aromas.

El suelo es rojo, de un rojo purpurino. En los surcos, los terrones parecen coágulos de sangre. Trinan los pájaros, zumban los insectos, brincan los sapos y se arrastran los jubos. Los cañaverales, agitados por el viento, forman olas, olas mansas, tranquilas y suspirantes de un lago esmeraldino. Las palmeras, ya en caprichosos grupos, ya en simétricas guardarayas, abren sus verdes abanicos, rígidas, hieráticas y altivas, como si fuesen la heroica legión que custodiase el sagrado templo de la naturaleza.

De raro en raro, asoma por encima de la vegetación exuberante, la techumbre gacha de algún bohío, ó se ve alguna mariposa revolotear rauda, ó se oye el *cantío* jaquetón de algún gallo, ó se escucha el ladrido monótono de algún perro.

El vaho lujuriante de la flora derrama sus perfumes en la transparencia de la atmósfera, convirtiendo el ambiente cálido, semiprimaveral en afrodisiaco rabioso que azuza el deseo bestial de la carne. La brisa, al entrarse por el olfato, produce sacudimientos nerviosos, como la cosquilla de una hembra.

En medio de la fértil llanura se alza el ingenio *Leonor*, verdadero titán de la industria, que adornado de humillo azul, bulle con actividad de colmena.

Es el central un devorador infatigable é insaciable. Por sus abiertas fauces traga millones y millones de cañas. Primeramente, las muerde, masca y desfibra con su acerada dentadura. Luego, en su vientre complicado de gigante, se efectúa una digestión laboriosa y productiva que dura cuatro meses.

El batey del *Leonor* semeja como un pueblo diminuto. El palacio de la maquinaria destaca su mole soberbia. En torno de él, se hallan la administración, las viviendas de los empleados, los barracones de los obreros, la escuela primaria, la botica, la bodega, y las plataformas donde se pesa el fruto. Para que no falte ningún detalle, un rapabarbas, en humilde barbería, desuella al prójimo peludo.

Todos los edificios, de moderna construcción, tienen blancas paredes, oscuros techos y alegres jardines. En el más pobre hay alumbrado eléctrico y agua corriente. Amplios, limpios, risueños, confortan el ánimo de sus habitantes, con ese aspecto de ingenua coquetería.

A cierta distancia, los enfriaderos se dibujan envueltos en suave nube de vapor. Por entre sus seis pisos agujereados se cuela el agua caliente que viene de las máquinas, y corre de nuevo hacia los condensadores, después de enfriarse al contacto del aire atmosférico.

La línea ferrocarrilera cruza el batey en distintas direcciones. Una locomotora enana da cortes en los chuchos, llevando y trayendo carros descubiertos donde la caña se hacina en tongas.

Las carretas descargan desde la madrugada hasta la tarde. Como se reúnen en crecido número, esperan turno riguroso antes de abordar el conductor. Interin dura la espera, los carreteros charlan y canturrean fumando atroces tagarninas. Ninguno olvida la vara de hincar el ganado, vara de punta cruel. Visten todos el sencillo traje del guajiro cubano: pantalón y camisilla lavables, zapatos de vaqueta y sombrero de guano. Átanse el pantalón á la altura de las rodillas, con tiras de arique, para evitar que la tela mojada se les pegue á los

músculos. Tal indumentaria, su jerga pintoresca y sus viriles interjecciones los hacen típicos, inconfundibles, simpáticos.

Sordos á la parlería de los carreteros, los lucios bueyes, en actitud desdeñosa, discursiva y melancólica, rumian paradisiacamente, cual filósofos estoicos que estuvieran abstraídos en resignadas meditaciones sobre lo inútil de la vida.

Pululan capataces y colonos. Estos guajiros cuidan más de su indumentaria, siquiera distan mucho del *dandysmo*. Criollos netos en su mayoría, gastan casi todos barbas castizamente partidas en dos, suenan terribles espuelas, ostentan altas polainas y portan al cinto afilados machetes.

Se trabaja de firme, sin vocerío ni escándalo, ordenada, metódicamente.

El trasbordador abraza, con sus gruesas cadenas, toda la carga de una carreta, la iza sin esfuerzo y la echa bruscamente en el conductor.

La caña, arrastrada lentamente por la estera, sube á la desmenuzadora, prensa de dos cilindros dentados en zig-zag. La desmenuzadora subdivide los trozos, los aplasta, tritura y desfibra. Verifica su enérgica labor con hercúlea pujanza, tranquilidad admirable y maestría insigne.

El material estrujado pasa á la moledora y de la moledora á la remoledora, que siguen oprimiéndolo hasta sacarle la última gota de zumo.

El bagazo que sale de la remoledora está seco, tiene un color blancuzco, parece estopa y es combustible.

Los rastrillos conducen el bagazo á los hornos, de cuyas bocas vése arder un infierno rugidor. Las llamas saltan, mugen, se extienden en ondas trepitantes, despiden chispas de oro, sueltan aristas de rubí, arrojan puñados de granates, se empenachan de ígneo plumaje. Las paredes internas, al colorearse con la claridad del fuego, diríanse fabricadas de basalto, de mármol rosa, de fino coral, de ónix pálido. El rojo tiene, en la inmensa fragua, tornasoles infinitos, cambiantes fascinadores, la hoguera brilla, ora con reflejos metálicos, ora con blandos tintes de moaré, ora con blanquecina transparencia de astro. A ocasiones, dos lenguas de fuego se encuentran, se unen, se retuercen en espiral, luchan como sierpes demoniacas hasta aplastarse en la masa incandescente.

El guarapo corre á chorros por la canal, soltando su borra en el colador de cobre. Este líquido parduzco, turbio, revuelto, de olor peculiar, que lleva consigo un espumarajo amarillento, es la sangre de Cuba, el licor vital de la patria, el nervio de nuestra portentosa riqueza. A fin de zafra, el mosto de la caña se ha trocado en millonadas de sonoras monedas.

El guarapo absorbido por una bomba de vacío, se acumula en tanques especiales, de donde desciende por su propio peso á las defecadoras.

En las defecadoras se decanta mediante ligaciones de cal viva, quedando la cachaza en el fondo de las pailas, y siendo conducida por otra bomba á la cachacera y de la cachacera á los filtros prensas.

Los filtros prensas eliminan por una serie de llaves la materia útil que todavía contiene la cachaza y la deja reducida á una pasta inservible.

Entretanto, el guarapo penetra en el triple efecto, que consta de tres tachos evaporadores. El triple efecto lo cuece, transformándolo en meladura, la cual se deposita en otros tanques especiales. De aquí sale para los tachos de punto, que á su vez trasforman en azúcar la meladura.

El azúcar se enfría en las cristalizadoras. De las cristalizadoras va á las centrífugas, en cuyos moldes vertiginosos se purifica el grano, que segrega la miel para el segundo producto. Acabada la fabricación, cae al saco, en lluvia menudita, dorada y preciosa.

En el *Leonor* todo es grande, colosal, de valor incalculable. La maquinaria confunde con su mole abrumadora, sus sistemas laberínticos y sus combinaciones caóticas. Un mundo de hierro pesa sobre los hombres, que lucen debiluchos, ridículos, insignificantes, junto á los monumentales aparatos. Mentira parece que cabezas tan pequeñas hayan ideado cosas tan enormes.

La catalina mayor, unida por doble engrane á su voladora, gira grave, pausada, solemnemente, como si tuviese conciencia exacta de su poderío descomunal.

Las mazas de los trapiches la siguen con andar lento y seguro.

Hay una grúa que transporta pesos de veinte toneladas en varias direcciones.

La máquina del vacío mueve á compás sus cinco balancines y suma diez bombas. A un extremo del balancín mayor está el cilindro que impulsa todo el mecanismo. A su extremo opuesto, cuelga la barra de conexión, atlético brazo que se une, por el eje cigüeñal, á la voladora, lanzándola furiosamente.

Las calderas pintadas de gris como los navíos de combate, gordiflonas, anchas, se alínean en correcta formación.

A la maquinita, de vacío también, que eleva la cachaza á los filtros prensas, sólo le falta hablar. Realiza una faena casi humana con sus barras paralelas, que, á impulsos de dos ruedas elegantes, fuerzan el émbolo graciosamente.

Los tanques de miel, pintados de negro y rojo, ofrecen el exterior de gigantones gargantuescos, todos ellos panza, vientre, abdomen. Las lechuzas y las auras suelen entrar allí para no salir jamás, pues las alas y las patas se les pegan al viscoso líquido, y mueren de hambre, tras lúgubre desesperación. La podredumbre y el aire secan los cuerpos de esos infelices animalitos cuyos esqueletos permanecen largo tiempo adheridos á la superficie de la miel que luego nos comemos en azúcar.

La columna barométrica, tubo de metal esbelto, gentil é imponente que facilita la evaporización de los aparatos, alcanza una altura de vértigo, remontándose cien pies sobre el nivel natural del suelo.

Lejos de los forzudos colosos está el bufón del palacio industrial.

Es un aparato ingenioso, casi inteligente, que se llama polarímetro. Parece más bien un telescopio. En su tubo se coloca una probeta con azúcar licuado. Por detrás se pone una luz. Acto continuo, el químico aplica el ojo al punto de mira inferior, y ve dos medias naranjas de color distinto. Continúa observando, observando, hasta que obtiene el mismo color en las dos medias naranjas. Entonces torna á observar por el punto de mira superior y sabe exactamente la polarización del azúcar, cuyos grados de densidad se marcan en un reloj curiosísimo.

Cuando el sol del trópico, sensual, ardiente y brillador, se pone tras las colinas grisáceas; cuando el grillo entona su can-

ción aguda como la punta de un puñal; cuando la mueca de la noche mata la sonrisa del día, el dinamo del *Leonor* enciende sus focos é ilumina *á giorno* el batey, que, solitario, bullidor y luminoso en medio del campo oscuro, lóbrego y sin ruidos, despierta el recuerdo dulcísimo de los cuentos orientales, traduce á la realidad las espléndidas visiones de los bardos, deslumbra como un sueño de meridional, y asombra como un fantasmagoría poblada de joyantes espejismos.

Bonafoux

HACE ya algún tiempo, cuando yo era un mocoso, oía hablar de cierto periodista muy empecatado y atrevido, que ponía de oro y azul á todo el mundo y se llamaba don Luis Bonafoux.

El tal don Luis era un señor terrible. Mi infantil cabeza le veía en sueños con un chafarote en la mano, repartiendo tajos y mandobles á roso y velloso. Casi me inspiraba horror aquel hombre disolvente y bullanguero. Por fin dejé de pensar en el *coco* y quedé tan contento.

Pasaron años sin que á mientes me viniera el recuerdo de Bonafoux. Y esto no le sorprenda á nadie. Mi adolescencia y los primeros albores de mi juventud se deslizaron en el *potrero*, como quien dice. A la sazón que innúmeros pollastres eran casi doctores, para vergüenza del claustro universitario y de las casas de maternidad, yo no sabía sino domar potros y correr alguna que otra juerga borrascosa. Franqueza obliga.

Pero un día me ocurrió algo gordo, me puse más serio de la cuenta, me entregué á la lectura y dí de narices en el *Heraldo de Madrid* con aquel Bonafoux, periodista escandaloso y bullanguero que oscurecía las rosadas soñaciones de mi infancia.

Lejos de meterme miedo, Bonafoux me produjo entonces ar-

diente simpatía, sincera admiración, algo como el brusco desperezamiento de una confraternidad dormida por la ignorancia. Quise conocerle en efigie, conseguí su retrato... ¡y qué feo me pareció don Luis! Afortunadamente las mujeres guapas acababan de darme un serio disgusto, y me sentía enemigo irreconciliable de la estética... Si no, le pierdo á Bonafoux todo el afecto que me había inspirado con su literatura cáustica y amena.

Leí, leí mucho al infatigable redactor del *Heraldo*. Y según mis ojos iban descubriendo miserias á través de la vida, según mis pies iban hundiéndose en el cieno humano, según iba tropezando mi persona con ídolos barrocos, aumentaba mi devoción al más genial de cuantos periodistas borrajean cuartillas en lengua española.

¿Qué tiene Bonafoux para dominarme así? Pues tiene corazón, tiene cerebro... y tiene un poco de franqueza. Sabe escribir de todo, porque sabe sentirlo todo y acaso no cree en nada. Es imposible encontrar en ninguna otra pluma tan copiosa variedad de colores, de matices, de tonos, de cambiantes. En un mismo artículo Bonafoux hiere todas las notas, despierta todos los sentimientos, exalta todas las pasiones. Maneja el contraste á las mil maravillas. Junto al chiste picante coloca la frase elegiaca, junto á la blasfemia descarada la idea piadosa, junto á la cláusula breve é incisiva el período elegante y lujoso. Aquí se abre un clavel purpúreo, allá vuela una mariposa de oro, acullá enseña su lengua mortífera una culebra de sonantes cascabeles. Ora brilla una lágrima de plata entre dos vocablos suaves como pétalos de pensamientos, ora se percibe tenue perfume de violetas entre un giro delicado, ora repugna el olor á sentina que surge brutalmente de una interjección rotunda. Y de párrafo á párrafo cae niebla de amargura desgarradora, lluvia menuda de vitriolo, ironía que se infiltra sutilmente en el alma, helándola y entristeciéndola con el dejo del más sangriento humorismo.

Abundan gentes que se figuran á Bonafoux un sér malo, cruel, perverso, como aquel *coco* que me alarmaba á mí en la niñez, como aquel periodista del terrible chafarote, como aquel bicho repugnante que se perecía por revolcarse en lo inmundo de la existencia.

¡Solemne error! Bonafoux ama, Bonafoux es padre de una familia modelo, Bonafoux adora á sus hijos y se mata luchando por que vivan sanos y felices.

Después de escribir esos articulazos sensacionales, esos libelos despampanantes, esas proclamas de rebeldía tremenda, vase derecho á casita y se ríe con toda la boca, al tirarles de las orejas á sus chiquitines, ó á mecerlos para que duerman quietecitos.

Tal vez Bonafoux, el más genial de los periodistas españoles, no me estreche nunca la mano, á mí, que soy el más asiduo de sus lectores.

Yo me alegro.

No dejaríamos de odiarnos profundamente si llegásemos á hablarnos.

La vida es como un artículo de Bonafoux.

¡Está llena de grandes ideas y de acres chistes!..

La dulce mentira

Los niños reuniéronse, como siempre en torno del abuelo. Todas las tardes el buen viejo les contaba un cuento entretenido.

Aquel día Magnolia, la más espigadita de las nietas, que ya empezaba á echarlas de mujer, dijo al anciano:

—Por Dios, no nos cuentes más mentiras. Cuéntanos algo que haya sucedido, algo histórico, algo cierto.

—Ah! ¿Te gusta la verdad?—contestóle el aludido, socarronamente.—Pues escucha...

Y habló así:

—Era yo teniente de húsares cuando estalló la guerra civil. En el regimiento había otro teniente que se llamaba León Campos, con quien hice pronto migas y á quien cobré fraternal cariño. Nos queríamos, al parecer, como dos hermanos. El se echó una novia. Yo me eché otra novia. Pero él no se conformó con la suya y también enamoró á la mía. Mi amada, más fiel que mi amigo, rechazóle dignamente. Campos se mordió los labios y calló el desaire, para guardarnos á ella y á mí, desde aquella negativa, un odio tan profundo como reservado. Ignorante de su traición, seguí brindándole la misma amistad y el mismo afecto. Una mañana íbamos juntos en la

extrema vanguardia de la columna, cuando sonó tremenda descarga por el flanco derecho, precisamente al lado de León.

—¿Te han herido?—le grité con angustia.

Por respuesta, mi camarada, lanzándoseme encima, cruzóme el rostro de un sablazo y emprendió la fuga hacia el campo enemigo.

Yo caí tinto en sangre, con el rostro espantosamente desfigurado...

—¡Por Dios, abuelo, qué cuento tan feo!—interrumpió Magnolia.

—¿No querías la verdad?

—No, ya no la quiero; cuéntanos más... mentiras...

Eduardo Alonso

La zona tórrida no es terreno abonado para dar hombres modestos. Hay muchas causas que concurren á que se hinchen las almas como se hinchan los árboles de nuestra flora. Estas causas ambientes consisten en la brillantez del sol, en la claridad del cielo, en el calor de la atmósfera, y en la exuberancia de la vegetación. Donde la misma naturaleza se excede en todo, no puede exigirse mesura á la planta humana de que habla Taine con genial elocuencia. *Don Quijote* y *Tartarín* florecieron en el mediodía de España y Francia. Por muy caliente que sean la Mancha y la Provenza, no lo son tanto como el trópico. Piense ahora el lector cuánta mayor celebridad hubiera alcanzado la exaltación del héroe manchego y el héroe provenzal, si se les ocurriese haber nacido en Santo Domingo, país cuya gente pelea sola, por enardecimiento espontáneo y cuyos poetas cantan al zapote en estilo de un Baudelaire que no conocen ni por el forro.

Como toda regla tiene su excepción, en Cuba hay un hombre que á pesar de su mucho valer gusta vivir ignorado y desprecia los versátiles placeres del elogio.

Llámase Eduardo Alonso, es periodista, y goza de gran prestigio entre sus compañeros.

Fuerte como un bloque de acero, despreocupado en la indumentaria, risueño con cierta candidez, sencillo, amable, amistoso, parece de pronto una buena persona, no más que una buena persona. Luego que se le trata, abre y registra, resulta una cajita de sorpresas y hasta desconcierta bastante. Se comprende entonces que hay en él un talento vigoroso, una cultura sólida, un carácter enérgico, un valor indomable, un profundo conocimiento de la vida y una bondad infinita.

Eduardo Alonso es un escritor de pies á cabeza, que con tanta maestría mueve la pluma en prosa como en verso.

Ante todo, domina por completo el idioma que maneja y lo domina sin amaneramiento ni artificio. Sabe el castellano, más que por reglas, por asimilación de modelos. No dudo que haya leído á los mejores tratadistas; pero su franca rebeldía no se me figura muy á propósito para ceñirse á los cánones de Hermosillas y Capmanys. En la gramática y la retórica, base indiscutible del arte literario, existe una inmensa parte de ridiculez y pedantería. Aún recuerdo la burlona risa que me entró cuando leí por vez primera los vocablos *anáfora*, *polipote*, *climax*, *sinécdoque*, *paranomasia*, *asindeton*, *paradóstole*, etcétera. ¿Encerrarían esas palabras tan profundas y misteriosas, el secreto del génesis? No: indicaban solamente un modo de emitir el pensamiento, una manera de construir la cláusula ó el sentido traslaticio de una voz; eran simples figuras, vulgares elegancias, manoseados tropos. La poética se ajusta mejor á su fin, pues marca las leyes indispensables del verso y las combinaciones métricas sin excederse en vanas puerilidades.

Alonso ha preferido, á retener un fárrago de cánones casi absurdos, beberse la producción de los clásicos de nuestra literatura, espigando acertadamente en sus extensos dominios. Hoy los conoce tan á la perfección, que puede, como el inolvidable Amador de los Ríos, escribir en el castellano de cualquier siglo anterior. Ello implica un enorme esfuerzo de la voluntad. Quieras que no, cuesta trabajo enfrascarse en la lectura de aquellos grandes señores de la forma, cuyas concepciones fueron producto de una época muy distinta á la nuestra y en cuyo sentir y pensar no encontramos casi nada de cuanto hoy sentimos y pensamos. ¿Cómo han de agradar á un discípulo de Voltaire, descreído y excéptico, los autos sacramentales

de los mejores poetas españoles? Muerta la fe religiosa y agonizante el sentimiento de la caballería, que cimentaron fuertemente el arte en los siglos de oro de nuestras letras, implica un sacrificio volver al pasado y extraer la quintaesencia á un fruto insípido ya para nosotros. De ahí que muchos escritores noveles, faltos de energía para afrontar esa terrible labor de rebuscar flores entre espinas, fingen desdén ridículo hacia los patriarcas del divino arte español, más hermoso mientras más difícil. En todo despreciador hay un cobarde que odia á la vida porque teme á sus luchas.

Para estudiar á nuestros clásicos se hace indispensable una sana desapasión. Si todo lo nuevo no es bueno, todo lo viejo tampoco lo es. Lo mismo se pecaba contra el sentido común y el buen gusto en tiempos de Mari-Castaña que en estos otros tiempos de la bella Otero, con la única diferencia de que actualmente se peca muchísimo más.

Alonso ha tenido la gracia de desechar lo malo y escoger lo mejor entre lo bueno. De Góngora no le satisfacen las *Soledades* ni el *Polifemo*, sino las letrillas y los romances modernos; de Gracián desprecia las *Estaciones* y se deleita con el *Criticón*; de Valbuena odia *El Bernardo* y admira las églogas. Le encantan sobre todo el romancero general y la poesía dramática, géneros que entrañan en sí el genio de la raza y de la lengua en su esplendor soberbio.

Pero este estudio de los clásicos españoles no han privado á Alonso de adquirir otros conocimientos de carácter enciclopédico, tan útiles al periodista moderno, que necesita escribir de todo y á cualquiera hora, sin libros de consulta ni consejos de nadie. Tampoco le ha impedido leer y admirar las obras maestras de los literatos extranjeros.

Quien une á sus condiciones naturales una cultura tan rica, tiene por fuerza que ser escritor de nota. Y Alonso lo es. Su estilo correcto, desenfadado, robusto y elegante, surge con facilidad extraordinaria, amenizando cuantos asuntos desenvuelve, cuantos puntos trata. Pero la nota característica de este escritor se la da el humorismo en sus manifestaciones más exaltadas. Alonso es amargo como el rejalgar, corrosivo como el vitriolo y mordicante como un perro de presa. Hay pocos que le superen en agresividad. Cuando escribe, hiere por-

que sí. Su pluma sabe matizar un escrito con todos los tintes de la sátira, recorriendo desde la ironía alambicada hasta el insulto libelístico, la escala entera de lo mortificante. Punza, raja, hiende, destroza con implacable sarcasmo, riéndose él mismo y haciendo reir á los demás para que la befa resulte más cruel y despiadada. En sus cuentos, en sus crónicas, en sus romances burlescos, hasta en los sueltos menos insignificantes, deposita siempre uua gota de hiel ó de sangre, que resalta por la fuerza del contraste, porque, á estilo de Bonafoux, asocia ideas antitéticas de suavidad y acritud, que dan tanto relieve á la frase.

Aunque se dedica á la prosa, y en ocasiones á la prosa más prosaica, Alonso versifica admirablemente, como versificaban Tirso y Moreto, sobre todo cuando maneja el octosílabo en sus romances grotescos. Es un poeta que ha tomado la poesía en broma, y hasta se goza en arrastrarla por los suelos, adaptándola á usos vulgares. ¡Cuántos se creerían un Byron ó un Heine, si reunieran esas excelentes cualidades de versificador que él echa á barato!

El hombre que escribe con tanta mordacidad, debía de ser en la vida práctica un odiador, un irascible. Pues con Alonso sucede lo contrario. Es una persona excelente, bondadosa, cumplida. Toda la bilis la deja en las cuartillas. Si de algo peca, peca de modesto, de franco, de noble. Eso sí, no le molesten ni irriten. Llegado el caso, traducirá en hecho sus energías, sostendrá con brutal firmeza sus convicciones y sus escritos.

Cuando yo veo á un hombre así, que vale mucho sin presumir de nada, no sé qué será preferible, si la modestia que hace vivir ignorado, pero tranquilo, ó la ambición que trae consigo el renombre y la inquietud.

Digamos como Emerson: todo tiene sus compensaciones.

Joyas perdidas

El bello arte de la pintura está de duelo en Cuba. Leopoldo Romañach, nuestro gran artista, ha perdido la nata y flor de sus cuadros. A un accidente marítimo debemos el desastre. Los siete lienzos que el pintor ilustre presentó en la exposición de San Luis y que fueron premiados con otras tantas medallas de oro, han perecido, deshechos por la pérfida onda, en el buque americano que los devolvía á nuestra república.

Yo supe la desgarradora noticia por boca del mismo Romañach, en su propio estudio, donde solemos vernos y departir largamente, como dos buenos camaradas.

Al saberla, se me encogió el corazón de rabia y de tristeza; pero tuve ocasión de admirar en todo su esplendor la heroica energía de Romañach, cuya alma, tan noble como fuerte, no se dobla bajo el peso de ningún infortunio ni se abate bajo la angustia de ningún dolor.

Aún suenan en mi oído, cual notas vibrantes de un clarín, las palabras tristes y valientes de mi amigo:

—Acaban de noticiarme,—díjome el artista,—la absoluta pérdida de mis siete cuadros premiados en San Luis, de los siete lienzos en que había puesto toda mi fe y todo mi ideal. Los

quería entrañablemente. Cada cual guardaba para mí una historia, me señalaba un éxito y me alentaba con una esperanza. Eran, también, mi capital y la prueba inconcusa de mi reputación. Pero ¡qué importa! Todavía soy joven y todavía estoy bastante fuerte, aunque me molesta una enfermedad casi crónica. Pintaré, pintaré mucho, inaugurando un género para mí nuevo, con más ardor que nunca, sañudo en el trabajo, febril y tenaz. Este rudo golpe me ha entusiasmado insólitamente.

Y mientras así hablaba el artista, ni un músculo se contraía en su rostro, ni una lágrima velaba sus ojos, ni un temblor estremecía su voz. Era el mismo hombre de siempre, sencillo, modesto y abnegado, para quien la vida toda se encierra en un color, en un claro de sol, en un rayo de luna, en una sombra ó en un gesto. ¿Qué le importaba á él la destrucción de siete cuadros suyos, si el otro cuadro enorme de Natura triunfante le brinda aún, con generosa prodigalidad, asuntos, perspectivas, tonos, bellezas plásticas á granel? ¿Por qué afligirse ante el desastre, si aún sus refinados sentidos de creador, intactos hasta hoy, le pueden trasmitir en dulces sensaciones, las cambiantes y las armonías sublimes de lo infinito? La tierra está salpicada de primores como un manto parduzco abrillantado á trechos por lentejuelas de oro. En lo más sencillo, en lo más vulgar, hay eternas fuentes de inspiración para todo el que sabe sentir. Una poma rosada colgando de una rama verde, ofrece dos colores y un contraste, y sugiere una idea fresca, un pensamiento espontáneo, que puede inmortalizarse, en soberbia página de arte, con cuatro rimas sonoras, con cuatro pinceladas brillantes, con el acorde de una lira, con el trazo de un pincel.

Esperemos jubilosamente la nueva obra que acometerá pronto Romañach. Ahora va á dar un paseo con el objeto de pintar marinas que huelan á yodo y sepan á marisco. De regreso, se dedicará á la continuación del cuadro *Labor é Inercia*, que ya tiene empezado. Y luego surgirán de su paleta inagotable óleos y acuarelas donde la inspiración arda como sacro fuego que alumbre paisajes reídos y caras melancólicas...

Entre los lienzos destruídos se encuentran *La Convaleciente*, *La Abandonada* y la cabeza de estudio que hizo Romañach al

joven dibujante Hevia, tres cuadros magníficos que la Habana entera aplaudió un día, llena de orgullo y de entusiasmo.

. . . .

El estudio del artista da á la avenida del Golfo y las olas saltan y ruedan cerca de allí. Nosotros charlábamos en un balcón, frente á la inmensidad azul, transparente arriba, brillante abajo, deslumbradora en el horizonte. El sol nos encandilaba la vista con «esa mancha negra orlada en fuego», que inspiró á Becquer una estrofa inmortal. El mar me causaba antipatía en aquel momento, recordando que él había destruído sin compasión los lienzos de Romañach. Se lo comuniqué al artista, y el artista me contestó, mirando las aguas que centelleaban con fulgores misteriosos de metal líquido: «Sí; el mar me ha jugado una mala partida; pero se lo perdono, es un asesino muy hermoso...»

Don Quijote y la prensa

Cervantes, *Don Quijote* y hasta *Sancho Panza*, están de moda. Ha seis meses, nadie tenía siquiera un recuerdo para el *Manco de Lepanto*, y su obra famosa se empolillaba en los estantes como un mueble viejo y casi inútil. A mí me gustaba entonces leer de cuando en cuando al autor de *Galatea* y le recordaba con afecto en artículos y parlerías. Hoy, las cosas han cambiado bruscamente, y, quién más, quién menos, charla y escribe de don Miguel y de su libro cual del último crimen, de la última corbata ó del último duelo. Todos se sienten cervantistas é hispanófilos en literatura. Rebúscase en los diccionarios para encontrar arcaísmos y enjaretarlos luego en la conversación, colocando luego un *magüer* entre dos *feridos*, como una lechuga entre dos coles. Clámase por la pureza del lenguaje, y privan lo castizo y lo clásico junto con los brillantes de Montana... A mí, por eso de la novelería, ha llegado á cargarme el *Quijote*, y, de algún tiempo á esta fecha, no leo sino en francés neto, para enriquecer mi léxico de galicismos con nuevas voces y mi sintaxis transpirenaica con nuevos giros. Otros no podrían hablar con esta franqueza mía. Yo sí puedo, porque mientras esos otros, que ahora dan la nota cervantesca, se intoxicaban con novelones mal traduci-

dos por la casa Maucci, este resignado emborronador de cuartillas devoraba, durante meses enteros, la colección *Rivadeneira* en la muy útil biblioteca del honorable «Colegio de Abogados de la Habana».

¡Cuántos goces juveniles sacrifiqué en aras del clasicismo, viviendo á espaldas del sol, entre viejos libracos de autores fatigantes! Sólo algún madrigal de Gutierre de Cetina, alguna descripción pomposa de Solís, alguna tirada de versos de Calderón y algún chiste picaresco de Tirso, alegran algo en mi mente el recuerdo melancólico de aquellas lecturas indigestas...

La prensa de información, tan flamante y tan simpática, tan joven y tan hermosa, me parece, pues, un tema digno de tratarse, para entretenimiento del público, que, aunque no lo diga por pena, se aburre en la actualidad, empachado de cervantismo.

La prensa, como todo lo humano, tiende á independizarse, en ese movimiento expansivo de la civilización que persigue un ideal libertario, venciendo lentamente por fuertes sacudidas ó ligeros desgarrones del espíritu y la carne, de los seres y las cosas, de las instituciones y las costumbres.

El periódico doctrinario está llamado á desaparecer como ha desaparecido la epopeya y van desapareciendo otras muchas antiguallas. ¡Adiós editoriales kilométricos, adiós gacetillas melosas, adiós folletines pesados! ¡Vuestro tiempo pasó, idos ya, que estorbáis!

Tras la prensa doctrinaria, que es como la artillería lenta de grueso calibre, llega la prensa de información, que es como la artillería ligera de tiro rápido.

El diario moderno no quiere convencer á sus lectores, sino desea únicamente informarlos, tenerlos al corriente de la vida mundial, para que ellos juzguen por cuenta propia. Se impone una misión más modesta, más liberal. Noticias, noticias á montones, de fuera y de dentro, extranjeras, nacionales, locales; y, para facilitar su comprensión, grabados que las ilustren, notas explicativas que las aclaren, títulos que las compendien, comentarios que las sazonen. El editorial, si algún suceso muy grave lo amerita, es breve, imparcial, vibrante, con el simple objeto de dar mayor relieve al hecho emocionante del día. Trátase de encerrar cotidianamente, en una docena de

páginas grandes, la vida universal durante varias horas, con sus dramas, sus comedias y sus sainetes, ora sociales, ora mercantiles, ora políticos. Uno ó varios escritores independientes, según la importancia de la publicación, hacen, cada semana ó cada mes, también en una ó varias secciones, el resumen de los sucesos recientemente acaecidos, juzgando con criterio libre, sin pasiones y sin odios. Estos comentarios, las correspondencias y las crónicas, constituyen la salsa literaria de la prensa de información, menos iletrada y menos chapucera de lo que algunos creen.

¿Qué prensa es más provechosa, la de doctrina ó la de información? A mí se me alcanza que el periódico doctrinario, como órgano de un partido, de una secta ó de una banda, lleva hasta el público sus prejuicios, sus antipatías y sus maldades, teniendo en el fondo una borra de resentimientos que viene á la superficie como nata de venganza. Los diarios más desbocados, más insolentes y más feroces son los que combaten por una pasión religiosa, política ó social. Las publicaciones de los Rocheford y los Casagnac han dejado prueba elocuentísima de ello. El periódico de información, ajeno al banderismo, dirá con más frecuencia la verdad, no tergiversará los hechos, encauzará mejor la opinión y respetará mayormente á sus lectores.

Yo estoy por la prensa de información... y por el *Quijote* cuando pase el snobismo del centenario.

Valle Inclán

Entre los escritores contemporáneos que dan hoy lustre á la nación española, hay un novelista insigne, cuya lectura me ha sumido en hondas reflexiones.

Yo sabía, de hace algún tiempo, que don Ramón del Valle Inclán era hombre de mucho ingenio y donaire, pero casi ignoraba que fuese tan gallardo narrador y tan estupendo estilista.

A estas horas estoy ya convencido de ello. Cinco volúmenes del genial escritor han llevado el convencimiento á mi espíritu. La semana pasada, leí y releí, hoja tras hoja, *Sonata de primavera*, *Sonata de estío*, *Sonata de otoño*, *Sonata de invierno* y *Flor de santidad*, relamiéndome en cada capítulo como quien apura un néctar delicioso.

En las obras de Valle Inclán todo es original, raro y exquisito, desde el título hasta la edición. Abisma y confunde tal derroche de genio. A veces me he quedado discursivo frente á las primorosas audacias del extraño novelador. Y cuenta que no me deslumbran fácilmente los atrevimientos literarios, porque suelen figurárseme cómodo sistema de encubrir la mediocridad ó la estulticia.

El marqués de Bradomín, *feo*, *católico y sentimental*, es un

Tenorio adorable, que, llegado á la vejez, escribe en cuatro novelas la historia de su vida donjuanesca, para matar la nostalgia de tristísima emigración; y surgen así las bellas sonatas, reveladora cada cual de una pasión hermosa.

En la *Sonata de primavera*, Bradomín, oficial de la guardia pontificia, se prenda de María de la Luz, una rosa abrileña que acaba de abrir sus pétalos rizosos bajo el cielo purísimo de Italia. Estos rumores, castos y amables, tienen todo el perfume de la estación olorosa en que el campo semeja una esmeralda y el cielo una turquesa. ¡Lástima que el destino los desflore con su mano cruel y dura!

En la *Sonata de estío*, Bradomín ha ido á Méjico, y allí se enreda con la niña Chole, una criolla divina y ardiente, hija y amante del general Bermúdez, verdadera evocación de los tiempos bíblicos, patriarcales, bárbaros. Estos amores rabiosos arden con el mismo fuego del sol del trópico y se retuercen en una espiral de ígneos placeres. ¡Soberbio verano de dos cuerpos inflamables!

En la *Sonata de otoño*, Bradomín, coronada la edad provecta, sostiene amoríos con la pálida Concha, prima suya que está herida por incurable mal. Estos amores, sin el aroma de la primavera ni el calor del estío, son melancólicos, lánguidos y tiernos. La pobre Concha, como gardenia que deshojara el ábrego, muere en brazos del marqués, satisfecha y gratamente, luego de calmarse el último frenesí y de apagarse el beso postrero.

En la *Sonata de invierno*, Bradomín ha cimado la edad de las nieves en que blanquea el cabello y se enfría el corazón. Estalla la guerra por el absolutismo. Nuestro héroe, predilecto amigo de don Carlos, le sirve de edecán en la campaña. Una bala le destroza un brazo. Ciertas religiosas le amparan y le asisten. El marqués sufre la amputación del miembro herido, probando orgullosamente su altivo valor. Le asiste como enfermera la educanda Maximina. Él se enamora de ella y ella se apasiona locamente de él. ¡Más tarde resultan padre é hija! Pero puede evitarse el horror de una incestuosa cópula. Estos amores lúgubres, desastrosos y fatales, son la calaverada con que Bradomín cierra el relato de sus aventuras.

¿Qué ha hecho Valle Inclán para ductilizar su idioma como

un guante de seda? El castellano que él maneja tiene líneas, colores, armonías, plasticidad y elegancia. Su pluma de oro canta, pinta y esculpe. Lo mismo las figuras humanas que los paisajes lucen en las citadas novelas con relieve admirable. Allí se describe la vida real con soberbio colorido. Los corazones palpitan, las bocas ríen y los ojos lloran. Siéntense los estremecimientos de la tierra, óyese el trino de los pájaros y vese el parpadeo de las estrellas. Hay luz intensa cuando el sol alumbra en las mañanas veraniegas, medios tonos en los crepúsculos estivales y sombras densas en las noches desoladas de invierno. Nadie ha sido tan afortunado al usar del eufonismo como este maravilloso novelista que dice los horrores más grandes en la forma más delicada. La blasfemia, escrita de su puño y letra, parece una bendición. Místico y picaresco, melancólico y bromista, sensible y desvergonzado, santurrón y sensual, no se llega nunca á comprender la paradoja que sonríe siempre, cual burlona esfinge, en las narraciones de Bradomín.

Ninguno de sus contemporáneos españoles iguala á Valle Inclán en el manejo de la *prosa estética*. El mérito de su estilo consiste, antes que todo, en la sencillez, en la claridad y en la soltura. A pesar de la sutileza, de la brillantez y de la verbosidad que le adornan, no conoce lo rebuscado ni lo ampuloso. Cierto que no escatima tropos, figuras y elegancias del lenguaje, que prodiga donosamente imágenes y metáforas, que gusta de los primores retóricos. Pero el adjetivo es lo que anima sus párrafos, lo que completa sus frases y lo que presta color á sus pensamientos.

España, con Valle Inclán, ha producido un Flaubert, pero un Flaubert extraordinariamente desenfadado, á quien no desespera la rebeldía del léxico y la gramática.

Dicenta y Carrillo

Acabo de leer dos libros igualmente hermosos, interesantes y amenos: *Traperías*, de Joaquín Dicenta, y *El Modernismo*, de Enrique Gómez Carrillo.

Entre ambas obras media un abismo que salva el talento con puente de plata.

Dicenta es el escritor español de pura sangre. Vigoroso, rotundo y brillante, se hincha á veces, se agiganta otras, jaquetea siempre. Tiene toda la triste grandeza de su heroica raza, tan molida y asendereada por los golpes del infortunio. En sus períodos hay cierta solemnidad augusta y cierta belleza grave que atraen desconsoladoramente. Sólo al describir se alegra su prosa con todos los colores y toda la luz de las tierras cálidas. La pasión desbordada del sectario, la amargura biliosa del inconforme y la atrayente misantropía del rebelde, están en él dulcificadas por el artista que tiembla de emoción ante un copo de nieve ó sonríe en silencio ante un rayo de sol. El autor insigne de *Juan José* vive obsesionado por un afán de protesta, por un odio irreconciliable á los poderosos sin conciencia, por un ansia infinita de cataclismos y transformaciones sociales. Dicenta, cual hombre de alma bravía y duro temple, siente la vida con fuerza brutal. Yo me lo figuro emotivo,

sentimental, violento y desordenado. Las sensaciones del exterior deben de llegar á su psiquis con intensidad casi morbosa, revueltas, confundidas, como en los claroscuros de la embriaguez, que se ven pasar mariposas negras tras blancos cisnes, exhalaciones luminosas tras ráfagas de tinieblas, las furias del dolor tras las hadas de la alegría, todo un maremágnum de seres, cosas y visiones aplastantes.

Los cuentos y artículos que forman el volumen de *Traperías* gustan de fijo por su espíritu robusto, firme y enérgico. Saben á vino nuevo, huelen á bosques de cedro, suenan con sonoridad de trompa épica, desazonan gratamente como la melancolía del crepúsculo en que brilla Véspero. Dicenta, revolucionario del pensamiento, lo es también del idioma. No respeta léxico sagrado. Inventa palabras á su capricho. El neologismo le parece la cosa más natural del lenguaje. Pero en medio de ese desenfado resulta un prosista castizo, netamente español, jugoso y sano.

Enrique Gómez Carrillo, el reverso de Joaquín Dicenta, es un escritor afrancesado, que escribe en castellano muy á pesar suyo, pero que piensa y siente en gabacho. Su estilo ligero, sencillo y elegante, no se parece á ningún otro estilo. La suavidad de sus palabras, la blandura de sus giros, el rítmico abandono de sus cláusulas y el encadenamiento de sus párrafos no sé qué extraño efecto producen en mi ánimo desapacible. La fina gracia de los galos, asimilada á favor del ambiente y de las lecturas, ha fijado la personalidad literaria de este genial revistero, marcándola con un sello propio de buen gusto y delicadeza exquisitas. Le agrada la existencia por lo que en ella hay de superfluo, de amable, de encantador. Un pedazo de gasa, la varilla de un abanico, el pétalo de una rosa deshojada, el centellear de un diamante, el perfume de una cocota, un verso raro, una nota argentina, una pincelada de acuarela, todo eso le complace y le subyuga. Cuando pinta, usa medios tintes, marca al desgaire las líneas, aboceta con desdeñosa soltura. Pagado del refinamiento, alardea su roce continuo con gentes adorables, que recitan de memoria á Hugo ó gastan quintaesencia de Houbigant, que llevan dignamente las cabezas sobre los hombros ó marcan deliciosamente el muslo al pasear por los bulevares. Es un francés espiritual.

Hace varios siglos, el maestro Boileau le hubiera presentado en Versailles al rey Luis, vestido de seda pálida y llamándole su hijo en arte y en poesía.

El modernismo, serie de artículos pergeñados por la pluma encantadora de Gómez Carrillo, es un ramo de flores bellísimas, de flores nacidas en invernaderos, de flores exóticas, fantásticas, sugestivas, que lucen empolvoreadas de oro, que esparcen el aroma de jardines remotos, que aparecen como si se hubiesen abierto á la luz de las estrellas.

La tristeza cubana

CUBA no es un país alegre como se cree: Cuba es un país aburrido y triste.

La brillantez de su sol, la diafanidad de su ambiente, la pureza de su cielo, la amplitud de sus costas, el verdor de sus campiñas y el carácter risueño de sus hijos no bastan á darle el contento de vivir regocijadamente.

El cubano baila, canta y *chotea*, pero no está nunca de buen humor, puesto que le aguija el tedio, se aburre y bosteza.

Ello se debe á que le faltan diversiones.

Nuestra sociedad vive retraída.

Sus dos placeres favoritos son el baile y el teatro.

Mas el baile, lejos de estimularla, irrita su sensualidad, le produce fatiga y le causa trastornos orgánicos por el exceso de la temperatura.

El teatro le ofrece pocos atractivos. Sólo de tarde en tarde aparece en nuestros coliseos algo digno de nota. Durante el verano, y el verano se lleva casi todo el año, no hay cosa que merezca la pena de ser vista.

El *sport* no se ha impuesto aún. Más que practicarlo, nos gusta verlo. Vamos á los juegos de pelota yanqui ó española como simples mirones, arrastrados por el vicio de apostar á

falta de gallos que reñir. ¿Quién coge una cesta ó un bate en sus manos pecadoras? Pues una centena de individuos.

Vacíos están los gimnasios y vacías las salas de armas.

Cazan unos cuantos ricos.

El mar, que nos rodea completamente, ofrecería ancho campo á los ejercicios de pescar, remar y nadar, si tantos monstruos no lo infestaran desde la punta de Maisí hasta el cabo de San Antonio.

La equitación cuesta cara.

Las carreras á pie nos disgustan.

Tampoco nos atraen las giras campestres, los almuerzos domingueros al aire libre, las romerías íntimas en el seno fecundo de la naturaleza.

El domingo lo pasamos en casa, achicharrándonos imbécilmente; ó lo dedicamos al visiteo de compromiso.

Faltan lugares de expansión, parques donde haya espectáculos económicos, sitios de popular entretenimiento.

En los Estados Unidos se saca de donde quiera una diversión barata.

Algunos se quejan de que en la capital duerma todo el mundo después de las once de la noche, y protestan de que sólo existan cuatro ó cinco cafés abiertos perennemente.

Esto no se me figura tan vituperable.

Así tiene la crápula mayor dificultad de extenderse.

La ciudad que se recoge temprano es una ciudad laboriosa.

Las poblaciones noctámbulas cuentan con numerosos vagos, con muchos viciosos, con gente maleante.

El día se hizo para trabajar y la noche para dormir.

Si el pueblo no busca su solaz por cuenta propia, menos se lo facilita el Estado.

¿Dónde están nuestras fiestas nacionales?

Llega el 24 de Febrero... ¡y nada!

Llega el 20 de Mayo... ¡y se queman seis piezas de artificio que arden pésimamente!

Llega el 10 de Octubre y... sucede lo que el 24 de Febrero.

Todo nuestro esparcimiento consiste en pasearnos por el Prado dos veces al mes, ó ir semanalmente á las retretas del Malecón.

Los mozalbetes, cuando les cae dinero, se juntan con algu-

nas hembras desvergonzadas, organizan una rumba indecente, pescan la borrachera imposible, y luego dicen á gritos:—*¡Cómo nos hemos divertido!*

Debemos á todo trance sacudir nuestra indolencia, romper con nuestras costumbres de apatía y lanzarnos por la senda de los deportes sanos en busca de salud, de fuerza, de regeneración física.

Ya que somos débiles por el estigma del atavismo y pertenecemos á una raza degenerada, pongamos en juego todos los medios de robustecer nuestros cuerpos y templar nuestras almas para sentir la alegría de la vida.

Puras costumbres...

La Habana tiene todavía resabios de pueblucho primitivo. Como las aves buscan el sueño al oscurecer, las casas de esta ciudad se cierran á las once en punto. Después de esta hora, todo está tranquilo, mustio, aletargado, en la gran población americana. Una como tristeza de cementerio se cierne alrededor de los pocos noctámbulos que pasean su tedio hasta el amanecer, entrándose en cafés donde las broncas se suceden con facilidad, sentándose en los parques silenciosos, asustándose ante las puertas que se abren misteriosamente para dar paso al amante de la señora ó de la dueña...

Entre nosotros no posee nadie el valor de sus vicios y casi todos son viciosos.

Taine habla de que en Venecia hombres y mujeres se hacen el amor con descaro, diciéndose de balcón á balcón la mar de pillerías.

En la Habana sucede otro tanto, pero sin arrogancia ni gracejo. El balcón parece demasiado pintoresco para cambiarse chicoleos, y los chicoleos demasiado tontos para insinuarse en el camino del recíproco afecto. Luego, ¿qué dirían los tejados si se les relegase al olvido...? La poesía de los búcaros de flores, la hechicería del tragaluz que deja ver siempre un pedazo de cielo estrellado, la coquetería romántica de las bohar-

dillas, la alegría riente de los nidos de amor bohemio, cuanto constituye el encanto del amor libre en las capitales europeas, no existe en la Habana. Aquí se goza á costilla de la crápula descarnada, insolente, brutal. El fango de los lupanares ó las infamias del adulterio, el encanallamiento de sí mismo ó la deshonra ajena: tales son los placeres que se codician y los lauros mundanales que se persiguen.

Hay que acostarse temprano, que no ir á los teatros, que escapar á las diez de los paseos, que meterse en el horno del hogar donde se cuece la familia á una temperatura de freir churros.

¿Para qué tal recogimiento?

Pues para que no nos descubramos mutuamente nuestras maturrangas; para que el vecino no nos sorprenda al salir más tarde de casa, como criminales escapados de la cárcel, ó al volver de madrugada, con las huellas del desorden en el rostro y los vestidos; para que si alguien quiere entrar, entre, mientras dure nuestra ausencia...

Como todos los pueblos cazurros, la Habana tiene instintos feroces, que se revelan á la primera oportunidad.

Ha poco tiempo se dió en ella un espectáculo salvaje, imbécil y canallesco. Para que oliese á rayo uno de nuestro mejores parques engordaban, crecían y apestaban en él seis ú ocho cocodrilos.

Infinidad de mentecatos se pasaban las horas contemplando á los monstruos y tirándoles bolitas... de no sé qué cosa.

Pero un día no se conformaron con las bolitas y echaron un gato para solaz de las fieras.

El cuadro fué digno de los tiempos neronianos.

Las inmundas bestias se precipitaron sobre el inteligente animal, que quiso ganar la salida, saltando ágilmente como buen felino. Sin embargo, sus esfuerzos resultaban inútiles, por la considerable profundidad de la fuente, y caía de nuevo sobre el piso barroco de ésta, donde resbalaba lastimosamente, hasta emprender segunda vez la fuga, perseguido siempre de los cocodrilos, que le seguían con encarnizamiento, abiertas sus terribles bocazas. La multitud, mientras tanto, reía á la loquesca de su obra ruín y baja, tan baja y tan ruín como su alma de rufián colectivo.

El espectáculo, además de sensacional y divertido era fácil y barato. Por eso se repitió varias veces, como si la policía, estuviera para halagar los feos gustos de la canalla, no para constreñir sus insolentes desplantes. Y hubiera continuado así la hecatombe de gatos, si la Sociedad Protectora de Animales no hubiese puesto coto á tal desvergüenza de la innoble condición humana, procediendo pronta y enérgicamente, cual lo requería el caso. Nada, amigo lector, acuéstate á las once en punto y levántate temprano á inmolar pobrecitos Micifús.

Emerson

En esta época de angustioso pesimismo, Emerson, el gran filósofo yanqui, es á la generación presente «como el rayo de luz que penetra en la habitación del enfermo». Y perdóneme Blasco Ibáñez el que haya usado uno de sus símiles más bellos para vestir con él la desnudez de mis ideas. Menos mal que se le pida prestado. Lo peor sería que se le robara...

Y nadie crea que hablo de Emerson á humo de pajas, por presumir de erudito. Este artículo obedece á una actualidad, puesto que á la librería del señor Artiaga han llegado los *Siete ensayos* del ilustre pensador americano. En la edición á que me refiero aparece como prólogo de los *Siete ensayos*, un estudio de Maeterlinck sobre Emerson. Pero, á mi entender, no hay tal cosa. El estudio de marras aparece también como un trabajo de crítica literaria en *El tesoro de los humildes*, obra del famoso poeta recientemente publicada por la casa del Sempere. Yo opino, por lo tanto, que el juicio de Maeterlinck no ha sido escrito para los *Siete ensayos;* y, sobre todo, opino así porque en el pretendido prólogo no se alude á ellos, ni indirectamente siquiera.

Pero es siempre interesante un juicio de Maeterlinck, el poe-

ta de la tristeza y el silencio, acerca de Emerson, el filósofo de la alegría y el buen humor. Para Maeterlinck la vida es grave y el alma no ha sonreído aún dentro de nuestro sér, mientras que Emerson, en el colmo de la despreocupación, jura que si por casualidad fuera él hijo del señor Diablo, viviría muy gustoso para el señor Diablo. Maeterlinck cree en la estrella que guía á los hombres en su camino, cuando Emerson piensa que el hombre no tiene porvenir, sino que irá siempre á encontrarse consigo mismo en el día de mañana. Y, sin embargo, el poeta pesimista siente una admiración profunda por el filósofo optimista, á quien lee y aplaude con entusiasmo ardentísimo.

Yo me figuro á Maeterlinck un hombre pálido, de encrespados cabellos, con la tez marchita, los ojos muy rasgados y la mirada intensa y melancólica. A Emerson, por el contrario, me le imagino un hombre atlético, de rubicundas mejillas, con los labios entreabiertos por bonachona sonrisa, los ojos muy pequeños y saltones, fuerte hasta la fealdad, y simpático y amable como un cuáquero. Ante Maeterlinck debe sentirse cierta inquietud, cierto recelo, cierto temor, como ante las sombras. Emerson debe inspirar confianza, infundir valor y ganarse pronto la voluntad ajena, como todas las conciencias francas y limpias. El alma de Maeterlinck me sugiere la imagen de una noche de luna. El alma de Emerson se presenta en mi pensamiento cual un día de verano. En cada uno encuentro bellezas distintas, pero atrayentes por igual.

Maeterlinck llama á Emerson «el buen pastor matutino de los prados verdes, con nuevo, natural y plausible optimismo».

Ningún otro epíteto podría calificar más exactamente al autor de los *Siete ensayos*. Emerson es un optimista que ve la vida á través de una lente clara y está muy satisfecho del espectáculo que contempla.

Según él, nadie es absolutamente pequeño ni absolutamente grande. ¿El palio celeste no cubre lo mismo al genio que al imbécil, al poderoso que al humilde, al héroe indubitado que al anónimo combatiente? ¿La célula que hoy da calor á la vulgarísima idea de un cretino no está llamada á palpitar mañana en el cerebro de un descubridor insigne? ¿Después de pensarlo, la vida, sujeta á la ley ineludible del nacimiento y la muerte, no es igual á todos, en relatividad? Ningún sér hu-

mano ha de menospreciar su condición. Pero todos los individuos de nuestra especie se hallan en el deber de admirar ese rayito de sol que calienta su frente, ese aire oxigenado que refresca sus pulmones, ese cielo tachonado de estrellas resplandecientes, ese mar coronado de espuma blanquísima, ese huerto sembrado de radiantes flores. En la vida todo se compensa. No hay que desesperar. Y, en prueba de su aserto, dice con elocuencia de sabio poeta: «Polaridad, ó acción y reacción, esto es lo que encontramos en cada partícula de la naturaleza; en la oscuridad y en la luz; en el frío y el calor; en el flujo y el reflujo de las aguas; en el macho y la hembra; en la espiración de las plantas y de los animales; en la ecuación de cantidad y cualidad de los fluídos del cuerpo animal; en el sístole y el diástole del corazón; en las ondulaciones de los fluídos, del sonido; en la fuerza centrífuga y la centrípeta; en la electricidad, el galvanismo y las afinidades químicas. Si la electricidad positiva está en el extremo de una aguja, la electricidad negativa está en el otro extremo. Si el Sur atrae, el Norte rechaza. Para vaciar aquí es preciso llenar allá. Un dualismo inevitable divide la naturaleza en dos, de suerte que cada cosa es la mitad y pide otra cosa para ser entera: el espíritu, la materia; el hombre, la mujer; el par, lo impar; lo subjetivo, lo objetivo; dentro, fuera; encima, abajo; movimiento, reposo; sí, no.» El individuo ha de procurar solamente el dominio sobre sí propio. Al manoseado «conócete á ti mismo», Emerson añade: «gobiérnate á tu antojo». El mundo es un teatro muy hermoso y pintoresco, en el cual todo hijo de vecino desempeña su papel. Ahora bien, los actores de la «comedia humana», que diría Balzac, han de procurar un pleno conocimiento de las tablas y adaptarse concienzudamente al personaje que representan. Porque interpretaron á las mil maravillas sus tipos de protagonistas, fueron hombres simbólicos Platón, el filósofo; Swedenborg, el místico; Shakespeare, el poeta; Montaigne, el escéptico; Napoleón, el hombre de mundo, y Gœthe, el escritor. Sin embargo, á mí me queda una duda. ¿Napoleón, como hombre de mundo, no resulta un poco grosero? Si así fuese, hay que convenir en que no representó muy bien su papel y en que Emerson le ha juzgado parcialmente, en sus *Hombres simbólicos*...

La atmósfera está caldeada. Nos agitamos en un medio enrarecido por la duda que engendra el análisis y por el escepticismo que produce el agotamiento. Para matar su tedio y resarcir sus fuerzas quebrantadas, el hombre busca el desenfreno de las pasiones y el aplanamiento de los calmantes. En la actualidad, se odia ó se duerme, que no se ama ni se descansa. En cada corazón hay una gota de la hiel de Heine, y en cada cerebro flota un nubarrón de Schopenhauer. Los genios como Ruskin y Sully Prudhomme encuentran fea la línea ferrocarrilera y horrible el buque de vapor. Los ignorantes apetecen algo que ellos mismos no son capaces de comprender. Y todo tiende á la disolución, al derrumbe de la voluntad, al nirvana indio con que sueñan ese Schopenhauer, Hartmann y sus discípulos...

Por eso, al leer á Emerson, el filósofo de lo fuerte, como al leer á Guyau, el esteta de lo joven, se experimenta exquisita sensación de placer; parece que se sale de una caldera de agua hirviendo y se entra en un fresco baño de esencias; se ama, se sueña y se vive.

Los libros de Emerson, como las rosas reciénabiertas, tienen la encantadora poesía de lo nuevo...

El redactor de guardia

Víctor Muñoz, como sabe casi toda la Habana, es un caballero muy fino, muy cortés y muy risueño. Sólo una vez le he visto incomodarse seriamente, y por motivo tan original, que no puedo pasarme sin contarlo, porque á ningún periodista le dolerá leerlo.

Las guardias de redacción constituyen un trabajo penosísimo á que estamos obligadas las gentes de pluma. El redactor de guardia entra, por ejemplo, á las diez de la noche en la redacción, y suele salir á las cinco de la mañana. Durante todo este tiempo no da ni un pestañazo ni goza un instante de reposo ó tranquilidad. Ora borrajea cuartillas, ora revisa la imposición de las planas, ora acude al teléfono, ora lee pruebas, ora recibe las noticias de los *reporters*, ora atiende á las visitas. Trabaja infatigablemente bajo una inquietud continua. Mientras dura la guardia asume todas las responsabilidades, y el descuido más leve, al convertirse en desastre, puede costarle su puesto y su prestigio. Tan pronto funge de héroe como de alcahuete, de confesor como de chismoso. ¿Que al señor X no le quieren publicar tal cosa? Pues el señor X se agarra con el redactor de guardia y hay bronca. ¿Que al señor Z, hombre casado muy respetable, le ocurrió tal percance por irse de juer-

ga adonde no debía? Pues el señor Z le cuenta una por una sus negras cuitas al redactor de guardia y acaba rogándole la no publicación del partecito policiaco. ¿Que ha habido una nota mundana? Pues á decírselo al redactor de guardia. ¿Que á fulano le dió un policía dos *estacazos*, quién sabe por cuáles causas? Pues á darle la queja al redactor de guardia.

¡Y luego hablan mal de los periodistas! Vamos..., pero no sucede cuando estamos en la redacción y necesitan de nosotros. De las doce de la noche en adelante, somos unas personas muy dignas y muy decentes. ¡Nadie lo duda!

Yo gozo en las guardias de redacción, observando los tipos que desfilan por ante mi bufete como una comparsa heterogénea y ridícula que va y viene en el eterno carnaval de la comedia humana...

Mientras la ciudad duerme; mientras el amor se solaza en su nido como un bello pájaro ó corre descalzo por las calles como un mataperros; mientras el reposo que da el sueño restablece las fuerzas del prójimo fatigado... yo velo horas enteras, sin calma y sin impaciencia, como si ésta fuere mi hora normal de vigilia. Cuando me aburro, mando que mi pensamiento baje al fondo del lago, de la urbe dormida, y que escudriñe aquí y allá, deslizándose con sutileza á través de puertas inútilmente cerradas para mi imaginación. De ese bucear surge casi siempre un chiste que se queda inédito y una sonrisa irónica que nadie percibe.

A otros no les gusta la guardia de redacción. Creo que á Víctor Muñoz, en fuerza de estoico y epicúreo, le son indiferentes. Sin embargo, una guardia motivó el único arrebato colérico de toda su rozagante existencia.

Muñoz estaba aquel día de guardia. A las cuatro de la mañana había concluído su trabajo. Llegué á buscarlo y nos fuimos juntos á cenar. Por el camino me iba contando de cierta nota mundana que le habían llevado y que no había publicado por lástima. Yo le oía con atención. De pronto dimos de narices con un borracho. ¡Era el esposo de la señora de la nota mundana! Al enfrentarse con mi compañero dijo á éste tartamudeando:

—¡Hola, calaverón! Conque vienes de juerga. Ya se te conoce en la cara. ¡Qué sinvergüenzas son los periodistas!

Víctor se insu[illegible] rozmente por las [illegible] garle. Yo intervin[illegible] podía pronunciar pa[illegible]

Por fin, e[illegible] nos desaforadamente[illegible]

—Sí, usted[illegible] trabajadora se [illegible] tinos!

Un timo

¡Delarey, el célebre general boer, estaba en la Habana! Ante esta noticia, lanzada á gritos por la prensa, la población entera fijó la vista, aguzó los oídos y siguió con interés profundo todos los pasos del héroe. Nuestro natural expansivo y hospitalario se presta mucho á los vehementes entusiasmos. ¿Cómo no emocionarnos, pues, ante la visita de un campeón de la libertad, nosotros que somos tan liberales y que tanto hemos batido el cobre por nuestra cara independencia?

Así fué que los periódicos se discutieron el honor de tener largas interviús con el ilustre huésped, y publicarlas en el lugar más céntrico de la primera plana, de esa plana distinguida en que se insertan siempre los crímenes morrocotudos, los cablegramas despampanantes y las caricaturas hirientes.

Delarey era señor muy diserto y muy granado, con mucha hombría de bien, generalazo de rompe y rasga, caballero cabal, persona de chapa, una joya, como quien dice. Nadie debía, por lo tanto, preguntarle de dónde venía, cuáles eran sus credenciales y cuáles sus fines. Ello equivaldría á ofenderle con una sinrazón, porque su palabra, ¡la palabra de un boer nada menos!, bastaba á que se le creyera sin recelos. Y Delarey fué agasajado en todas partes, y en el teatro *Albisu* trabó amis-

tad con dignísimos jefes del Ejército Libertador, y en *Jai Alai* le dieron champaña...

Pero, de la noche á la mañana, *El Mundo*, que ha quitado ya la careta á infinidad de golfos disfrazados de caballeros, se apareció en la calle, en los tranvías, en los cafés y en las casas particulares, gritando como un energúmeno, diciendo á voces que este Delarey no era el Delarey auténtico, sino un farsante, un tránsfuga, un echacantos que había tomado el nombre del ilustre caudillo africano para darnos la gran castaña... y quizás quitarnos algunos centenes.

Al principio hubo quien dudara del rotundo mentís... y hasta se murmuró de la ligereza y el desenfado al poner en tela de juicio al terrible Delarey, del vocerío con que se propagaba la alarma. La candidez criolla, esa candidez de gente primitiva que se desvanece ante cualquier ídolo falso, llamóse casi á ofensa, y censuró para sus adentros el que se tratara con tan poco respeto á personaje tan empingorotado.

La decepción, empero, no tardó en ser corroborada. Cierta noche el repórter Fidel Aragón vió al general Delarey sentado en un coche de tercera del Ferrocarril Central. En seguida, el intrépido periodista se le fué al bulto. Pero, ¡oh poder de la transformación!, ya aquel marrano no era Delarey; ni siquiera boer: por arte de encantamiento se había convertido en italiano que no hablaba sino inglés. La risa afable había desaparecido de los labios del guerrero patriota, y una mirada feroz se encendía colérica en los ojos del quídam en fuga, del engañador descubierto, del charrán cogido, aplastado, triturado, muerto entre los rápidos cilindros de la prensa de información. El falso Delarey huía á través de la República, iba á Santiago de Cuba, á cualquier puerto donde pudiera embarcarse tranquilo, sin que le descubrieran los galopines, y le silbaran y apedrearan tan guapamente.

Pero esto no nos servirá de enseñanza. Mañana se aparecerá en Cuba cualquier otro mamarracho vendiéndose por sabio ó por héroe, y le abriremos los brazos, y nos tomará el pelo, y nos tiraremos la millonésima plancha.

Duro es declararlo en letras de molde, pero vivimos condenados á eterno engaño y constante ridículo, más que por nuestra bondad nunca desmentida, por nuestra falta de perspicacia,

de astucia social, de mundología. El extranjero merece que se le trate con respeto, que se le proteja, y aun que se le festeje, si ostenta títulos para ello, pues así lo manda la cultura y lo exige el bienestar de los pueblos decentes y liberales. Sin embargo, antes de estrecharle cordialmente la mano á un forastero, debíamos siempre averiguar su historia, identificar su persona, saber su vida y milagros. ¿No ordena la sanidad que pasen á la cuarentena los inmigrantes recién llegados? Así se evitan los contagios y las epidemias que pueden lacerar nuestro cuerpo y llevarnos á la muerte. Entonces, ¿por qué no mirar con cierta saludable desconfianza á quienes quizás tengan la carne sana, pero el alma corrompida, horriblemente llagada por la lepra de todos los vicios, por el cáncer de todas las degeneraciones, por el morbo de la crápula y la desvergüenza? Del inmigrante pobre, del mozo de cuerda que viene á trabajar en la industria, del labrador que viene á ayudarnos en la agricultura, del trabajador, no hay gran cosa por qué desconfiar. Pongámosle detrás de un mostrador, armémosle de un arado y dejémosle en paz: de ese modo contribuirá al desarrollo de nuestra riqueza agrícola y mercantil. Pero al sabio, al héroe, al señorito, al artista, al bravucón, al tipo trashumante que no trae testimonios de su saber, de su valor, de su caballerosidad ó de su honradez; al desconocido forastero que pretende pasar por una figura de Poe, de Hoffmann ó de Barbey D'Aurevilly, circundándose por sí mismo de fascinante aureola, cubriendo sus desnudeces con el manto magnífico de la gloria, alumbrándose con el fuego de la leyenda, entonándose á sí propio himnos de grandezas improbadas, mirémosle recelosamente con un ojo mientras con el otro echemos avizora mirada al policía, tendámosle una mano mientras con la otra aseguremos nuestras prendas y acariciemos nuestro revólver; concedámosle los privilegios de la urbanidad, brindémosle el superfluo manjar de nuestra cortesía, regalémosle un pedazo de pan ó un vaso de agua, si el hambre le agobia ó la sed le consume; pero nunca jamás le introduzcamos en el hogar donde la esposa canta y los niños sonríen; nunca jamás le ofrezcamos dinero, nunca jamás le abramos el corazón; que el desconocido caballero puede ser un maleante, un pelagallos, un truhán, y puede también irse con nuestra honra, nuestra bolsa ó con nuestro cariño..!

Ocio

La redacción de *El Mundo* ha perdido la mitad de su alegría con la muerte de Valentín Ocio, cuya buena sombra se proyectaba sobre los demás como una caricia bienhechora.

No por esperadas son menos sentidas las verdaderas desgracias.

Aquí sabíamos todos que Valentín no podría resistir mucho más tiempo al embate de la tuberculosis que le arrollaba; y, sin embargo, al saber que había caído para siempre como una espiga rota, algo muy doloroso sentimos en el pecho.

Era Ocio hombre de pequeña estatura, alma grande y genio vivo. Había nacido en el Norte de España, pero pertenecía á Cuba por méritos y servicios inestimables. Aunque su carne fina y noble no era carne de presidio, en presidio sufrió tormentos miles. Por delitos de imprenta, le condenaron centenares de veces, al extremo de que llegó á reunir en cierta ocasión *ciento cuarenta años* de cadena.

Pasó lo menos tres lustros de su vida entre los hierros de los calabozos, y hay que suponer cómo le tratarían allí. Él se gozaba en recordar aquellos días de oscuridad, de dolor y de hastío, pero callaba siempre, con la amable altivez de su ca-

rácter orgulloso, las humillaciones padecidas en los establecimientos penales. Daba gusto oirle hablar de las costumbres carcelarias. Parecía un Dostoyewski, conferenciante.

Ocio, periodista, era una enciclopedia. Lo mismo escribía el fondo que las gacetillas. Tenía poquísima cultura, pero le sobraba *nervio*.

Verdadero cazador de la prensa, en su sección parlamentaria no se le iba un gazapo; y para mí que había quien al discursar en la Cámara, sentíase acobardado, viendo como desde la tribuna dedicada á los periodistas, el ingenioso escritor no perdía ni ripio de la *lata* y movía con rapidez el lápiz con objeto de que nada escapase á su crítica burlona.

Cuanto salía de su pluma iba rociado de sal, pimienta y vinagre. Dominaba á maravillas el difícil arte de herir sin ofender. Los representantes, eternas víctimas de sus agudas bromas, le querían de veras. Y así todo el mundo.

En casa era Ocio una diversión continua. Nunca le ví triste ni rabioso ni huraño. Aun cuando le devoraba la fiebre, hacía chistes, piropeaba á los amigos y reía á mandíbula batiente.

¡En aquel cuerpecillo, debilucho y cansado, había un sobrante de energías que ya lo hubieran querido para sí muchos gigantones de papel de china!

Con el pobre Ocio he quedado en deuda. Yo, que soy el muñidor de todos los periodistas, no asistí á su entierro. No fué por culpa mía: fué porque el reuma me anquilosó pasajeramente la columna vertebral, lo que equivale á una paralización absoluta del individuo.

Ahora, además del cuerpo, me duele el alma, al pensar que la rica fuente de su cháchara se ha agotado para siempre.

En esta época en que todo lo ocupa y absorbe la vanidad, en que el personalismo choca tanto, en que cada cual gusta sólo de hablar de sí mismo, la conversación de Ocio, netamente objetiva, sin un *yo*, benévola, graciosa y entretenida, sonaba á música ligera y acariciadora.

Cuando pensaba en la cruel enfermedad que le roía el sér, y en la orfandad que esperaba á sus hijos, sonreía con amargura indescriptible y el dolor, apretándole el cuello, le hacía callar como un inquisidor infame.

Entonces enfrascábase de nuevo en el trabajo, hundíase en las cuartillas, escribía, escribía sin cesar, y tal vez disimulaba una lágrima que, indiscreta rodaba por sus mejillas prematuramente rugosas.

La historia de su vida puede compendiarse en sencilla forma: luchó, sufrió y lo vencieron.

Alegrías tuvo pocas; trabajo, mucho; penas, infinitas.

¡Y un hombre así se apellidaba *Ocio!*

El bueno de Cristo

Envuelta en lúgubre manto de superstición y tristeza, la Semana Santa presentóse insoportablemente monótona durante sus tres primeros días; pero el jueves y el viernes dejó su gazmoña actitud y se vistió con todo el lujo de la belleza y la elegancia más exquisitas. Como por arte de encantamiento, se llenaron las iglesias y los paseos y las calles de hembras guapísimas, cuyó atalaje magnífico dió mucho que sentir á los hombres rijosos y enamoradizos. Es difícil que en ninguna ciudad del mundo haya mujeres tan bellas y tan airosas y tan distinguidas como en la Habana. Al menor indició de festividad, aparecen los cuerpos venustos y las caras lindas de cien muchachonas que dan el opio y flechean al menos entusiasta amador; porque frente al trapío y el *garabato* de las habaneras, no existe varón indiferente que vuelva la cara, expresando así su indiferencia. Si alguien se comportara de ese modo, merecería sin duda el cruel apodo que Teófilo Gautier colgaba á los señores críticos. En Cuba no abundan los eunucos. Por eso á mí me hacía la mar de gracia ver en los parques y en los cafés á tantos mozos boquiabiertos y emborricados, siguiendo con miradas desnudadoras á las sílfides y las ondinas que al pasar junto á ellos dejaban un rastro delicioso de coquetería perfumada...

Tras la nota estética, es obligatorio reseñar la nota ridícula. ¿Y en qué consistió la nota ridícula? Pues en la representación de *Los Siete Dolores*, drama morrocotudo, dividido en cerca de veinte actos y más de trescientas escenas, que puso en Payret una compañía improvisada. *Aquello fué la debalaque*, si hemos de emplear la célebre frasecita de un alcalde famoso por sus aficiones mulares. Poncio Pilatos parecía un juez correccional que quisiera imponer al Redentor una multa de diez pesos, ó una pena de diez días en el *poético* Atarés; Cristo, atado y conducido por el ladrón malo, semejaba un torete resabioso, ó un borrachín testarudo que no se dejara conducir mansamente á la prevención; el pueblo judío resultaba un pueblo de golfos mal disfrazado; la resurrección dejó de serlo para convertirse en insurrección contra el buen gusto y el sentido común; y todo por el propio estilo ramplón, bufo é irreverente.

Al principio, me reí mucho de tales adefesios; mas luego me impacienté de lo lindo, y tuve que dejar el teatro, porque desde que leí á Renán profeso á Cristo admiración profunda y sincera.

La última nota, la nota criminal, diéronla en Cienfuegos dos jovencitos, que raptaron á dos jovencitas y las cubrieron de humillaciones, sin esperar para ello al Sábado de Gloria. A estos bergantes no los castigará Dios, sino la audiencia de Santa Clara, cuyos fallos no se cumplen en el infierno cantado por Dante, sino en el presidio, que todavía no ha sido cantado por ningún poeta épico.

Tratadas ya las tres notas culminantes de Semana Santa, voy á echar mi parrafito sobre el buen Jesús y su buena obra!

La buena obra de Jesús, más que en su noble sacrificio por la redención humana, consiste en haber proporcionado, después de morir, infinidad de ocasiones para que la *gran irredimible* atenúe su espantoso dolor de condenada corriéndola por todo lo alto. ¿Que hoy hace tantos años del nacimiento de Cristo? Pues á cenar, á beber, á pasear y á olvidar. ¿Que hoy se solemniza la crucifixión de Cristo? Pues á vestirse elegantemente, á pasear otra vez, á refrescar, á enamorar, divertirse.

Y todo ello, siquiera parezca paradójico, se me figura á mí muy digno del Señor.

La vida de Cristo fué vida feliz y su muerte fué muerte gloriosa, que deben conmemorarse siempre con fiestas alegres. El humanísimo filósofo de Jerusalén llevó una existencia envidiable, porque tuvo fe que le alentara, gentes que le siguieran y Magdalenas que le amaran y á quien amar. Hizo mucho bien, y murió en la cruz, contentísimo de haberlo hecho, justamente orgulloso de su proceder, esperando con deleite unirse al Dios de que se creía hijo, en la región dichosa de la paz eterna.

Infelices no son los que viven creyendo y mueren amando, ni los que viven sin creencias y mueren con la burla consoladora de su escepticismo: infelices son los que no dejan de dudar nunca y se llevan al otro mundo su fardo de vacilaciones horribles.

¡La duda! Yo la simbolizaría con una mujer hermosísima, lujuriante y tentadora, que constantemente se nos ofreciera y que nunca se dejara acariciar. La duda engendra la manía del análisis, la gula del saber; y mientras más se analiza y más se sabe, perturba más el ansia de llegar al fondo del abismo y extraer el brillante resplandeciente de la verdad absoluta; pero la verdad huye, huye dejando un rastro equívoco, por el cual sigue uno hasta extraviarse y caer rendido de fatiga, para cobrar después alientos y proseguir de nuevo su loca carrera por el campo interminable de la investigación y la experiencia.

Partamos de un punto fijo, dicen los sabios, y escogen al sér humano como lugar de partida. Empiezan á estudiarle sin descanso. Ya saben de qué materia está compuesto, y aun cómo funciona su organismo. El cerebro es el factor principal de la vida. Busquemos, pues, en el cerebro el secreto de ella. Revuelven en las circunvoluciones y en los lóbulos; encuentran todos los nervios, sensoriales y motores; ven cómo reciben el riego de la sangre y cómo mueven los músculos; averiguando, además dónde se halla, aproximadamente, el centro de la memoria ó del juicio; ¿pero en qué sitio se encuentra el pensamiento? ¿de qué modo se origina? ¿por qué existe? Y el investigador desespera ó se abate al tropezar con la sombra donde creía encontrar la luz. Al poco vuelve á asaltarle la fiebre de la curiosidad. Conságrase entonces al estudio de un producto fatal del organismo, cual el miedo ó el aburrimiento; y logra pintarle en todas sus manifestaciones... pero no llega á saber

cómo convertir en valiente al cobarde ni cómo volver divertido al que se aburre.

Calcule ahora el lector cuáles no serán los sufrimientos del que busca siempre sin encontrar jamás, y vacila, vacila de continuo, entre la negación y la afirmación.

¡Cristo fué feliz, porque aseguró hasta el último momento que era hijo de Dios y redentor del hombre!

El aburrimiento

He leído *El Aburrimiento*, amena obra del doctor Tardieu, que acaba de publicar la casa editora de don Daniel Jorro. Y desde que leí el citado libro ardía en deseos de dedicarle algunos párrafos, pero rusos y japoneses, con indiscreción imperdonable, no me han dejado hasta hoy espacio ni tiempo.

¿Qué es el aburrimiento? Pues una lucha entre el deseo y la impotencia, contesta Tardieu. ¿Quién le padece? Todos. ¿Cuáles sus causas? Las más veces el agotamiento y la monotononía, aunque lo producen también la saciedad, las vocaciones erradas, las uniones sin cariño, la vanidad y otras calamidades. ¿Dónde se deja sentir con mayor fuerza? No tiene lugar favorito: lo mismo oprime el corazón de un potentado que el de un menestral; lo mismo entenebrece la sala de un suntuoso palacio que la humilde alcoba de una casuca; lo mismo sienta sus reales en una rica ciudad que en una pobre aldea; vive con la aristocracia y con la canalla; se hombrea con el genio y echa su cuarto á espadas con el imbécil; está en nosotros como los músculos, como la sangre, como los nervios, y aun suele constituir una función.

Tardieu, no se para en barras y mete hasta el cabo el escal-

pelo del análisis psicológico más sutil en el alma oscurecida de los humanos para describir una por una todas las formas del fastidio. A ocasiones se siente un como escalofrío de pánico, al ver las gigantescas proporciones que ha tomado el terrible mal. Pero este miedo crece de punto cuando leemos en el último párrafo del libro las siguientes desoladoras palabras: «El aburrimiento irá siempre aumentando y se opondrá al triunfo final del bien. Tenga por nombre el descontento ó el deseo ó el capricho, trastornará perpetuamente la tierra y volverá á ponerlo todo en cuestión. Impedirá que nada se termine y que alcance el equilibrio perfecto. Durante mucho tiempo aún, el hombre que diga: «Me aburro» buscará una distracción en las violencias del egoísmo, en las pasiones, el vicio, los impulsos no vigilados. El aburrimiento, que es el aguijón que precipita la carrera de este mundo, jamás se embotará.» ¡Bello porvenir anuncia Tardieu!

Uno de los capítulos más interesantes de todo el libro, es el dedicado al tedio de la solterona. Nadie como ella tiene tan fundados motivos de aburrirse. La solterona, no cumpliendo una de las más hermosas leyes de la Naturaleza, vive á medias la vida, no goza del amor, malgasta sus energías, desaprovecha exquisitas horas de placer, contraría sus apetitos, y se aburre, se aburre infelizmente. «Huye del que no duerme», dice Nietzche por boca de Zaratustra. Pero se le olvida agregar: «Huye también de la que no ama». Ya lo sabe el lector, para que se coloque siempre á respetable distancia de la solterona, porque la solterona, en fuerza de criar perros ó gatos, acaba por adquirir la pésima costumbre de morder ó arañar, y el que se le acerca está expuesto á una dentellada ó á un zarpazo.

Sin embargo, Tardieu, que ha reunido tantísimos datos acerca del aburrimiento, se ha olvidado de señalar una de las para mí principales causas del fastidio.

Hemos dado en la deplorable manía de pintar con negros colores nuestra pequeñez, lo inútil de nuestra existencia y la futura desaparición del planeta que habitamos. Del sol surgimos, gracias á un desprendimiento de la sustancia ígnea; hoy vivimos porque el sol nos calienta y conforta, mañana cesará la vida sobre la tierra, por falta de oxígeno, de carbono, de hidrógeno, y en remota edad volveremos al seno del sol, pues

que cada día la atracción nos empuja más hacia el rubio astro. ¿Qué es nuestra vida comparada con la vida universal? ¿Qué es nuestro globo si se coloca en paralelo con los millares de mundos que pueblan la inmensidad? ¿A qué luchar siendo tan pequeños como somos? ¿A qué pensar en lo venidero, cuando la tierra será mañana un cadáver que el sol sepulte en su vientre enorme? Y ya esta teoría pesimista no vive sólo en las grandes obras científicas, sino que ha pasado á las obras populares, y, sobre todo, á la novela, tan leída y releída por el vulgo. En *La Fe*, de Palacio Valdés, en *La Catedral*, de Blasco Ibáñez, y en *La mujer de todo el mundo*, de Alejandro Sawa, palpitan dichas ideas, como en otros varios libros más ó menos novelescos.

Yo no niego la verdad de tan desoladora afirmación; antes bien, reconozco la pequeñez de la tierra y del hombre y lo inevitable de la futura catástrofe, pero no encuentro en ello motivos de desesperar y morir tan pronto.

La tierra está ahora en plena juventud, y tardará siglos y siglos en enfriarse y desaparecer. El hombre, en relación al universo, es pequeño, ridículamente pequeño; pero la célula, en relación al hombre, es también ridículamente pequeña, y, eso no obstante, constituye nuestro cuerpo. Por lo tanto, debemos laborar en la conservación y el embellecimiento de la tierra; debemos sentirnos orgullosos de formar parte, aunque infinitesimal, de universo tan grandioso; debemos tender al mejoramiente de la especie; debemos tratar de ser mejores; en fin, debemos trabajar heroicamente por hacer lo más noble y agradablemente posible el minuto de vida que nos toca vivir en forma de animal bimano, pensante y consciente. Yo, mientras más incomensurable me figuro el mundo, más orgulloso me siento de ser hombre, y si no vivo feliz, lejos de achacar mi infelicidad al Gran Todo, se la achaco á mi falta de voluntad para dominarme, á mi carácter intranquilo, á la tristeza que yo mismo me he creado por sentir muy hondo, á los golpes que he padecido por no meditar las cosas, á la inconformidad que me devora por ambicioso y fatuo. Pocos tienen, empero, la virtud de conocerse, y por eso odian á la humanidad, en vez de odiarse á sí propios, que es lo honrado y lo decente.

Esa triste convicción que muchos se han formado de su

pequeñez, contribuye sin duda al aburrimiento. ¡La tierra es tan chica, el hombre tan enano, que no hay donde divertirse ni se alcanza á ver nada! ¡A morir, pues, á morir, bostezando feísimamente!

¿Por qué los que así piensan no cogen un telescopio y se ponen á admirar las celestes bellezas? De ese modo se distraerían notablemente y no serían tan inconformes. Por algo ha dicho Flammarión que los astrónomos no pueden ser malos. Tampoco lo puede ser, añado yo, ninguna persona que consagre al trabajo sus energías, que no se dedique exclusivamente á su *yo*, que mire hacia afuera, y que en vez de odiar los defectos propios, admire las virtudes ajenas...

Luisa Michel

LUISA Michel se doblega bajo el peso de sus setenta y un años de lucha, como el árbol secular bajo la nieve de muchos inviernos. La noble propagandista de la libertad, la incansable amiga de los desheredados, la terrible enemiga de los fuertes, se irá pronto de este mundo tan lleno de lacerias, y al reclinar su cabeza plateada sobre la tierra húmeda, dejará un vacío enorme en todos los corazones.

Rochefort dice de ella en *L'Intransigent:*

«Luisa ha sido siempre un extraordinario fenómeno de exteriorización. El cuerpo no existía para ella: el alma lo era todo. Yo creo que habría estado ocho días en ayunas, sin notarlo siquiera.»

Y luego añade:

«Desde el punto de vista político, no hay más que esta frase para juzgarla: era una revolucionaria. La sociedad, con sus ferocidades, sus egoísmos y sus mentiras le parecía atroz, y no pensaba sino en destruirla, preocupándose poco de elegir el momento y los medios. En el sitio de París, como durante la primera Commune, disparó su fusil desde las barricadas, y se quedaba luego esperando órdenes, sin el menor indicio de acobardamiento.»

Esos dos párrafos de Rochefort resumen todo el carácter y la historia de Luisa Michel, que empezó siendo la virgen roja de las barricadas fratricidas y acabó siendo la virgen alba de los suburbios miserables... La hermosa flor de su espíritu no se abrió nunca al deleite amoroso; vivió casta como una vestal, y rechazó indignada las ofertas carnales de los hombres. Desde el año 71 entró en la liza, sosteniéndose con portentosas energías. Ni el fragor de los motines, ni el fallo de los jueces, ni las prisiones, ni los destierros, ni las agresiones pudieron acobardarla. Giraba con pie firme en un círculo estrecho, alrededor de tres pensamientos atrevidísimos; destruir el actual estado de cosas, aliviar las penas de los infelices, y alzar mañana un templo más puro y más sencillo sobre las ruinas humeantes de esta sociedad decadente.

Para el logro de tales aspiraciones no rechazó medio alguno: valióse del rifle, de la palabra, de la pluma, del anatema, de la súplica, de las lagrimas, de cuantos recursos estuvieron á su alcance. Se batió como una pantera en las calles sembradas de muertos y heridos; asistió, como una hermana de la Caridad, á los enfermos menesterosos, y todo el oro que cayó en sus manos bienhechoras lo derramó á torrentes sobre los hogares infernados por la miseria. Fué oradora con muchas ideas y muchas palabras, aunque pobre de arte y de sangre fría. Sus discursos no deleitaron á nadie, pero arrastraron á las masas famélicas hacia el ideal de redención y perfeccionamiento. Fué escritora nerviosísima y brillante, muy pagada de la sinceridad y la honradez. Sus artículos no se avinieron con el gusto exquisito de los críticos, pero cultivaron en el cerebro de las multitudes numerosas simientes de bondad y cariño. Para hacer algo malo, para parecerse á los demás, para no figurar como impecable en el libro de la Historia, dió al teatro dos dramas infumables, dos adefesios, que serán dos puntos negros en el cielo transparente y azul de una gloria imperecedera...

¡Lo que sufrió Luisa Michel! En ese espíritu errabundo, visionario, intranquilo, se amontonaron siniestramente las nubes de la duda, estallaron las tempestades de la angustia, retumbaron los truenos de la cólera, brillaron los relámpagos del odio, y las hojas secas del contento rodaron de aquí para allá,

barridas por los más crueles desencantos... En su vivir agitadísimo no hubo de seguro ni dos instantes de paz, de alegría, de felicidad. ¡Y padecer tanto y sacrificarse tanto por el bien ajeno, sin ninguna mira personal, sin ninguna ambición menguada, sin ningún deseo egoísta! ¡Qué gran mujer! ¡Qué notable excepción humana! ¡Qué digna esposa para Cristo!

Luisa Michel agoniza ahora en Tolón, atacada de una congestión pulmonar, aspirando con sumo trabajo el aire que no quiere entrar en su pecho, para que la sangre cobre nuevos elementos vitales. Va á morir jadeante y azorada como una paloma herida... No es extraño que el aire impuro se niegue á refrescar su garganta de virgen á veces roja, á veces alba, pero siempre buena y generosa, ya vistiese el peto de Juana de Arco, ya la cofia humilde de las enfermeras... La Naturaleza, después de dotarla tan ricamente, hace bien en negarle un poco de aire impuro, cuando le ofrece un lecho de tierra húmeda donde reclinar su cabeza plateada.

Si alguna errata se hubiera deslizado en esta obra, sálvela el buen juicio del lector.

Indice

PAGINAS

Prólogo VII
Espuma de mar 1
La alondra ciega 5
Fidelidad 9
Confetti 13
Materia triunfante 15
Abelardo... 19
El salto de Yorick 21
Sobre las olas... 25
El canto de la sirena 29
Un héroe humilde 33
Lulú 37
Claroscuro 41
Los niños. 45
Llorente. 47
La broma de un muerto. 49
Tierra de promisión. 53
El luto 57
El Libertador 61
Hembra y fiera 65
Armonías 69
Poesía chirle 73
Los milagros del oro 77
Los muelles. 81
Ridiculeces 85

PAGINAS

«El bobo». 87
Nuestros vehículos. 91
Luna y sol. 95
Historia de un bravo 97
Infecundidad de los trópicos. 101
Carbó. 105
Porcelana 109
Mirando hacia atrás 113
Un guasón. 115
Punto discutible 117
El gallo 121
A la luz de las estrellas 123
El verdadero valor. 125
De charla con el Diablo 129
El ingenio. 133
Bonafoux 139
La dulce mentira 143
Eduardo Alonso. 145
Joyas perdidas. 149
Don Quijote y la prensa 153
Valle Inclán. 157
Dicenta y Carrillo. 161
La tristeza cubana 165
Puras costumbres... 169
Emerson 173
El redactor de guardia. 177
Un timo. 181
Ocio 185
El bueno de Cristo.. 189
El aburrimiento.. 193
Luisa Michel 197

GINA

87
91
95
97
01
05
09
13
5
7
1

OBRAS DEL MISMO AUTOR

CRONICAS HUMANAS (agotada).
EL PANTANO (agotada).

